Diarios de Tonga

Álvaro Pérez Fernández

Capítulo 1

Martes, 09/08/22, Tongatapu, Reino de Tonga

Por fin, tras más de treinta horas de viaje, Maxi y yo pisamos Tonga. Venimos a poner en marcha cinco plantas solares, cada una en una isla distinta de este país. Este trabajo llevaría normalmente tres semanas, pero aquí nos han advertido que se podría alargar hasta más de cuatro meses, por lo que esperamos una estancia larga.

Para llegar a este pequeño país de Oceanía hemos cruzado medio mundo y embarcado en tres vuelos distintos: de Madrid a Los Ángeles; de Los Ángeles a Nadi, ciudad de Fiji, y de Nadi a Tongatapu, principal isla del Reino de Tonga. Ha sido un viaje duro, pues hemos llegado a pasar hasta once horas seguidas encerrados en un avión y hemos experimentado veinticuatro horas de sol, precedidas por otras catorce de noche. Nuestro ciclo de sueño se ha ido a freír espárragos y hemos disfrutado de la exasperante burocracia necesaria para entrar y salir de todos los países por los que hemos pasado. Y sin embargo, el mayor mal de todos ha sido el no poder cepillarnos los dientes.

Durante los vuelos, una pantalla nos mostraba la ruta del avión sobre el globo terráqueo. Ves como dejas atrás ciudades, montañas y océanos, y entonces te das cuenta de lo inabarcable que es la misión de visitar todos los lugares del mundo en una vida humana, pero al mismo tiempo te desbordan las ganas de intentar dicha empresa.

Nuestro primer contacto con las gentes de Tonga tiene lugar en el aeropuerto. La impresión que transmiten es la de ser personas alegres y despreocupadas, pues la mayoría se reparten en corrillos de tres o cuatro individuos que charlan y ríen sonoramente hasta que llegamos a su puesto, momento en el que retoman sus labores para atendernos libres de toda prisa. Físicamente son gentes altas, de brazos y hombros anchos. Son robustos y bien entrados en carnes, y todos tienen la tez morena típica de los habitantes de la Polinesia. Su apariencia rolliza y sus omnipresentes sonrisas transmiten una sensación de bonanza, pero al mismo tiempo su vigor y gran tamaño llegan a ser imponentes.

Tras pasar todos los controles, conseguimos salir del aeropuerto. Fuera nos esperan nuestros nuevos compañeros de trabajo para llevarnos en una Toyota Hilux hacia la pensión donde nos vamos a hospedar los primeros días. Las viviendas que se agrupan a ambos lados de la carretera están hechas de madera y generalmente poseen una única planta, aunque en ocasiones llegan a tener una segunda. La bandera nacional adorna un gran número de ellas y muchas tienen un aspecto deteriorado, llegando en ocasiones a parecer auténticas chabolas. Los perros campan a sus anchas por las calles y la gente cruza por donde puede ante la ausencia de

pasos de peatones. La práctica totalidad de los coches que circulan por las carreteras de Tonga han sido importados de Japón, lo que le viene al pelo a sus habitantes, ya que, al tratarse de una antigua colonia británica, se conduce por la izquierda.

Nuestro chófer se llama Kotoni y es el propietario de la empresa de construcción que montó las placas solares. Comparte la actitud dicharachera de sus paisanos del aeropuerto y habla un inglés aceptable. El compañero que lleva de copiloto, sin embargo, sólo chapurrea algunas palabras y frases mal construidas. La conversación que mantenemos durante el camino comienza siendo típicamente cordial: qué tal el vuelo, cómo de cansados estáis, etc. Sin embargo, rápidamente cambia a asuntos más interesantes. Le preguntamos a Kotoni si está contento viviendo en Tonga y su respuesta nos deja enormemente sorprendidos. Dice que quiere irse del país y llevarse a su familia, que ya no se siente seguro aquí. La razón de esta falta de seguridad es el volcán submarino que hizo erupción el enero pasado; la mayor erupción volcánica registrada desde hace siglos y a la que siguió un tsunami que azotó las costas de Tongatapu. Por lo visto, desde entonces se registran varios terremotos al mes, cuando históricamente Tonga apenas sufría estos fenómenos. Los nativos temen que el volcán siga estando activo y que se sucedan nuevos tsunamis. No es difícil notar al hablar con la gente de aquí que los efectos de la pandemia palidecen en comparación con el daño que la erupción del volcán les causó.

En cuanto al tema familiar, Kotoni nos dice que tiene cinco hijos, que desde que nació el primero intenta tener uno por año y que ahora está trabajando en el sexto. Las familias aquí suelen tener entre siete y nueve niños, aunque Kotoni comenta que en ocasiones llegan a los quince. La mortalidad aquí no es elevada, por lo que sorprende que Tonga no esté superpoblado. Esto se debe a que una gran parte de la población emigra a países cercanos, como Australia o Nueva Zelanda, dándose el hecho de que hay tantos Tonganos viviendo en Tonga como en el extranjero.

Kotoni nos lleva a ver su casa y su oficina, una al lado de la otra. Su casa es francamente grande y bonita en comparación con las que se ven por el vecindario. Al lado está también su taller, que recuerda un poco a una chatarrería por la cantidad de coches que tiene para desguazar. Todo el lugar es polvoriento, austero y la maquinaria con la que trabajan es vieja y muy usada, pero a Kotoni se le nota en la voz cierto orgullo y cariño al enseñarnos el lugar en el que su familia ha trabajado durante años.

Finalmente llegamos a la pensión, que es un chalé de dos plantas. Nada más entrar se observa un salón con una tabla de planchar lista para ser usada y un montón de puzles y pasatiempos apilados en una mesita. El interior del chalé muestra un aspecto cuidado y limpio, y cuenta con numerosas estancias que sirven de habitaciones para los huéspedes, aunque no parece que haya nadie más hospedándose a parte de nosotros.

Un empleado de la pensión nos conduce escaleras arriba hasta nuestra habitación, amueblada con tres camas, un tocador y un armario empotrado. La cerradura de nuestra puerta está rota, por lo que el hombre se arma con destornilladores y se pone a arreglarla mientras nosotros nos tumbamos en las camas. El primero en caer rendido es Maxi, aunque el empleado de la pensión le despierta sin querer al decirnos que, por alguna razón, es incapaz de arreglar la cerradura en ese momento. El hombre no se había dado cuenta de que Maxi estaba durmiendo y se disculpa al instante. Cinco minutos después estamos ambos dormidos. Eran poco más de las seis de la tarde y no quedaba ni rastro del sol en el cielo.

Miércoles, 10/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Nos levantamos temprano, a eso de las seis de la mañana. La vida en Tonga parece comenzar pronto, pues ya se aprecia movimiento en las calles, aunque la mayoría de los negocios no abren hasta las nueve de la mañana. Hoy nos espera un día ajetreado; tenemos que hacernos con moneda nacional, comprar tarjetas SIM para tener internet en el teléfono y conseguir que nos formalicen el visado. Todo ello lo tenemos que hacer en el centro de Nuku'alofa, la principal ciudad de Tongatapu y de la que nos separan unos tres kilómetros y medio, y la inexistencia del transporte público nos empujará, seguramente, a recorrerlos a pie.

Bajamos a la cocina para desayunar algo y nos encontramos con el dueño de la pensión, Isaia, persona que destaca por su delgadez dado que es el primer nativo que vemos que baja de los cien kilos —debe de pesar entre sesenta y cinco y setenta kilos—. Las arrugas que pueblan su enjuto rostro y su calvicie denotan su edad avanzada, aunque sus brazos tonificados dan fe de su buen estado de forma. Isaia se afana en prepararnos el desayuno mientras nos pregunta cosas sobre España y nos cuenta cosas sobre su familia. La conversación transcurre mientras nos bebemos el café y nos tomamos unas tostadas con mantequilla, unas bananas y unas rodajas de papaya. Las bananas son enanas, poco más largas que mi dedo índice, pero están bastante dulces. Por lo visto, tanto la papaya como la banana crecen de forma natural en Tonga y son frutas muy accesibles para la gente de allí. Otras frutas, como las manzanas o las naranjas, son extremadamente caras. La suerte nos sonríe, ya que Isaia nos cuenta que tiene que ir al centro de la ciudad a hacer unos encargos y que no le importa acercarnos, así que media hora después de desayunar estamos en su coche rumbo a Nuku'alofa. No podemos evitar reírnos al ver que el ordenador de a bordo del coche está en japonés. Isaia reconoce no tener ni idea de cómo se usa, pero sí que parece haber aprendido lo suficiente como para usar la radio.

Nuku'alofa es una ciudad pequeña, una población que en España no sería más que un pueblo mediano. Debe contar con entre veinte mil y treinta mil habitantes que se concentran en apenas once kilómetros cuadrados. Como comparación, mi pueblo, Cabanillas del Campo, tiene unos diez mil habitantes y una superficie de treinta y cuatro kilómetros cuadrados, tres veces la superficie que ocupa la capital de este país. La ciudad tiene una disposición de cuadrícula que recuerda a la de los pueblos de Estados Unidos y está atravesada en su totalidad por dos calles principales, una de las cuales se extiende hasta nuestra pensión y más allá. Hay una cantidad innumerable de iglesias, cada una perteneciente a una congregación distinta, y también se cuentan por decenas los ultramarinos donde comprar bebida, comida y productos de higiene. Antes de ir a cambiar dinero hacemos un tour rápido por la ciudad, de la que en verdad no hay mucho que ver. Los lugares más interesantes los comento a continuación.

Las tumbas de la familia real se encuentran poco antes de llegar al núcleo de Nuku'alofa. Se concentran en el centro de un prado de gran extensión, donde se alzan sobre pilares seis estatuas que parecen conmemorar a antiguos monarcas. Nos tenemos que conformar con verlo todo de lejos, pues el acceso está prohibido y sólo las gallinas que pasean por la calle se atreven a saltar la pequeña valla que delimita la zona. Su apariencia gris y distante difiere mucho de la de los cementerios donde se entierra al resto de la población, que están abiertos a todo el mundo y cuyas tumbas se adornan con flores coloridas y con grandes carteles con imágenes de los fallecidos.

En el norte de Nuku'alofa, frente al mar, se levanta una gran mansión de madera, de fachada blanca como el marfil, tejados granates y jardines cuidados. Su recinto lo limita una alta verja negra y está vigilado continuamente por militares. Este magnífico edifico es el Palacio Real, cuya pompa contrasta con las humildes y descuidadas casillas que lo rodean. No lejos de él se encuentran las Nuevas Oficinas del Gobierno, con diferencia el edificio más grande de Nuku'alofa. Con su tamaño, destaca sobre el resto de edificios como un coloso destacaría rodeado de humanos. Su fachada es blanca y sus tejados son granates, emulando al Palacio Real, aunque este está fabricado con hormigón y embellece su fachada con unos altos pilares que se asemejan a los de los antiguos templos griegos.

Recorriendo la carretera que discurre junto al mar hacia el noroeste se encuentra Little Italy, un célebre restaurante italiano. La comida italiana, por alguna razón que desconozco, está muy extendida en Tonga, hasta el punto de que es difícil encontrar algún restaurante en Nuku'alofa que no ofrezca al menos un plato de esta cocina. Pero incluso lejos del centro se encuentran negocios que venden lasañas y pasta a la carbonara. Quizá esta tendencia se deba a lo sencillo que resulta cocinar la pasta y a la gran aceptación que tiene entre el turismo la comida italiana. Aunque por lo que hemos podido oír, sólo en Little Italy se puede comer verdadera

pasta italiana.

Tras el pequeño tour, que además de los lugares mencionados incluyó la embajada de Nueva Zelanda y la de Reino Unido, llegamos al centro de Nuku'alofa. Aquí se localizan una gran cantidad de restaurantes, comercios y bancos, aunque en ninguno de sus cajeros conseguimos retirar dinero, pese a que, en teoría, el banco de Maxi sí le permitía realizar esta operación en el extranjero. Acudimos a uno de los encargados del banco, que nos explica que posiblemente el banco de Maxi esté intentando ponerse en contacto con él para verificar que es él quien está intentando sacar dinero en esa isla, a más de diez mil kilómetros de su domicilio. Algo que nos parece lógico, pero que también nos arruina el plan, ya que sin tarjeta SIM no hay comunicación con España, y sin dinero no hay tarjeta SIM. Por suerte para los dos, yo había preparado para el viaje una importante cantidad de dinero en metálico, y pudimos cambiar parte de este dinero en una sucursal de Western Union. En este momento descubrimos un hecho curioso, y es que aquí en Tonga la identificación principal es el carné de conducir. Por ello, cuando la mujer que nos atendía para cambiar divisa nos pidió una identificación, el DNI no nos valió para nada, mientras que el carné de conducir nos permitió salvar la situación y evitar tener que volver a la pensión a por los pasaportes.

Por fin tenemos un buen fajo de pa'angas con la imagen del rey Tupou VI impresa y nos encaminamos hacia una tienda de telefonía para conseguir las tarjetas SIM. Mientras la dependienta nos configura los teléfonos para las nuevas tarjetas, nosotros observamos el mostrador donde se expone el iPhone 13 Pro Max —o mejor dicho la caja de este— con un precio que supera los cinco mil dólares. El tema de las divisas es un poco lioso, aunque todo se resume en que los Tonganos se refieren a su moneda indistintamente como pa'angas o dólares. Teniendo eso en cuenta, el precio del iPhone que teníamos delante superaba con creces los dos mil euros.

Una vez comunicados de nuevo con nuestro hogar, mandamos unos cuantos mensajes para avisar de que estamos bien y nos despedimos de Isaia, que se ha quedado con nosotros todo este tiempo por si necesitábamos ayuda. Damos un paseo por el camino que discurre junto a la costa, donde los destartalados esqueletos de lo que antaño eran muelles de madera evidencian todavía el paso del tsunami. A lo largo de este camino hay dispuestos numerosos bancos cubiertos por un tejado de madera donde se agrupan chavales que parecen acabar de salir de la escuela. El hambre nos obliga a volver hacia el centro de Nuku'alofa para comer algo. Pedimos el Today's Special de un pequeño comercio con la esperanza de descubrir algún plato exótico típico de la zona, pero en su lugar nos sirven una especie de perrito caliente sobre el que descansa una capa de pasta con queso fundido y unas patatas fritas de guarnición que, todo sea dicho, seguramente sean las mejores patatas fritas que hemos comido en nuestra vida. Una vez hemos repuesto fuerzas, volvemos a la

pensión, ya que en un par de horas vendrá Kotoni a recogernos para ir con él a formalizar el visado. Esta vez sí nos toca recorrer el camino a pata.

A estas horas el camino de vuelta está abarrotado de chavales que acaban de salir de la escuela. Lógicamente se quedan mirándonos cuando nos cruzamos con ellos por la calle, aunque muchos saludan con un cordial *hello* e incluso hemos escuchado un adiós en perfecto castellano. En los apenas tres kilómetros que nos separan de la pensión, y sin abandonar la calle por la que vamos, nos encontramos dos colegios infantiles, con sus patios absolutamente llenos de críos jugando y correteando; seis escuelas, cada una bien diferenciada por el uniforme de sus alumnos y cuyo homólogo español serían los institutos, y un edificio perteneciente a la Universidad de Cristo en el Pacífico, donde se puede estudiar derecho y ciencia de computadoras. La educación en Tonga es gratuita hasta acabar la escuela. Luego, para acceder a la universidad, los jóvenes suelen ir a Nueva Zelanda o a Fiji, aunque en Tonga hay un campus de la Universidad del Pacífico Sur, además de la Universidad de Cristo antes mencionada.

Antes de llegar a la pensión, paramos en una tienda cercana para comprar productos de higiene y algo para beber. La tienda la regenta una pareja china, algo que parece usual en la isla. Los chinos tienen una gran presencia aquí en Tongatapu y es fácil verlos trabajando en la construcción o regentando las numerosas tiendas que se reparten a lo largo de las calles principales. Conseguimos champú, pasta de dientes y desodorante, pero no hay ni rastro del gel de ducha, así que le preguntamos a la mujer que está en la caja. La pobre mujer nos mira entre confundida y asustada porque no habla ni pizca de inglés, así que probamos con el hombre que está ordenando unos artículos. Por lo visto, allí no hay gel. Sustituimos el gel por un par de cervezas para pasar el mal trago y volvemos a la caja. Tras escanear los artículos, la mujer señala con el dedo hacia la pantalla con el precio total para indicarnos la suma a pagar. La cerveza aquí en Tonga es bastante cara, ya que la gente es muy religiosa y las iglesias de aquí prohíben beber alcohol. No es una prohibición que se lleve a rajatabla, pues hemos charlado con varios nativos que nos han confesado beber cerveza de vez en cuando, pero sí provoca que la cantidad de alcohol que se consuma sea muy pequeña y que no haya ninguna cerveza que sea elaborada aquí. En su lugar, la cerveza que se bebe en Tonga es importada de Nueva Zelanda, Australia o América.

Tras bebernos las cervezas nos tumbamos un rato hasta que Kotoni y su compañero llegan a buscarnos en su coche. Para formalizar el visado tenemos que ir al MEIDECC (Ministerio de Meteorología, Energía, Información, Gestión de Desastres, Medio Ambiente, Cambio Climático y Comunicaciones). El MEIDECC se encuentra en un edificio de cuatro plantas en el centro de Nuku'alofa, aunque sólo abarca las plantas superiores, pues la planta baja está poblada por distintos comercios.

Parece más unos grandes almacenes que un ministerio. Subimos hasta una oficina en la última planta acompañados por Kotoni. El trámite lleva poco tiempo por lo infructuoso que resulta. Kotoni y una mujer que trabaja allí mantienen una conversación en tongano que somos incapaces de seguir. Finalmente, la mujer nos explica en inglés que la persona que tramitó nuestro visado no estaba en ese momento y que nadie de allí nos lo podía tramitar, pero que no nos preocupásemos porque estaríamos bien. Tocará volver otro día. La mujer se despide dándonos la bienvenida a Tonga y nosotros volvemos al coche.

Las últimas horas del día las teníamos reservadas para cenar con Kotoni y su compañero, y así conocernos un poco mutuamente. Resultaron ser los momentos más interesantes del día por todo lo que Kotoni nos contó mientras conducía al lugar de la cena, y todo lo que aprendimos del país, de sus costumbres y de su política.

Desde el punto de vista político, Tonga es un polvorín. La cantidad de naciones que tienen interés en este pequeño país es sorprendente, a la vez que resulta alarmante para los nativos, que ven cómo su independencia se ve amenazada por los intereses de naciones más grandes. Históricamente, Tonga ha estado muy ligado a Australia y a Nueva Zelanda, y es con estos países con los que más ha colaborado y de los que más ayuda ha obtenido en situaciones críticas. Es común ver en el equipo militar de Tonga algún rótulo indicando que ha sido donado por alguno de estos dos países. Además, según nos contó Kotoni, fue de Australia de quien más ayuda recibieron durante el tsunami. Japón también tiene cierta presencia en el país, pues los japoneses tiene mano en casi todas las obras de telecomunicaciones de aquí y trabajan estrechamente con la empresa de Kotoni. Tanto el puerto de Nuku'alofa como el aeropuerto internacional de Tonga son producto de esta colaboración. A esto se suma el hecho ya mencionado de que casi la totalidad de los automóviles de Tonga han sido importados de Japón. Estados Unidos y Reino Unido también se han movido por estas islas, los primeros con una dotación de los Peace Corps enfocada principalmente a suministrar ayuda médica, y los segundos con una embajada en Nuku'alofa que habían abandonado y a la que parecen haber vuelto recientemente.

Sin embargo, son los chinos los que actualmente tienen más influencia aquí. Poseen un gran número de tiendas de ultramarinos en las principales calles de Nuku'alofa y también se han introducido en el negocio de la construcción con rapidez y agresividad. Kotoni nos confiesa que durante el confinamiento que sufrieron por la Covid, el Gobierno de Tonga les adjudicó un proyecto a los chinos que Kotoni ya había firmado como suyo y ahora estaba en proceso de demandar al Gobierno por el dinero perdido. Parece que entre el Gobierno de Tonga y el de China hay cierta complicidad. Los tonganos sospechan que los chinos están dando dinero a los ministros tonganos para ganarse su favor, lo que les mosquea

bastante. No están contentos con la presencia china en sus islas. De hecho, la ven como un peligro para su independencia política. Sienten que los chinos les tratan con desprecio y que les insultan al entrar a las tiendas. Kotoni nos cuenta que esta situación ya se ha dado en Tonga, allá por el 2006, y que terminó con los tonganos quemando los comercios de los chinos y expulsándolos de las islas. Tampoco están satisfechos con su Gobierno, cuyo Primer Ministro se ha visto obligado a abandonar el poder por haberse visto inmiscuido en un caso de corrupción. Pero no es sólo la corrupción del Gobierno la que mosquea a la gente de aquí, sino también su aparente intención de querer quitarse al rey de en medio, al que los tonganos aman. Kotoni nos cuenta que, tras el tsunami, la Casa Real cedió parte de sus tierras a los ciudadanos que habían perdido sus viviendas para que pudiesen construirse nuevos hogares, y que las apariciones del rey en las zonas afectadas fueron un apoyo muy importante para la población.

Otra institución que goza de gran cariño aquí es la Iglesia, ya que ha sido la encargada de destapar numerosos casos de corrupción en el Gobierno. Realmente no hay una única Iglesia en Tonga, sino que hay varias congregaciones, aunque parecen mostrar un alto nivel de unificación. Gozan de independencia del Gobierno gracias a que la mayoría de sus altos cargos provienen del extranjero y no pueden ser expulsados del país hasta que termina el contrato que les vincula aquí. Ejercen una gran influencia sobre los ciudadanos, hasta el punto de que la única actividad que se realiza los domingos es acudir a las iglesias a alabar al Señor. Con vistas a que la gente pueda prepararse para esta jornada, los sábados al mediodía cierran todos los negocios, salvo los hoteles y quizá algún restaurante. Kotoni está bastante satisfecho con dedicar esos días a la religión y evadirse del trabajo.

Pasamos con el coche al lado de un cementerio y le comentamos a Kotoni lo coloridos que son. Él nos explica que, pese al colorido, el fallecimiento de alguien cercano es recibido con tristeza y que el entierro no cuesta dinero a las familias. Nuestro destino está a unos dieciséis kilómetros de Nuku'alofa, donde la isla termina. La vegetación crece de forma tan desbordante que parece que nos estemos introduciendo en una selva. Aquí fue donde el tsunami golpeó con más fuerza y la mayoría de las casas están ahora mismo deshabitadas. Kotoni nos comenta que, pese a ser de madera, la mayoría aguantó bien las embestidas del tsunami, aunque luego todo el lugar se inundó. Por lo que parece, no se trató de una única ola inmensa, sino de un conjunto de olas de considerable tamaño que impactaron contra las costas de Tonga.

Llegamos al extremo más occidental de Tongatapu, donde hay un pequeño merendero desde el que se contempla todo el mar. En el horizonte se ve alguna isla lejana. A una veintena de metros del merendero hay una casa en cuyo jardín una madre supervisa un par de hogueras junto a sus tres hijos. Kotoni saluda a la mujer desde la

distancia y saca la comida del maletero para ponerla en la mesa que tiene el merendero. En una bandeja hay un cerdo entero asado y enrollados en papel de aluminio hay seis panes que resultan estar rellenos con mantequilla y especias. Su compañero se hace con un cuchillo y empieza a cortar el cerdo en seis grandes cachos. Mientras espero a que saquen tenedores y servilletas pruebo el pan, que está bastante bueno. Pero para mi sorpresa, Kotoni y su compañero comienzan a comerse el cerdo asado con las manos. Agarran uno de los seis pedazos que hay cortados y arrancan un pedazo de carne a base de tirar de él. Parece obvio que no vamos a usar cubiertos para cenar, así que Maxi y yo imitamos a nuestros anfitriones. La carne está muy tierna y apenas hace falta fuerza para desprender un pedazo. Es jugosa y sabrosa, mientras que la piel está crujiente. Pienso que no tiene nada que envidiarle a un asado segoviano. Que mañana al despertarnos nos arrepintamos de habérnoslo comido ya será otro cantar. Me da por pensar que su sistema inmunitario debe de ser prácticamente inexpugnable para soportar esa indiferencia por la higiene. Esto, a su vez, me lleva a reflexionar sobre sus bajas cifras de enfermos de Covid. Apenas diez mil contagiados y unas quince muertes en el país. Me parece gracioso relacionar la falta de higiene con la resistencia al Covid, aunque seguramente las bajas cifras de infectados se deban a que la entrada de inmigrantes en Tonga es bastante fácil de controlar y a que cuando la pandemia llegó ya estaba la mayor parte de la población vacunada. De hecho, los primeros casos de Covid se registraron a principios de este año, cuando la ayuda extranjera llegó para apoyar al país tras la erupción del volcán.

En el camino de vuelta a la pensión, Kotoni sigue contándonos detalles de las relaciones entre Tonga y el extranjero. Tras la erupción del volcán, China fue la primera en hacer acto de presencia para ayudar —apenas dos semanas después de la erupción—, e incluso el Ministro de Asuntos Exteriores chino se presentó en el país. Cuando oigo que los chinos fueron los primeros en aparecer me da por malpensar que ya sabían que el volcán iba a hacer erupción. También menciona que recientemente Estados Unidos ha mostrado bastante interés en afianzar sus relaciones con Tonga — seguramente en respuesta a la expansión china—. Incluso Reino Unido ha vuelto hace poco a mandar un cuerpo diplomático a la isla. Kotoni comenta que parte del interés que muestran las naciones en Tonga se debe, con toda seguridad, a que se ha descubierto que en las aguas del país hay un recurso que podrá sustituir en el futuro al petróleo.

La verdad es que el día de hoy ha sido intenso a la par que extenuante. Desde que nos despedimos de Kotoni en la puerta de la pensión hasta que nos quedamos sopa en la cama no debe de pasar más de media hora. Mañana volveremos a intentar formalizar nuestros visados. Nuestra puerta sigue sin tener la cerradura reparada.

Jueves, 11/08/22, Tongatapu, Reino de Tonga

Como ya es usual en nosotros, antes de las siete de la mañana estamos en pie. No hay rastro de efectos secundarios tras la cena de ayer, lo que celebramos enormemente. Tras el desayuno, Isaia nos pregunta hasta cuándo tenemos pensado quedarnos, ya que seguramente necesite la habitación libre para el sábado por la noche. Esto presenta un problema, ya que no tenemos ni idea de cuánto tiempo vamos a estar en Tongatapu. Nuestro plan de trabajo comienza en la isla de Uiha, a unos ciento sesenta kilómetros al norte de Tongatapu, pero para llegar allí nos tienen que tramitar el visado y tenemos que encontrar un ferry o un avión que nos lleve. En consecuencia, toca buscar otro lugar en el que dormir.

Al igual que el miércoles, Isaia nos lleva en coche hasta el centro de Nuku'alofa y se despide de nosotros para hacer sus recados. Nosotros nos dirigimos a un cajero para intentar sacar dinero de nuevo, con el mismo resultado de la última vez. El resto de la mañana lo empleamos en revisitar el centro de Nuku'alofa y en decidir dónde comer. Pasamos de nuevo por el Palacio Real y por las Oficinas del Nuevo Gobierno. Al compararlos no puedo evitar recordar la conversación de ayer con Kotoni en la que nos contó que tenía la sensación de que los políticos querían librarse del rey. Me pregunto si no se esconderá algún tipo de mensaje implícito tras el hecho de que las Oficinas del Gobierno sean similares al Palacio Real en cuanto a colorido, pero mucho más robustas e imponentes. Al final nos decantamos por ir a comer a un café que Isaia nos había recomendado. Yo me decido a pedir un 'Ota'Ika, sin saber a ciencia cierta lo que es, aunque me consta que lleva leche de coco. Maxi se arriesga con unos macarrones carbonara. Cuando traen mi plato, la camarera pregunta quién de los dos ha pedido el pescado crudo. Me resigno a aceptar que he sido yo y la mujer coloca el plato frente a mí. Como plato han usado medio coco, dentro del cual está el pescado cortado en dados y regado con leche de coco. La cima lo adorna una rodaja de lima. Pillo una de las patatas fritas que vienen como guarnición para rebajar la tensión y nada más metérmela en la boca me doy cuenta de que eso no es patata, sino alguna prima lejana suya. Antes de probar el primer bocado, calculo cómo de probable es que ese plato me mate. Dado que el sitio está enfocado a turistas, supongo que la probabilidad es baja, aunque creo que de la tripa revuelta no me libro. Por fin me meto un trozo de pescado en la boca. El sabor resulta agradable, aunque bastante intenso. Tiene una textura blanda, pero no llega a ser gelatinoso. Admito que está bueno, pero no me vuelve loco. Me invade cierta sensación de orgullo cuando consigo terminarme la generosa cantidad de pescado que me han puesto. A Maxi le han gustado sus macarrones.

Tras comer, seguimos dando vueltas por la ciudad, aunque un repentino chaparrón nos obliga a buscar refugio en un porche. La lluvia dura poco,

pero me da por mirar el tiempo y veo que se espera lluvia intensa desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche. Decidimos volver a la pensión para evitar acabar calados, aunque hacemos una parada al pasar por delante del MEIDECC para llamar a Kotoni por si estuviese libre para zanjar el asunto del visado. Sin embargo, Kotoni no contesta al teléfono, por lo que seguimos nuestro camino. Al igual que ayer, los chavales que salen de clase se quedan embobados mirándonos. Notamos que un niño nos mira curioso desde la ventanilla de su coche y le saludamos con la mano. El niño sonríe y devuelve el saludo hasta que el coche se pierde en el horizonte. Unas niñas nos saludan con un *hello, nice to meet you* y se ríen divertidas cuando contestamos de vuelta. Y así, entre saludos con la mano y *hellos* llegamos a la pensión. No tarda demasiado en ponerse a llover a cántaros, al igual que no tardamos mucho en irnos a dormir. Antes de irnos a la cama, nos cruzamos con Isaia, que se disculpa con nosotros por no haber arreglado todavía la cerradura de la habitación.

Viernes, 12/08/22, Tongatapu, Reino de Tonga

Tras desayunar, Isaia nos ha confirmado que mañana tendremos que abandonar la pensión en la que estamos, así que comenzamos el día planeando ir a Nuku'alofa a buscar un hotel en el que alojarnos. Sin embargo, para eso primero tenemos que saber hasta cuándo estaremos aquí. También está pendiente el tema de formalizar los visados, que sigue en el limbo. Por suerte, Kotoni nos llama por la mañana para ver cuándo puede pasar a buscarnos para arreglar lo del visado y lo de nuestro viaje a Uiha. En menos de dos minutos está en nuestra puerta. Según subimos a la Hilux se disculpa por no haber dado señales de vida ayer. Nos comenta que estuvo todo el día enfermo, posiblemente debido al cerdo que cenamos el miércoles. Quizá su sistema inmunitario no era tan robusto como yo pensaba.

El asunto del pasaporte lo zanjamos rápido. Esta vez sí, encontramos en el MEIDECC a la mujer responsable de tramitar nuestros papeles. Le entregamos los documentos necesarios y nos vamos con la promesa de tenerlo todo listo para el lunes. Para el viaje a Uiha, primero acudimos a las oficinas de Lulutai Airlines, la aerolínea que opera localmente entre las islas de Tonga. Nos dicen que el vuelo más próximo a Uiha es el próximo viernes, lo que conllevaría estar una semana más parados en Tongatapu. Al salir, Kotoni llama a la oficina del ferry para pedir la fecha del siguiente viaje a Uiha. Todavía no está programada su salida, así que desde la oficina prometen llamar más tarde para darnos una fecha concreta. El vuelo a Uiha tendría una duración de unos treinta y cinco minutos, frente a las diez horas que tarda en llegar el ferry, pero si el ferry sale antes del viernes que viene, seguramente sea la vía que tengamos que elegir.

Nos despedimos de Kotoni y acudimos a cambiar más euros por pa'angas. Maxi sugiere que nos tomemos unos cocos, y aunque a mí no me hacen demasiada gracia, acepto porque tengo sed. Tras el primer trago, Maxi

pone cara de haber mordido un limón. Resulta que el coco no es ni la mitad de dulce de lo que se esperaba. Durante el almuerzo le comento que he visto en Google Maps que hay un Zara Boutique al este de Nuku'alofa. Nos separan de la tienda cuatro kilómetros y ambos vamos en chanclas, pero no tenemos nada mejor que hacer que ir a comprobar si de verdad hay un Zara. Caminamos durante media hora junto a la costa con el sol pegándonos con fuerza en la espalda, hasta que dejamos el puerto de Nuku'alofa a nuestra espalda. Hacemos una parada en una enorme piscina de agua salada que no tiene absolutamente ningún bañista, pese a ser de acceso gratuito, y continuamos nuestro camino hacia el Zara. Abandonamos la costa y nos adentramos de nuevo en la isla. La vegetación crece abundante y salvaje a ambos lados de la carretera que recorremos. Esto sumado a que las casas parecen chabolas nos hace pensar que allí no va a haber ningún Zara, pero de pronto encontramos una casa enorme, bonita, bien cuidada y rodeada por una enorme verja. Se nos ocurre que aquel es el comienzo de un barrio en el que deben de vivir personas importantes, como ministros o cosas por el estilo, y entonces la idea de que haya un Zara cerca no parece tan descabellada. Sin embargo, al doblar la esquina para enfilar la calle en la que supuestamente está el Zara, nos encontramos con que la calle se transforma en un camino de tierra repleto de grandes charcos. Maps marca la ubicación del Zara justo al final de esa calle, pero allí sólo hay coches abandonados de los que se ha apropiado la vegetación y unos perros que nos ladran invitándonos a irnos. Aceptamos su invitación y decidimos volver poco a poco a la pensión ya que quedan tres horas de sol y nos encontramos a hora y media allí. No hemos caminado ni dos minutos cuando la casualidad nos alcanza: una bandera de España ondea en el jardín de una casa. Le doy un golpe en el brazo a Maxi de la incredulidad. A su lado está la bandera de Finlandia, así que presupongo que se trata de la casa de un matrimonio con un miembro de cada uno de estos países. Nos asomamos a la verja, pero sólo vemos a una mujer natural de Tonga barriendo y un montón de chatarra acumulándose en lo que parece un garaje. Bajo un porche hay aparcado un todoterreno en cuya matrícula amarilla se puede leer *Spain.* Por lo visto, el coche pertenece al consulado español, aunque yo desconocía que hubiese tal cosa en Tonga. De todos modos, como no vamos a sacar más respuestas de allí, preferimos seguir con nuestro camino.

El camino de vuelta se nos hace inacabable. El cielo está nublado y parece que amenaza con llover en cualquier momento, aunque Isaia nos ha comentado esta mañana que no se esperaba lluvia para hoy. La mayoría de las casas que dejamos atrás son chabolas y las calles están desprovistas de aceras. En el mejor de los casos hay un pedazo de tierra por el que andar, eso si no está encharcado por la tormenta de ayer. El resto del tiempo caminamos por la carretera. Realmente, este es el aspecto que tiene la mayor parte de la isla, ya que sólo en las cuatro o cinco calles que componen el núcleo de Nuku'alofa existe una acera digna de tal nombre. Por suerte para nosotros, la casualidad nos alcanza por

segunda vez esa tarde y nos cruzamos con Kotoni, que va en su Hilux a supervisar un par de obras que tiene en marcha. Subimos al vehículo y le acompañamos en su travesía. La primera obra es una torre de comunicaciones que está construyendo junto a los japoneses en un prado inmenso. Kotoni saluda con una reverencia al ingeniero japonés que parece al cargo de la obra y se pone a charlar con él. Sentados sobre un montón de vigas apiladas en el suelo hay un grupo de obreros tonganos que bromean y ríen sonoramente. Un par de trabajadores japoneses aparecen y se unen rápidamente a las bromas. Uno de ellos comienza a hacer movimientos de karate frente a uno de los tonganos y todo el grupo se ríe. Las siguientes dos obras son chalés que están a punto de ser terminados y en los que Kotoni apenas se detiene unos minutos. Ya de camino a la pensión, Kotoni nos comenta que ahora en Tonga hay un gran proyecto de un puente a punto de comenzar, pero que se ha retrasado porque en un primer momento se iban a encargar de él los japoneses, pero recientemente el Gobierno se lo había entregado a los chinos. Todavía no está claro quién de los dos se va a encargar de él, pero Kotoni prefiere a los japoneses y hará lo que pueda para colaborar con ellos en caso de que se queden con el proyecto. En más de una ocasión ha declarado que es complicado trabajar con los japoneses por lo inflexibles que son a la hora de hacer las cosas, pero me da la sensación de que aun así le agrada trabajar con ellos.

Pasamos por delante de la Embajada de China, que comprende dos edificios enormes coronados por un tejado de estilo oriental y cercados por altos muros, y Maxi comenta en broma que ese es el futuro edificio del Gobierno de Tonga. Kotoni ríe la gracia, pero luego nos cuenta que, en su visita a Tonga, el Ministro de Asuntos Exteriores de China aprovechó la ocasión para ofrecerle al Primer Ministro de Tonga la posibilidad de que el país se convirtiese en una colonia de China, llegando a ser una de las principales bases del país asiático en esta región del Pacífico. Aparentemente, China ha hecho este ofrecimiento a varias islas del Pacífico, y algunas, como Papúa Nueva Guinea, podrían haber aceptado ya. En cuanto a la Embajada de China, Kotoni parece conocerla bien, ya que ha trabajado dentro reparando algo. Nos cuenta que los chinos construyeron en secreto algún tipo de edificación subterránea, quizá para conectar ambos edificios, y que les descubrieron porque los vecinos denunciaron que el suelo sobre el que se asentaban sus casas no paraba de desplazarse. Esto seguramente sea debido a la inconsistencia que presenta el suelo debido a la cercanía del mar. De hecho, a causa de esta inconsistencia, el máximo de plantas que puede tener un edificio aquí es cuatro. Aparte de la Embajada, los chinos tienen otro gran edificio en proceso de construcción en Nuku'alofa: un gran banco que se ubica frente al puerto. De momento sólo está lista la estructura y la obra está parada, ya que el edificio alcanza el máximo de plantas antes mencionado y para seguir adelante con el proyecto necesitan permisos especiales. Aparte del banco chino, sólo tres edificios alcanzan las cuatro plantas en Nuku'alofa: las Nuevas Oficinas del Gobierno, la Reserva Nacional del Banco de Tonga

y el MEIDECC.

Poco antes de llegar a la pensión, Kotoni recibe una llamada de las oficinas del ferry: el próximo barco a Uiha sale el miércoles. Tendremos que ir haciéndonos a la idea de que vamos a pasar diez horas navegando el mar de Tonga.

Sábado, 13/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Hoy abandonamos la pensión de Isaia. Hemos encontrado un hotel con bastante buena pinta cerca del puerto, lo que nos vendrá bien cuando tengamos que coger el ferry el próximo miércoles. Isaia se ofrece a acercarnos a nuestro nuevo hotel con su coche. Estaba preocupado porque no encontrásemos un lugar donde hospedarnos. Mientras espero a la hora de partida, subo a sentarme en la terraza de la pensión. Me llama la atención que alguien ha tendido ropa en la parcela de la casa de enfrente, que es una chabola enana y medio en ruinas y en la que no hemos visto a nadie en los cuatro días que llevamos aquí. El hecho de que haya un coche aparcado dentro de la misma parcela me hace pensar que quienquiera que esté tendiendo la colada viene desde otro sitio expresamente para tender ahí. La mayor parte de la ropa tendida son vestidos de mujer. Las mayoría de las mujeres de aquí visten vestidos de colores vivos y con estampados, mientras que los hombres de aquí suelen vestir camiseta, pantalón corto y chanclas para ir por la calle, y se abrigan con sudaderas si la temperatura baja. También es usual ver a hombres y mujeres vestir una especie de pareo llamado tupenu que les cubre por debajo de las rodillas. Todos los estudiantes de las escuelas llevan un tupenu con el color propio de la institución y lo adornan con una estera que se atan a la cintura y que se denomina ta’ovala.

A la una abandonamos nuestra habitación —con la cerradura todavía rota— y marchamos junto a Isaia a nuestro nuevo alojamiento. De camino allí, Isaia nos pide que le demos nuestro número de teléfono para poder llamarnos de vez en cuando mientras estemos en Tonga, y nos dice que nos pasemos a decir adiós antes de volver para España. También se queda con nosotros esperando hasta que la encargada del hotel gestiona nuestra entrada en la habitación. Le damos las gracias por todo y nos despedimos.

Mientras tanto, la encargada del hotel ha estado preparando nuestra habitación, o eso pensamos. Sin embargo, aparentemente hay algún lío con las reservas o algo por el estilo. La mujer habla un inglés macarrónico que requiere que nos esforcemos al máximo por entender lo que dice. Parece que no son capaces de confirmar la reserva, o que han confirmado la reserva, pero no están seguros de tener la habitación libre. Esta incertidumbre podría ser un problema en otra parte del mundo, pero aquí

es el pan de cada día y la experiencia nos ha enseñado que lo mejor es armarse de paciencia y esperar a que las cosas se aclaren, así que nos sentamos en la recepción a esperar a que la mujer vuelva de donde sea que haya ido. Unos veinte minutos después la mujer aparece y nos dice que nuestra habitación es la número dos, pero que todavía falta limpiarla. Dejamos las maletas en la habitación y nos vamos a comer algo mientras limpian la habitación. Pasada la hora de comer, la actividad en Nuku'alofa es mínima. La mayoría de los negocios han cerrado ya y la gente está en sus casas preparándose para pasar el domingo en la iglesia.

Domingo, 14/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Nos llaman a desayunar temprano. El personal del hotel tiene que ir a la iglesia y se quiere quitar el trabajo de hoy pronto. Nosotros nos pasamos la mañana despreocupadamente tirados en la habitación, hasta que, pasado el mediodía, el hambre nos empuja a la calle para buscar un lugar donde comer. Nuku'alofa parece una ciudad fantasma. Todos los negocios están cerrados y no hay ni un alma en la calle. Caminamos hasta dos restaurantes que según Maps están abiertos, pero no hay suerte. Ingenuamente pensamos que en el centro de la ciudad sí habrá algo abierto. Que tiene que ser así porque los turistas necesitan comer. Sin embargo, nos encontramos con todo clausurado. Entonces caemos en la cuenta de que en Tonga todavía no hay turistas. Dando otro repaso al móvil descubro que en las reseñas de un restaurante del puerto comentan que es de los pocos que abren los domingos. Son dos kilómetros caminando, pero la otra opción es no comer nada hasta el desayuno de mañana, por lo que echamos a andar hacia allí. Vamos charlando mientras recorremos el camino que discurre junto a la costa, cuando Maxi se detiene de pronto. Me señala al otro lado de la calle, donde en la puerta del restaurante Kimiko hay un cartel que pone *Open*. Mientras cruzamos la calle yo pienso que debe de ser un error. Que los dueños se deben de haber dejado el cartel ahí puesto cuando se iban a misa. Por suerte, estoy completamente equivocado y el restaurante Kimiko está abierto y funcionando, aunque más que un restaurante es un puesto donde pedir comida para llevar. Lo regenta una familia china, lo que explica que esté abierto, aunque en la barra tienen a un niño tongano sirviendo y tomando las comandas. Pedimos un pollo con verduras y unos fideos, que nos envasan en unos tuppers bastante endebles cerrados con goma elástica, y nos vamos hasta un pequeño merendero que hay cerca de la costa para comérnoslos. El merendero está cubierto por un tejado y se está bastante a gusto. Estos días no está haciendo mucho calor —entre quince y veinte grados—, pero cuando el sol da de lleno puede llegar a escocer. Apenas a dos pasos del merendero hay una perra tirada a la bartola. Ni siquiera se ha inmutado con nuestra llegada. Cuando terminamos de comer, Maxi se acerca para darle las sobras en uno de los tuppers, pero la perra se levanta de un salto y se aleja dos metros en cuanto Maxi da un paso hacia

ella. El animal mira con desconfianza mientras Maxi deja el tupper en el suelo, aunque termina por acercarse y comerse lo que le ofrecemos. Este comportamiento es común en la mayoría de los perros que hay por las calles de Nuku'alofa, que suelen apartarse de nuestro camino o directamente huir cuando nos cruzamos con ellos. Se nota que no están acostumbrados a la bondad. Volvemos al hotel a echarnos la siesta. Por la tarde, Maxi sugiere que vayamos algún día a comer a Little Italy. Tiene narices, recorrer casi dieciocho mil kilómetros para acabar comiendo en un italiano. Consigo convencerlo de lo ridículo que resulta. Matamos el tiempo leyendo y viendo la televisión. Sólo se puede ver una cadena en la que ponen películas todo el día. Ayer tocó ciclo de superhéroes y hoy nos deleitan con cine infantil. No parece que vayamos a hacer mucho más por hoy.

Lunes, 14/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Esta mañana tenemos una misión: hacernos fotos para que nos terminen de formalizar el visado. Sin embargo, se nos presentan dos problemas. El primero es que hay un auténtico monzón ahí fuera. El segundo es que no tenemos ni idea de dónde tenemos que ir para hacernos las fotos. Hablando con los encargados del hotel conseguimos un nombre, OE, y unas vagas indicaciones. Básicamente sabemos que tenemos que ir hacia la izquierda cuando salgamos del hotel.

La suerte nos sonríe y el tiempo se calma, al menos de momento, así que aprovechamos la tregua para intentar conseguir las fotos. Después de vagar durante diez minutos por las calles, comenzamos a preguntar a la gente. La primera mujer a la que acudimos nos manda seguir recto y buscar unas escaleras a nuestra derecha. En nuestro camino hacia allí escuchamos un bye super agudo y super bajito. Un niño pequeño nos acaba de saludar desde dentro de un coche aparcado. La ventanilla del coche está bajada unos centímetros y sus ojillos asoman por el pequeño hueco que hay. La escena es bastante graciosa. No hay ni rastro de OE, así que preguntamos a otro viandante. Nos dice que demos media vuelta y busquemos una iglesia. La verdad es que no nos ha quedado muy claro hacia dónde nos había mandado, así que decidimos preguntarle a un policía con el que nos cruzamos. Este nos indica otra dirección distinta, pero confiamos en él y tiramos para allá.

En el escaparate de un bazar vemos unas camisas que nos llaman la atención y entramos a echar un vistazo. Me sorprende un poco que el bazar lo regentan tonganos, y no chinos. Mientras Maxi se prueba ropa, yo echo un vistazo por la tienda y encuentro en un estante el ansiado gel de ducha —llevábamos cinco días usando champú en su lugar—. Entretanto, Maxi ha escogido una camisa roja con estampados y la camiseta de la selección de rugby de Tonga. Al terminar de pagar, le preguntamos al

dependiente si conoce una tienda llamada OE por la zona, y nos comenta que estamos muy cerca, a unas tres o cuatro calles de distancia. Por el camino, Maxi se cambia la camiseta que lleva puesta por la de la selección tongana. En ese mismo instante, se declara ciudadano tongano. Claro, porque tú ves a un guiri por Gran Vía con la camiseta de Iniesta y piensas «este es de aquí». Por fin llegamos a OE, que resulta ser una tienda enorme dedicada a artículos de oficina e impresión. Los empleados nos indican que vayamos a un mostrador del fondo. Al lado del mostrador hay un biombo y, encima, un cartel que dice *Passport photos*. Parece que lo hemos logrado, ya sólo falta esperar a que nos atiendan. Junto a nosotros hay otras nueve personas que esperan pacientemente, y entonces nos damos cuenta de que tenemos que coger número para ser atendidos. En una caja del mostrador hay un montoncillo de cartulinas con los números impresos. A nosotros nos toca el cuatro —no creo que haya más de quince cartulinas—. Parece que no vamos a esperar mucho, pero surge otro pequeño problema: están diciendo los números en tongano. Menos mal que Maxi ya es ciudadano de aquí, y que Google nos chiva que cuatro es *fā*. Finalmente conseguimos las fotos, las llevamos al MEIDECC para que acaben de tramitar los visados y llegamos al hotel justo cuando comienza a llover de nuevo.

Por la tarde nos acercamos al Bar Reload, el cual se publicita como el mejor bar de Tonga. De cinco a seis hay *happy hour*. Promete ser interesante. Entramos en el bar y subimos a la segunda planta. Está completamente vacía y un camarero está fregando el suelo y las mesas. No es un panorama muy *happy*. La camarera que atiende la barra nos pregunta qué vamos a tomar. Resulta que en Tonga sí que elaboran cervezas propias —cuatro, al menos—. Yo pido una que se llama Maui y Maxi otra cuyo nombre olvida al medio minuto. Nos preguntan si queremos vaso o jarra, y elegimos jarra pensando que estamos en España. Aquí la jarra es de más de un litro de capacidad. Además, por ser *happy hour* hay una oferta de dos por uno, por lo que nos esperan otras dos jarras cuando nos terminemos las que tenemos delante. Nos sentamos en una de las mesas y empezamos a beber. La Maui es una cerveza muy suave, me gusta. En la tele del bar vemos como Argentina apaliza a Australia en un partido de rugby. Otros dos hombres entran en la sala y se van a la terraza a beber. Seguimos charlando y bebiendo cerveza, y cuando estamos a punto de terminarnos nuestras segundas jarras, uno de los hombres que estaba en la terraza se acerca a nosotros y se disculpa por no haber saludado al entrar. El tío es gigantesco, mide dos metros y supera los cien kilos. Pero se le nota fuerte, no como a la mayoría de los locales que comparten su peso. Resulta que es neozelandés, pero que tiene familia en Tonga y ha vivido aquí muchos años. Ahora mismo está en el país por trabajo. Es ingeniero civil. Cuando le decimos que nosotros también somos ingenieros se alegra bastante. Llama a su colega, que resulta ser constructor, y le pide a la camarera otras cuatro jarras de cerveza. Ya nos han liado. El gigante es bastante chistoso. Nos cuenta la historia de cómo acabó en el yate de un millonario

tras haber insultado a su hijo en un bar cercano. En determinado momento, pasamos a hablar de su experiencia trabajando en Tonga, que resume diciendo que está muy lejos de los estándares que tenemos en nuestros países, y remata su relato con el dicho "*You can lead a horse to water, but you can't make him drink*". Generalmente no corrijo a Maxi cuando se equivoca al hablar en inglés, pero esta vez tengo que actuar porque ha escuchado *whore* en vez de *horse* y está pervirtiendo el dicho hasta niveles insospechados. Después de esas jarras, nosotros pagamos otra ronda. Y al terminarla, nos vamos con ellos al Billfish, un bar en el puerto de Tonga.

Martes, 16/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga.

Me despierto sin saber a ciencia cierta cómo llegué anoche al hotel. Son algo más de las siete de la mañana. Sé que salimos del Billfish con una tajada importante a eso de las once y media de la noche. Maxi y yo nos separamos porque nuestros colegas nos ofrecieron acercarnos en coche y a mí me pareció una pésima idea —ellos también iban volando—, pero Maxi accedió. Recuerdo que corrí mucho porque en Tonga hay toque de queda desde las doce de la noche hasta las cuatro de la mañana. También recuerdo haber huido de unos perros callejeros y haber tenido que saltar una vaya bastante alta. Y que cuando llegué a la habitación del hotel Maxi estaba durmiendo en su cama pese a que yo tenía la única llave.

Me sorprende no tener nada de resaca y haber dormido casi ocho horas del tirón después de la cantidad de alcohol que bebí ayer —normalmente en estos casos no duermo más de tres o cuatro horas—. También me siento amodorrado. Me podría pasar tirado en la cama todo el día. Entonces recuerdo que en algún momento de la noche pasamos de beber cerveza a otra bebida que venía en lata y sabía a Coca-Cola, y que seguramente llevase kava. La kava es una bebida típica de Tonga que se elabora con la raíz de la planta de mismo nombre, y tiene propiedades sedantes y anestésicas. De hecho, aquí la gente la consume cuando está enferma como remedio para el malestar, y también es común beberla los sábados para pasar los domingos relajados. Y así estamos nosotros, amortajados en nuestras camas. Más mansitos que unos bebés recién nacidos.

Cuando por fin reunimos las fuerzas suficientes, nos levantamos y Maxi me cuenta cómo llegó él. Tras abandonar el Billfish, pararon el coche enfrente del cuartel de la marina militar porque el gigante neozelandés había servido en el ejército y se pensaba que le iban a dejar pasar para enseñarle el cuartel a Maxi. Luego, pasando por la Embajada China, le dieron un besito con el coche al bordillo de la acera derecha —recuerdo que aquí se conduce por la izquierda— y se pararon para disculparse con los vigilantes que había de guardia. Por último, Maxi había saltado desde

un porche al balcón de la habitación contigua a la nuestra y de ahí a nuestro balcón para entrar a la habitación.

Tras desayunar, nos tumbamos otro rato en las camas hasta que recibimos una llamada de Kotoni. Nos dice que se han cancelado todos los ferris y los vuelos nacionales por el mal estado del tiempo —la verdad es que esta semana está haciendo mucho viento—. En resumen, que nos va a tocar pasar en Tongatapu otros cinco días como poco.

Salimos a dar un paseo para despejarnos un poco. A ver si haciendo al corazón bombear sangre conseguimos que se nos quite la mortaja que llevamos encima. Apenas hemos recorrido treinta metros cuando nos cruzamos con un hombre que se para sorprendido y nos pregunta de dónde somos. Nos ponemos a charlar con él y nos cuenta que él había nacido en Tonga, pero que se había ido a vivir a Estados Unidos con cuatro años. Ahora estaba de vuelta en Tonga porque lo habían deportado. El tipo es bastante simpático y cuando se despide de nosotros nos da su número de teléfono por si necesitamos ayuda de algún tipo. Paseamos junto a la costa durante bastante tiempo. Mucha gente aparca el coche frente al mar para comer o simplemente pasar el rato. En una de las furgonetas que hay aparcadas, en el asiento del piloto, hay un tipo que parece estar luchando contra el sueño. Lo rebasamos y seguimos nuestro camino. Cuando hemos dado cinco pasos, escuchamos una bocina. Nos damos la vuelta para descubrir que el hombre se ha quedado dormido y ha pegado un cabezazo al volante, justo donde se activa el claxon.

Continuamos andando hasta que el hambre aparece, momento en el que cambiamos el rumbo para ir al centro de Nuku'alofa a comer. Entramos al Café Friends, que ya se ha convertido en el sitio donde habitualmente almorzamos. Es un gran edifico blanco, completamente hecho de madera, de una única planta y con dos salones, uno dedicado a desayunos, dulces y helados y otro para servir los almuerzos, aunque no es difícil ver a gente almorzando en el primero o bebiéndose un batido en el segundo. También tiene una amplia terraza con mesitas redondas, que es donde nos solemos poner. Se nota que la gente está empezando a llegar de nuevo a Tonga, porque ambos salones están llenos de extranjeros. Hay una gran cantidad de japoneses —ya hemos visto a alguno antes paseando por la ciudad— e incluso vemos a un piloto de aerolínea en una de las mesas.

Tras la comida, nos acercamos a las oficinas de Lulutai Airlines para confirmar que esta semana no hay vuelos disponibles. Allí nos dicen que no esperemos vuelos hasta el jueves o el viernes de la semana que viene. Mañana iremos al puerto a preguntar por los ferris, ahora sólo nos apetece ir al hotel y dormitar otro rato. Cuando llegamos a nuestra habitación recibimos una inesperada sorpresa: el Wifi funciona —desde que llegamos había ido más mal que bien—. La pequeña alegría de poder

escuchar música vale océanos de oro.

La última hora de la tarde la pasamos con Isaia, que nos ha llamado diciendo que tenía un partido de baloncesto cerca del centro y que si queríamos ir a tomar algo con él después. Como ya son cerca de las ocho de la tarde, decidimos aprovechar y cenar todos juntos, así que Isaia nos lleva a un restaurante asiático. La cocina asiática, al igual que la italiana, está bastante extendida por aquí. En el centro hay un restaurante de comida coreana, otro de comida vietnamita y un par de restaurantes chinos. Aparte de estos, también hay unos cuantos especializados en todo tipo de comida asiática, como el que hemos elegido. En la carta hay desde sopas vietnamitas a platos cantoneses. Nosotros nos decidimos por unos platos de arroz con estofado. El mío viene aderezado con algo que parece curry pero pica bastante más.

Isaia nos cuenta cosas bastante interesantes de Tonga. Comenta que aquí hay nobles, y que estos han conseguido este estado por estar emparentados con la familia real o por haber sido elegidos por el rey para recibir un título nobiliario. Los títulos nobiliarios se pasan de padres a hijos, aunque el rey puede intervenir para que no sea así. Junto a su título nobiliario, reciben una extensión de tierras. En Tonga sólo poseen tierras los nobles y el Gobierno, y son estos los que pueden decidir si los ceden para que la gente construya viviendas. Según Isaia, son los nobles los que ceden la mayor parte de los terrenos.

Antes de las diez ya estamos de vuelta en el hotel. El viento ha comenzado a arreciar en los últimos minutos y están empezando a caer algunas gotas. Parece que esta noche va a hacer un tiempo horrible.

Miércoles, 17/08/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Antes de las nueve de la mañana ya estamos duchados, desayunados y camino al puerto para preguntar por los ferris. El puerto queda a unos diez minutos del hotel, pero es enorme y no sabemos dónde están las oficinas a las que tenemos que ir a preguntar. Por suerte, pese a ser enorme está bastante vacío y no hay muchos edificios donde buscar. Al final nos lleva unos veinte minutos encontrar las oficinas del ferry, todo para que nos digan que el siguiente saldrá el martes que viene. A ver si es verdad y mi regalo de cumpleaños es llegar a la isla donde tenemos que trabajar.

Vamos charlando por la calle, de vuelta al hotel, cuando una niña de unos cuatro o cinco años se pone a caminar a nuestra altura. Está muy cerca. Nos mira muy fijamente y un poco seria. La saludamos y su gesto cambia por una sonrisa. Seguimos con nuestra conversación, pero la niña sigue a nuestro lado. Parece que está poniendo mucha atención a lo que decimos.

Por fin se decide a hablar y nos pregunta si somos indios. Le decimos que no, que venimos de España. No conoce eso. Reino Unido y Alemania tampoco le suenan. Ignora qué es Europa. Le acabamos explicando que venimos justo del otro extremo del mundo. Parece satisfecha con la respuesta y se despide de nosotros.

Ya en el hotel pasamos por la recepción para ampliar nuestra estancia hasta el martes. Con todos los trámites hechos, subimos a la habitación a planear el siguiente movimiento del día, que parece que va a ser tranquilo. Sin embargo, una llamada nos desbarata todo. Nos han conseguido asiento en un vuelo para mañana por la mañana, pero tenemos que ir a las oficinas de Lulutai Airlines para pagar los billetes. Esto conlleva que también tenemos que ir a comprar hoy las tarjetas SIM que necesitaremos más adelante para configurar las instalaciones fotovoltaicas —no estamos seguros de poder comprarlas en alguna de las islas que vamos a visitar—. Y también recordamos que todavía no han acabado de formalizar nuestro visado y que nuestros pasaportes están en el MEIDECC, así que vamos allí antes de nada. En el MEIDECC nos dicen que el visado no está listo todavía, que le han mandado la documentación y los pasaportes al Ministerio de Inmigración y que se tienen que quedar con todo ello hasta terminar el proceso. En resumen, nos toca alejarnos doscientos kilómetros de nuestros pasaportes. Y si hay algo que no quieres dejar atrás cuando viajas fuera de tu país, eso es el pasaporte. Pero tampoco podemos estar parados aquí indefinidamente porque cada semana que pasamos sin trabajar es una semana más que tardaremos en volver a España. Toca confiar en el Gobierno de Tonga para que no nos pierdan la documentación mientras estamos trabajando por las islas del norte.

El resto de la mañana lo empleamos en pagar los billetes y en conseguir las tarjetas SIM. Para cuando salimos de la tienda de telefonía, el tiempo es horrible. Llueve y hay mucho viento, así que corremos a buscar cobijo a unos puestos de comida que también solemos frecuentar. Se trata de cuatro puestos dispuestos uno al lado de otro y especializados cada uno en un tipo de comida: cerdo, hamburguesas y perritos, pescado y, por último, arroz con distintas guarniciones. Un enorme porche cubre tanto los puestos como las mesas cuadradas donde la gente come, y es en esas mesas donde nos sentamos a esperar que escampe mientras nos bebemos una Coca-Cola. Aprovechamos que para de llover un momento para volver al hotel. El cielo clarea y el viento parece remitir, pero una hora después tanto la lluvia como el viento vuelven con más fuerza. No parece que el día vaya a mejorar.

Jueves, 18/08/2022, Pangai, Reino de Tonga

Hoy abandonamos Tongatapu y volamos hacia Pangai, una de las islas más grandes de Tonga que se ubica en el archipiélago de Ha'apai, a unos doscientos kilómetros de Nuku'alofa. Nuestro objetivo es hacer de Pangai una especie de campamento base y desplazarnos todos los días en barco hasta Uiha y Ha'ano, dos pequeñas islas cercanas a Pangai en las que tenemos que trabajar.

La mañana se nos va en hacer los preparativos para la marcha y dejar el hotel. Tenemos que estar a la una y media en el aeropuerto, pero antes de las doce ya vamos en un taxi hacia allí. En el taxi viajamos el taxista, Maxi, un niño pequeño y yo. Da la impresión de que el niño es el hijo del taxista y que está ayudando a su padre y aprendiendo el negocio en vez de acudir a la escuela. Los veinte primeros minutos de trayecto los hacemos en completo silencio. Sospechamos que el taxista no habla inglés, porque el taxi nos lo han pedido desde el hotel y tanto la llamada telefónica como las indicaciones que le han dado cuando nos ha recogido han sido en tongano. Sin embargo, de pronto nos sorprende preguntándonos la razón por la que hemos elegido visitar Tonga. Le comentamos lo de nuestro trabajo y asiente satisfecho. Opina que Tonga debería invertir más en energía renovable. Luego empieza a contarnos cosillas de su vida. El hombre vivió en Estados Unidos unos cuantos años, pero se volvió porque prefería Tonga. Aunque conserva familia allí. De hecho, tiene a su hija estudiando en Hawái. Sus otros dos hijos están en Australia trabajando. Esto me lleva a suponer que el pequeño que nos acompaña en el viaje no es hijo suyo. Quizá sea un sobrino, o un chavalillo cualquiera del que ha decidido hacerse cargo. El taxista también nos cuenta que es miembro de PATOA (Partido Democrático de las *Friendly Islands*). Está muy orgulloso de su partido porque han conseguido llevar a juicio a tres ministros corruptos y echarles del Gobierno. Dice que la corrupción en el Gobierno de Tonga es un gran problema, que sabe que sus ministros están recibiendo dinero de los chinos a cambio de favores y que a veces le apetece venderlo todo e irse del país. Tampoco aguanta al rey, al que ve como una figura inútil. No puedo dejar de pensar en los paralelismos entre su discurso y el que nos dio Kotoni la semana pasada. Parece que la mayoría de la población civil del país está de acuerdo en la necesidad de atajar la corrupción en el Gobierno y sólo discrepan en su posición con respecto al rey.

Llegamos al aeropuerto con tanta antelación que ni siquiera podemos facturar todavía. La terminal desde la que salen los vuelos locales es enana. Se trata de una sala de unos treinta metros cuadrados con un mostrador para la facturación y apenas veinte asientos pegados a las paredes. Por suerte, cuenta con una pequeña cafetería donde podemos almorzar mientras observamos el panorama en las pistas de aterrizaje. A lo lejos, en la terminal internacional, se ve un avión militar aterrizando. Al poco rato, una hilera de vehículos de policía, de seguridad del aeropuerto y todoterrenos negros cruza el aeropuerto desde aquella terminal hasta la nuestra. Parece que se trata de algún importante político del extranjero

que tiene que volar a alguna de las islas de Tonga. Mientras embarca en el avión, un montón de guardaespaldas trajeados custodian los alrededores. Es lo más interesante que vamos a ver en las próximas dos horas.

El momento de facturar resulta ser un espectáculo. La mujer que va delante nuestra lleva un cartón de huevos envuelto en papel film que pretende mandar a la bodega. Más tarde, subiendo al avión he llegado a ver gente con un tetrabrik de leche como equipaje de mano. E incluso me ha parecido ver a una mujer con una bolsa de pepinos. El avión es bastante pequeño. Tendrá capacidad para unas treinta y cinco o cuarenta personas. Un avión pequeño para un vuelo reducido, pues apenas vamos a pasar media hora en el aire. Antes del despegue, la azafata reparte extensiones de cinturón a unos cuantos pasajeros que sobrepasan la talla estándar. El vuelo en sí es un mero trámite. Nos sorprende lo suave que es el aterrizaje porque el viento sopla con fuerza. De hecho, esta mañana ni siquiera sabíamos si podríamos volar. El aeropuerto de Pangai es básicamente una pista rodeada de árboles y prados donde pastan vacas. La terminal se reduce a una caseta que sirve para separar a la gente que llega de la que sale, y la zona donde se recoge el equipaje facturado es un simple mostrador donde un par de operarios van apilando maletas para que sus dueños las recojan.

Salimos del edificio buscando algún taxi que nos pueda llevar al lugar donde nos vamos a alojar, pero no hay ni rastro de taxis ni de nada por el estilo. Maxi le pregunta a un hombre si es posible coger algún autobús o llamar a algún taxi para llegar a la ciudad, y este le contesta que no hay nada de eso, pero que él no tiene inconveniente en llevarnos. Resulta ser el jefe de policía de Pangai, que se presenta como Sione. Está esperando para despedirse de su hija, que va a coger el avión en el que hemos venido para volar a Tongatapu. Aunque todo sea dicho, parece más interesado en charlar con nosotros que en la despedida. Cuando la hija por fin se marcha, nos indica que subamos al coche de policía. Con nosotros también viene su mujer. Ambos están bastante interesados en el trabajo que venimos a realizar y la conversación en el coche gira alrededor de ese tema.

Apenas diez minutos después de abandonar el aeropuerto, estamos en la que será nuestra nueva residencia, aunque pronto empiezan a aparecer problemas. Nos despedimos de Sione y esperamos a que la propietaria del alojamiento aparezca. El primer problema que se nos presenta es que sólo tiene habitaciones disponibles hasta el martes. Luego lo tiene todo reservado hasta el día cuatro del próximo mes. Esto realmente es más inconveniente que problema, pues en la isla hay más lugares donde hospedarse. La mujer nos conduce hacia un bungaló, que es donde vamos a dormir, y se despide de nosotros tras darnos las llaves. Y al entrar en él aparece el segundo y más grave problema: es un estercolero. El baño es un pozo de mierda, la ducha tiene tantas arañas que contarlas cansa y hay una cucaracha muerta en la pila del lavabo. En el suelo de la estancia

donde está la única cama que tenemos hay otro par de cucarachas muertas. También tenemos una nevera que no funciona y que tiene dentro cosas a medio camino de fosilizarse, y al lado de la nevera hay un fregadero con platos sucios. También tenemos una mesa que tiene unos pegotes blancos de sabrá Dios qué, y unos sillones que no desentonarían en un vertedero. Maxi abre una de las puertas del armario que hay debajo del fregadero y encontramos una ingente colección de botellas de plástico vacías. Yo abro el grifo para ver si al menos tenemos agua y veo por el rabillo del ojo cómo se mueve algo enorme por la pared. Resulta ser una salamanquesa. Menos mal que esos bichos me gustan.

Tiene toda la pinta de que esta habitación no la limpian desde que los últimos huéspedes estuvieron aquí, antes de que se cerraran las fronteras al turismo allá por enero, y que, al no haber avisado de nuestra llegada, nadie había revisado si estaba habitable. No hemos pasado cinco minutos aquí y ya estamos buscando un nuevo alojamiento, aunque esta noche nos va a tocar dormir en este vertedero sí o sí. Salimos a dar un paseo por el barrio —por curiosidad de ver cómo es la zona y por las pocas ganas que tenemos de quedarnos en la habitación—. Al igual que Nuku'alofa, las calles aquí están dispuestas en forma de cuadrícula y todo está llano, no hay ni un solo desnivel. La gran mayoría de las casas tienen una única planta y, al contrario que en Nuku'alofa, apenas hay coches por la carretera. Caminamos hasta un parque solar que ya está funcionando y nos asomamos a la entrada por curiosidad. Dentro vemos a un operario que parece estar recargando el combustible del generador. Nos acercamos hasta él para presentarnos, decirle que venimos para poner en marcha unas cuantas instalaciones solares y preguntarle si no le importaría enseñarnos esta. El operario, que es un chaval que rondará los veintisiete años, accede encantado. La planta resulta ser bastante más grande que las que nosotros vamos a poner en marcha, y es capaz de suministrar electricidad a las nueve mil personas que viven en Pangai. Me sorprende que los equipos de allí no vengan de China. Las cuatrocientas cuarenta baterías que hay proceden de Alemania y los equipos de control de voltaje y temperatura son originarios de Canadá.

Al poco tiempo de estar en la planta se une a nosotros un nuevo visitante. El operario con el que estábamos hablando le ha llamado porque existe la posibilidad de que nos pueda ayudar a llegar mañana a Uiha en barco. El tipo es bastante simpático y charlamos durante bastante rato, pero no puede hacer nada por llevarnos a Uiha; el mar está demasiado agitado todavía. Acabamos montados en un coche con el operario y su colega mientras nos dan un tour por la isla. El panorama es deprimente: no hay bares y sólo hay abierto un único restaurante. Cuando el tour termina, nos devuelven a nuestro deprimente alojamiento. Dormir esta noche se presenta como un reto. Creo que me dejaré la mascarilla puesta para que nada me entre en la boca.

Viernes, 19/08/2022, Pangai, Reino de Tonga

Nos alegra ver que despertamos sin picaduras de ningún tipo ni mordiscos en los dedos del pie —aunque dormir con las zapatillas puestas seguro que ayudó—. Salimos a la calle con la intención de desayunar, por lo que nos dirigimos al único restaurante de la zona. Las calles de Pangai están plagadas de cerdos que arrastran los hocicos por la hierba alimentándose de todo lo que pillan. A veces incluso podemos ver lechones de apenas semanas de vida correteando por ahí. Parece imposible que esos bichos paticortos y cabezones corran tan rápido. No tardamos más de cinco minutos en llegar al edificio donde se celebra el mercado. Es una enorme nave blanca con un tejado exageradamente picudo y tiene la fachada sur pintada con un mural de coloridas frutas y verduras. Dentro hay un montón de mesas sobre las que se ven desde hortalizas hasta chanclas y sombreros. Todo listo para vender. En uno de los extremos del mercado se encuentra el restaurante que estamos buscando, que resulta ser un mostrador desde el que se ve una cocina con dos mujeres dentro. Le preguntamos a una de ellas si tiene algo para desayunar y nos dice que no, que sólo nos puede ofrecer los platos que preparan normalmente, así que un rato después nos estamos comiendo cada uno una pizza hawaiana y una Coca-Cola para desayunar. Cuando estamos acabándonos las pizzas, aparece un individuo que se sorprende al ver nuestra comida y nos pregunta si las hemos conseguido del restaurante. El individuo se presenta como Joe y resulta ser bastante majo. Su historia es parecida a la del taxista de ayer: vivió en los Estados Unidos pero prefirió volver a Tonga, aunque su hijo se quedó allí. Nos dice que está esperando a que llegue el ferri el martes para irse a Tongatapu y que en Pangai no hay mucho que hacer. Él mata el tiempo moviéndose con un coche alquilado de una playa a otra para pescar. Nosotros tampoco tenemos nada mucho mejor que hacer, así que quedamos para ir mañana a pescar con Joe y nos despedimos de él.

Ahora que tenemos el cuerpo lleno de energía, nos centramos en encontrar un nuevo sitio donde dormir. A un par de minutos del restaurante hay una especie de albergue que esperamos sea mejor que nuestro alojamiento actual. La estancia está limpia y el baño parece decente. El tema de las arañas todavía no está solventado del todo, pero por lo menos uno ya no se cansa al contarlas. Viéndolo con optimismo, es un gran avance.

Pasado el mediodía, dejo a Maxi durmiendo la siesta en nuestro nuevo alojamiento y salgo a leer un rato junto al mar. Cerca de la costa hay unos merenderos que son perfectos para este fin. Cuando termino el capítulo del libro que estoy leyendo, decido que es momento de hacer una pausa y explorar todo lo que pueda de Pangai. Me encamino hacia el sur, donde al final de la isla hay una playa que debe de ser espectacular —o

eso me indica Google Maps—, pero para llegar hasta ella, primero tengo que atravesar toda la población. Mi camino me lleva a una zona donde se concentran dos colegios a cada lado de la calle. En el que tengo a mi izquierda hay unos cuantos niños en el patio jugando al rugby y muchos más sentados en sillas mirando. Me fijo en que muchos de los niños que corren por el patio no llevan ningún calzado. No estoy seguro de si esto se debe a que no pueden permitírselo o a que, dado que la mayor parte de la isla está cubierta por una alfombra natural de hierba, deciden prescindir de él. Al fondo está el edificio donde se imparten las clases, que tiene tres plantas de altura y aspecto de no estar muy cuidado. De hecho, me recuerda un poco a los edificios de oficinas que uno puede ver cerca de las autopistas abandonados en mitad de su construcción. El colegio de mi derecha es mucho más pequeño. En el patio hay unas niñas jugando al fútbol y de las aulas más cercanas a la calle llegan las voces de los profesores aleccionando a sus alumnos.

Al rato de dejar atrás los colegios, un niño en bici se pone a mi altura y me ofrece una ampolla de plástico que parece contener limonada o algo por el estilo. Declino su oferta amablemente, pero como veo que me sigue y que parece tener curiosidad por mi presencia allí, le empiezo a dar conversación. Por lo visto, el niño acaba de salir del colegio y está volviendo a casa. Cuando le pregunto qué suele hacer normalmente en el colegio, me contesta con un simple *lunch and pray*, aunque también reconoce que juega mucho al rugby. Chapurrea el inglés —aunque me sorprende que desconoce el significado de *usually*—, y sus conocimientos de geografía son comparables a los de la niña que nos cruzamos días atrás. Nos despedimos cuando nuestros caminos se separan: yo sigo hacia el sur y él se desvía en una intersección para llegar a su casa. Me ha caído bien, espero volver a encontrármelo por ahí otro día.

Las casas se terminan y un largo camino de tierra se adentra en la vegetación salvaje que tengo que atravesar. Me siento como si estuviera cruzando una selva. La mayoría de los árboles son cocoteros y, en consecuencia, el suelo está lleno de cocos. De vez en cuando, el muro de vegetación que tengo a mi derecha se abre y me deja ver el mar. De pronto, a mi izquierda, la vegetación cede terreno a una pequeña isla sobre la que se ha edificado un cementerio. Una estrecha lengua de tierra une la isla al camino que recorro. Encontraré dos cementerios más en mi camino, aunque menos idílicos que el primero. Por fin, el camino se termina y la vegetación se abre para dar paso a una pequeña playa de aspecto tropical —que es bonita, pero no espectacular—. La fina arena blanca sólo se interrumpe por contadas palmeras. El viento sopla con vigor y a lo lejos se puede ver como la mar impacta con violencia contra un islote. Las olas que se forman parecen gigantes vistas desde la costa, y seguramente lo sean. La costa de Uoleva se puede distinguir perfectamente desde aquí, y en la lejanía se puede intuir Uiha, la isla a la

que tendremos que ir la semana que viene.

Cuando ya he visto suficiente, me doy la vuelta para volver a la población, aunque me tomo un momento para sentarme y descansar. Encuentro un improvisado banco hecho con un bloque de hormigón al lado de uno de los cementerios que hay por el camino. Desde aquí, tengo una vista inmejorable de la costa norte de Pangai. El mar en este lado está mucho más calmado y el viento es mucho más suave. Parece que la naturaleza ha decidido respetar la paz del cementerio. Cuando retomo el camino, la iluminación ha cambiado. El sol ha empezado a ponerse —pese a que no son ni las cuatro de la tarde— y la luz clara ha tomado un tonalidad ámbar que, junto con el verdor de la hierba que crece por toda la isla y con el silencio que reina en ella, le dan a Pangai un aspecto de Edén tropical. En mi camino me cruzo con un pequeño camión conducido por chavales —tendrán entre diecisiete y diecinueve años—. Saludan con entusiasmo y yo contesto su saludo. Seguramente vayan a almorzar o a descansar un rato a la playa de donde vengo. Llevan la caja del camión hasta arriba de ramas, aunque también veo a un tercer chaval sentado dentro de la caja con la espalda apoyada en el portón que la abre. Es bastante usual aquí ver a la gente subida en las cajas de los camiones. Dos perros corren tras el camión jugando a alcanzar el vehículo. Continúo andando unos diez minutos cuando oigo un motor a mi espalda. Percibo como va ralentizando su marcha. Me giro y descubro a los chavales con el camión, que están parando a mi altura. No hablan inglés, pero me señalan con el dedo al final del camino y a la caja del camión, señal inequívoca de que se están ofreciendo a acercarme hasta la población. Acepto encantado y subo de un bote a la caja. Como tengo una mano inutilizada por el libro que llevo conmigo, mi caída sobre las ramas no es nada sutil. De hecho, es un culetazo bastante sonoro. Los chavales ríen mi aterrizaje, pero no detecto burla. Es una risa genuina que a mí también se me contagia. Junto al camión, corren los dos perros que ya había visto antes. Se les nota alegres cuando el camión aumenta su velocidad. Están contentos por tener que activar sus músculos para alcanzar al vehículo. Para ellos es como un juego. Cuando el camino se pone accidentado, el camión frena y los perros recuperan el aliento. E instantes después el juego comienza de nuevo. Finalmente, el camino termina y empieza la población. Me apeo del camión con un salto mucho más grácil que el que he dado para subir y me despido de los chavales, que toman un camino secundario que se adentra en la vegetación, seguramente de vuelta a trabajar en las plantaciones que hay por ahí.

Mi nueva misión es reunirme con Maxi, que se ha ido a tomar el sol a una de las playas que hay cerca de nuestro nuevo alojamiento. Aunque como buena misión, el objetivo se va actualizando con el tiempo. Al rato de haber emprendido mi camino hacia Maxi, me llama para decirme que se ha movido más al norte —alejándose de mí, que vengo del sur—, y cuando ya estoy a punto de llegar a su nueva localización, me llega un mensaje en el que me comenta que se ha movido todavía más al norte

porque allí las playas son mejores y hay más sombra. En resumen, encontrarme con Maxi me va a llevar hora y pico. Justo antes de llegar a la playa en la que está, me encuentro un cartel que anuncia un cementerio europeo —se me ocurre que ya sabéis dónde buscarme si no doy señales de vida en un par de meses—. Al lado hay un conjunto de tumbas gobernado por la estatua de un señor que se da un aire a Winston Churchill. Me acerco para ver las tumbas. Todas pertenecen a europeos que vivieron en Tonga cuando el país era una colonia británica y la estatua es de Shirley Waldemar Baker, ex Primer Ministro de Tonga y muerto en 1903.

La playa que ha encontrado Maxi la verdad es que está bastante bien. Un grupo de cocoteros arroja una agradecida sombra. La arena está llena de conchas y caracolas y hay unos bloques de hormigón que ninguno nos explicamos qué hacen allí, pero que vienen perfectos para tumbarse a leer. Además, los cocoteros también nos protegen de las esporádicas lluvias que aparecen tan pronto como se van. Llueve durante medio minuto, para y luego, a la hora o así, se repiten el chubasco. Con razón está todo tan verde aquí, no hay día que no se riegue el césped cuatro o cinco veces. Por suerte, las lluvias abundantes ocurren por las noches, cuando nosotros ya estamos bajo techo.

Cuando la luz natural comienza a escasear, decidimos volver al alojamiento. Yo me siento fuera de la habitación con mi libro y Maxi se encamina al edificio de enfrente, subiendo por una escalera exterior hasta la terraza de la segunda planta, donde hay una mesa muy útil para trabajar. En esa planta también hay una cocina para uso de los huéspedes, justo al lado de la mesa, y periódicamente oigo cómo Maxi habla con la gente que está ahí dentro. Al rato, Maxi baja para llamarme a cenar. Esto me extraña porque nuestro alojamiento incluye desayuno, pero nada de cena. Cuando llego a la cocina, me encuentro una bandeja enorme llena de partes de pescado: una espina dorsal bastante puntiaguda, unas aletas amenazadoramente afiladas, algo que parecen ser tentáculos o quizá tripas de pescado. Incluso me parece advertir unas patas de cangrejo. En la mesa, junto a Maxi, hay dos locales que me ofrecen un sitio. Escarbo por la bandeja con una cuchara buscando algo de la carne del pescado y consigo rescatar una amalgama de gelatina, carne, cartílago y espina. Por suerte, la carne es fácil de identificar en aquel revoltijo, y todavía más fácil de separar. El pescado está más bueno de lo que me había imaginado en un primer momento. Tiene una textura parecida a la de la dorada, pero con más consistencia. El sabor es suave, aunque el olor que desprende es de pescado fresco. Se nota que ha sido pescado recientemente. Maxi encuentra por la bandeja el cráneo del bicho. Tiene forma de flecha, es enorme y exhibe una protuberancia en forma de cuerno. Debe de ser curioso encontrárselo por el mar mientras nadas.

Terminada la cena, comenzamos a charlar con nuestros anfitriones, que Maxi ya conoce, pero de los que yo no tengo ni una mínima noción. Son, como nosotros, huéspedes allí y han venido a Ha'apai porque se dedican a ofrecer actuaciones por las islas para alegrar a los habitantes. Son una especie de intérpretes amateurs que se juntan de vez en cuando para hacer giras por las islas de Tonga. Dicen ser muy queridos allá a donde van, y yo les creo. Imagino cómo se sentirán los habitantes de estas islas remotas, en la que apenas ocurre nada nuevo y los días se suceden como fotocopias en una impresora, cuando un grupo de gente como aquella llega para ofrecerles un espectáculo pensado exclusivamente para hacerles sonreír. Su labor es todavía más necesaria y querida después del tsunami.

Hablar con ellos es bastante entretenido. Tienen un sentido del humor muy desarrollado y no paramos de reír durante toda la conversación. Especialmente cuando uno de ellos se prepara una bebida a base de agua hirviendo y una lima exprimida. Nos asegura que es una bebida muy buena para la salud, pero no para de preguntarse qué hace con su vida después de cada trago. Se les nota la vena de humoristas. También les gusta mucho cantar, y cantan bastante bien. Uno de ellos se despide de nosotros cantando *Spanish Eyes*, una balada que ha sido versionada tantas veces que soy incapaz de decir quién es su autor original.

Pero no sólo se dedican al espectáculo. Con ellos también viaja un hombre cuya labor es representar a los habitantes de Tonga con discapacidad. Él mismo sufre problemas de movilidad que se hacen bastante patentes cuando sube la escalera para sentarse en la mesa de la terraza donde antes estaba Maxi. No se une a la conversación —el esfuerzo que le ha requerido subir las escaleras le ha dejado sin aliento—, pero sus compañeros nos cuentan que ha logrado bastantes avances en materia de inclusión social para las personas con discapacidad, gracias, sobre todo, a que la población ha mostrado una gran disposición a escuchar las necesidades de este colectivo y a actuar para facilitarles la vida. Una de sus grandes victorias ha sido dialogar con el Gobierno para ayudar a personas con discapacidad a encontrar empleo. Ahora trabaja para que haya rampas en las iglesias y en los edificios públicos para facilitar el acceso de las personas con movilidad reducida, y en que también se añadan baños adaptados y plazas de aparcamiento reservadas para esta gente en dichos lugares.

La conversación dura hasta que el sueño aparece y cada uno nos retiramos a nuestras habitaciones a descansar. Poco después de meternos en la cama, vuelve a caer otro chaparrón.

Sábado, 20/08/2022, Pangai, Reino de Tonga

Intentamos encontrarnos con Joe en el mismo sitio de ayer para ir a pescar, pero no lo vemos por ningún lado y el número de teléfono que nos proporcionó no da respuesta. Es momento de ejecutar el plan B, que es pasar la mañana entera en la playa que Maxi encontró ayer. Tumbados al sol, escuchando música, viendo a los cangrejos ermitaños arrastrando sus casas por la arena. Un coche aparece y suelta a un par de niños que juegan a lanzar piedras al mar para que reboten el máximo número de veces posible. Intentamos medirnos con ellos, pero no somos rivales para su habilidad.

Poco antes de las dos, volvemos al restaurante de ayer para comer algo. Sólo les queda cordero con curry y banana frita, lo que aceptamos de buen grado. Pedimos dos raciones para llevar y nos vamos a los merenderos de la costa. El cordero está espectacularmente bueno. Los restos se los damos a un par de perros que hay por ahí. Las calles están desiertas. Casi toda la población de Pangai ha dejado ya de trabajar y está en sus casas, haciendo los preparativos para acudir mañana a las iglesias. El único ruido que se escucha es el que provoca una piara de cerdos que pasan de vez en cuando por la esquina del mercado, husmeando el suelo con sus hocicos de forma incansable en busca de comida. Maxi decide volver al alojamiento a echarse la siesta. Yo me quedo en el merendero leyendo un rato. Cuando he tenido suficiente lectura, determino que es buen momento para hacer algo de ejercicio. Al lado del merendero hay una parcela de césped que resulta muy útil para este fin. Llevo desde que llegué a Tonga sin haber entrenado nada, pero me alegra comprobar que no estoy tan oxidado como creía. Al rato de terminar el entrenamiento, aparece Maxi. Acabamos la tarde jugando a las palas de playa.

Cuando el sol se pone, las familias salen y se agrupan en torno a los numerosos ultramarinos que hay por la población. Me resulta curioso que decidan centrar su ocio alrededor de las tiendas de los chinos en vez de abrir sus propios locales —me consta que antes había uno o dos cafés por la zona, pero que cerraron hace tiempo—. Los niños comen helados y corretean por dentro y fuera de las tiendas, mientras las madres y los padres forman corrillos para charlar. Los más ancianos parece que prefieren quedarse en sus casas o pasear por la calle.

Al pasar por una de las iglesias de aquí, vemos a un montón de gente reunida en su interior. No parecen estar en mitad de ningún acto religioso, más bien parecen charlar. Quizá se estén organizando para mañana. Nos consta que en las iglesias se ofrecen cantidades ingentes de comida los domingos para los asistentes, y eso requiere bastante preparación previa. Celebran auténticos festines. Aunque eso no es nada especial aquí, porque cada comida que esta gente prepara destaca por su desbordante cantidad.

Tras llevar un par de días en Pangai, uno comprende las ganas que esta gente tiene de que llegue el domingo. No se trata sólo de rezar, sino que es el Gran Acto Social de estas islas. El único entretenimiento que tiene la gente de aquí es el trabajo. No hay otra cosa que hacer que no sea trabajar. La televisión aquí apenas tiene canales, y los pocos que tiene son para ver películas que se repiten hasta la saciedad o partidos de rugby. La cobertura que tienen es precaria y el acceso a internet está muy limitado. No hay cines, ni teatros, ni bibliotecas. No hay cafés ni restaurantes —excepto el del mercado—, y nadie ha intentado promover el deporte o algún ocio similar entre la población. Su vida se resume en despertarse, trabajar hasta que se pone el sol e irse a dormir. Ni siquiera pueden pensar en viajar porque los pequeños barcos que tienen no les permiten navegar en cuanto el mar se revuelve un poco, y tanto el ferry como el avión llegan aquí con una frecuencia mínima y son excesivamente caros. Los domingos, sin embargo, el panorama cambia. Todos se reúnen en las iglesias, rezan, comen, socializan, se cuentan sus penas y sus alegrías. Disfrutan del día todos juntos sin preocuparse de nada más. Y luego vuelven a sus casas a vivir seis días iguales que los que acaban de pasar.

Entonces me da por pensar que llegaré a la isla más recóndita de este país y seguiré encontrando gente que, aun en aquel lugar alejado de la mano de Dios, siga dándole las gracias al Señor por lo que tienen. Porque no conocen nada más.

No obstante, la gente de aquí tiene un instinto desarrollado para encontrar alegría en lo cotidiano. Ríen con frecuencia. Hacen pausas en sus trabajos para charlar. Sacan oro de las conversaciones más banales y disfrutan de los ratos muertos. Todos se conocen entre sí y tienen un fuerte sentimiento de pertenencia hacia su gente y sus islas. De hecho, uno de los intérpretes con los que cenamos ayer —el que se fue cantando *Spanish Eyes*— resultó ser un entrenador de rugby de un equipo bastante exitoso en Tonga. Ha viajado numerosas veces al extranjero, a Australia y a Nueva Zelanda, y ha recibido ofertas de ambos países para trabajar entrenando a otros equipos de rugby. Y todas ellas las ha declinado, porque entiende que su sitio está en Tonga. Porque está convencido de que su presencia aquí hace mejor al país y ayuda a su gente, y es verdad que lo hace —estoy seguro de que si hay algo a lo que se le pude llamar patriotismo es a esto—.

En definitiva, los tonganos son capaces de encontrar felicidad en una forma de vida que para muchos —entre los que me incluyo— resultaría anodina.

Capítulo 2

Lunes, 22/08/2022, Pangai, Reino de Tonga

Se dice que Tonga es el lugar donde el tiempo comienza —por su cercanía con el meridiano 180 — y que Pangai es el lugar donde el tiempo permanece quieto, y no puedo estar más de acuerdo. Todo aquí se mantiene en calma. Imperturbable. Inmutable. Hay un equilibrio que nada ni nadie parece romper. Hasta tengo la sensación de que todos los días me cruzo con los mismo animales a las mismas horas, y que las nubes deciden descargar la lluvia con una puntualidad que los de Renfe envidiarían. Ni siquiera las comidas se salvan de esta tendencia repetitiva. Ya no sé cuántas veces he comido cordero ni cuántas he cenado fideos instantáneos.

Técnicamente, mañana tendríamos que abandonar esta isla y plantar nuestros pies en Uiha. Pero, como decía el gigante neozelandés con el que bebimos en Nuku'alofa, cuando un ingeniero usa la palabra técnicamente, es porque la cosa no va a ir todo lo bien que debería.

El mar está navegable de nuevo, por lo que no debería haber problema para ir hasta Uiha. Sin embargo, estamos anclados en Pangai hasta tener noticias de Andrew, el electricista de la empresa de Kotoni. En un primer momento, Andrew iba a venir con nosotros desde Nuku'alofa la semana pasada, pero una serie de inconvenientes lo impidió. Lo siguiente que nos dijeron fue que Andrew llegaría aquí en el ferry del martes, pero ya es lunes por la mañana y todavía no tenemos señales suyas. Y para colmo, toda la red telefónica de Pangai se ha venido abajo. Y realmente necesitamos a Andrew, no sólo porque nos va a ayudar a encontrar un barco para ir a Uiha, sino porque también nos va a hacer el favor de buscarnos un lugar donde podamos dormir, ya que Uiha no tiene hoteles ni alojamientos de ningún tipo. Dependeremos de los locales para no dormir al raso, y la mediación de Andrew nos va a venir muy bien.

Pero, como no hay cobertura ni wifi ni telégrafo ni palomas mensajeras, no podemos contactar con Andrew. Ni con Andrew ni con nadie, así que decidimos que lo mejor que podemos hacer es volver a la playa en la que siempre nos tumbamos y esperar pacientemente a que la cosa se arregle. Hemos sucumbido al complot de la isla para hacer que cada día sea igual que el anterior. Para no variar, aparece el mismo pescador que llevamos viendo desde el viernes. Como ya es usual, saluda, da un paseo para revisar las redes que tiene por la costa y vuelve con las manos vacías. Decido dar un paseo por la playa. Recorro la costa hacia el norte, más por matar el tiempo que por curiosidad, porque el panorama no cambia en los tres kilómetros que hay hasta el final de la isla: agua, luego arena y, por último, un muro de vegetación. Regreso a los diez minutos, encontrándome con una escena que me sorprende por ser inédita: el

pescador se ha sentado al lado de Maxi y está charlando con él —no es la primera vez que conversa con nosotros, pero normalmente intercambiábamos un puñado de palabras mientras pasaba a nuestro lado y luego se iba—. La conversación se alargará por casi una hora, ya que nos comenta desde lo difícil que es mantener a los once hijos que tiene hasta el odio que siente por los chinos. Pero lo importante de verdad es que nos ha dicho que nos puede conseguir un barco para ir mañana a Uiha. Viaje de ida y vuelta en el mismo día, lo que nos viene perfecto. Para rematar, el hombre se ganaba la vida organizando tours para nadar con ballenas, y nos ha dicho que si mañana tenemos suerte, igual podemos darnos un chapuzón con alguna. Aunque, sinceramente, yo lo único que quiero es poder empezar a trabajar.

Hacia las cinco de la tarde llega el primer ferri a Pangai desde hace dos semanas y la gente se agolpa alrededor del humilde puerto de la isla —apenas posee un muelle para que el ferri atraque—. Dos horas después, el ferry sigue atracado, y personas y coches siguen embarcando. Zarpa sobre las siete y media, cuando ya es noche cerrada en Pangai. El ejército de luces que ilumina la embarcación es lo único que rompe la oscuridad del mar. Agito mi mano en el aire y bromeo con Maxi diciéndole que haga lo mismo. Que le diga adiós a nuestra oportunidad de escapar de esta isla.

Martes, 23/08/1997, Uiha, Reino de Tonga

La mañana ha sido un caótico sinfín de llamadas de teléfono e idas y venidas, pero por fin estamos en un barco rumbo a Uiha. Nuestro patrón no es el pescador de ayer, sino un habitante de Uiha llamado Talatau que ha venido en su barco hasta Pangai para traer a un puñado de personas al hospital de la isla y llevarse de vuelta un buen puñado de mercancías para Uiha —en su mayoría conservas y bebidas carbonatadas—. En el barco, que es poco más que un bote con motor, viajan, aparte de nosotros, un anciano y una anciana, unos padres con su hijo pequeño, una mujer ataviada con unas gafas de sol tan estrafalarias que destacarían incluso en las pasarelas más atrevidas de París y unos cuantos jóvenes que parecen tener la intención de pescar durante el trayecto —uno de ellos incluso lleva un arpón—. También hay un cachorro de perro que lleva gimoteando desde el comienzo del viaje, incapaz de comprender dónde le han subido.

Apenas diez minutos después de salir, la anciana le pregunta a Maxi si está bien. Él, que simplemente está adormilado, responde que no hay problema. La pregunta se repetirá tres veces más. El viaje es tranquilo, tanto que tres cuartas partes de los pasajeros se duermen en algún momento. Esta calma sólo se rompe cuando, pasadas las dos, avistamos un par de ballenas a babor. Se trata de una madre y su cría, que salen a respirar a pocos metros de la embarcación. Todos nos ponemos de pie

para verlas mejor.

El niño que viaja con nosotros me mira fijamente. Está completamente embelesado por mi presencia. Bueno, quizá embelesado no sea la palabra más correcta, porque detecto un poco de desconfianza en sus ojos. Seguramente no haya visto a ningún *pālangi*[1] en su vida —rondará los cuatro o cinco años— y se estará preguntando de dónde sale ese individuo tan blanquito y enclenque —porque aquí en Tonga Maxi y yo somos enanos en comparación con el resto—. De vez en cuando, se levanta para recorrer la corta embarcación, despertando la preocupación de su padre, que no para de decirle que se esté quieto —o eso imagino yo, porque tongano no hablo todavía—. En sus pequeñas piernas se pueden ver las cicatrices redondas que le ha dejado alguna enfermedad.

Hora y media después de haber abandonado Pangai, pisamos Uiha. El desembarco es tan rudimentario como lo fue el embarco. La embarcación para a unos diez metros de la orilla de la playa, donde el agua apenas llega a cubrir por encima de los tobillos, para que nosotros recorramos a pie los metros que quedan. El desembarco se prolonga por unos diez o quince minutos, ya que hay que descargar todas las mercancías y cargarlas en un pequeño camión. También, por orden de Talatau, cargamos en el camión nuestras maletas y echamos a andar con él, ya que nos ha asegurado que nos puede encontrar un sitio para alojarnos. Tras cinco minutos de caminata y otros quince de espera frente a una casa, el camión donde hemos cargado nuestras cosas aparece de nuevo y descubrimos que nuestra anfitriona va a ser la anciana que no paraba de preguntarle a Maxi si estaba bien, de nombre Martha.

La casa de Martha es bastante grande, especialmente comparada con las que hemos visto de camino aquí. Tiene una única planta, pero esta es considerablemente extensa. Nada más entrar, encontramos un salón con tres sofás alrededor de una Smart TV a la que todavía no le han quitado el plástico protector de la pantalla. Seguimos andando por un pasillo lleno de sofás recubiertos con sábanas hasta nuestra nueva estancia, que es bastante mejor que las últimas que hemos tenido. Las camas son de un tamaño colosal y tenemos un cuarto de baño prácticamente para nosotros solos porque está reservado para invitados. El resto de las habitaciones de la casa están ocupadas por familiares de la anciana, así que no entramos ahí. El mismo pasillo que lleva hasta nuestra estancia se alarga hasta lo indecible y culmina en un modesto comedor con una mesa para seis personas. En la parte trasera de la casa, en el exterior y cubierta por un tejadillo, se encuentra la cocina. Los hornillos son de gas, hay un horno enorme como los que se usan para hornear pan, una enorme mesa para juntarse a comer y, colgadas del tejadillo, un montón de ramas de bananos con los frutos a punto de madurar.

Una vez nos hemos asentado, Talatau nos guía hasta la planta solar que tenemos que poner a punto. Para llegar a ella, seguimos un camino que

atraviesa varias plantaciones y granjas de los lugareños, delimitadas por vallas hechas con chapas y ramas de árboles, hasta que, llegado un determinado punto, los arbustos se alzan por encima de nuestras cabezas, los cocoteros tapan el cielo y toda la vegetación crece salvaje envolviéndonos y privándonos de sol. Estamos adentrándonos en una selva.

Cinco minutos después, estamos entrando en la planta solar. La verdad es que su estado es lamentable. Ni siquiera los pisos de estudiantes muestran tal dejadez. En el exterior, la maleza ha crecido salvaje y es difícil dar dos pasos sin pincharte con algo o sin hacer que cientos de insectos salgan volando. Incluso algunas placas tienen enredaderas creciendo sobre ellas. Pero es la caseta en la que tenemos que trabajar la que se lleva la palma. Entramos y allá donde ponemos la vista hay basura. El ambiente dentro está tan viciado y el aire tan enrarecido que podría rivalizar con el de un ataúd de segunda mano. Cada vez que respiro siento como mi vida se acorta un día. No funciona ninguna luz y los bichos campan a sus anchas por doquier. Incluso tenemos avispas grandes como mi pulgar revoloteando alrededor de la única ventana que hay. El estado del cuarto de baño me lo ahorraré.

Siendo sincero, ni todo el tiempo que ha llevado llegar hasta aquí ni las bajas expectativas que tenía sobre el estado de los equipos me han mermado tanto la moral como descubrir el cuchitril en el que tenemos que trabajar. Sin embargo, la calidad de vida de esta gente depende de que desempeñemos bien nuestra labor, y saber eso me empuja a hacer todo esfuerzo adicional que sea necesario para completar la tarea. Actualmente aquí disponen de electricidad durante cuatro o cinco horas por la noche. Llevan años esperando a que la planta solar funcione para disponer de luz todo el día, y nosotros podemos tenerla lista en apenas un par de semanas. Y con ella funcionando, podrán hacer cosas tan básicas como conservar alimentos frescos o usar ordenadores en las escuelas. La puesta en marcha de esta instalación supondrá un antes y un después en sus vidas.

Nuestro primer turno de trabajo en Tonga comienza a las cinco de la tarde y acaba a las diez de la noche. Volviendo a casa de Martha, alumbramos nuestro camino con unas linternas, pero decidimos apagarlas al poco de empezar a andar para observar el cielo. Días atrás, en Pangai, nos preguntábamos cómo sería ver las estrellas desde Uiha, sabiendo que es una isla en mitad del océano y sin apenas iluminación. La imagen resulta cautivadora, tanto que pierdo la cuenta de las veces que alzo la mirada al cielo durante el trayecto de regreso. Mis ojos no saben en cuál de todos los fulgores que rompen la oscuridad centrarse. En algunas regiones del cielo hay tantas estrellas y tan concentradas que parecen formar una nube luminosa. Me centro en el titilar de los astros y por un momento olvido lo lejos que estoy de casa, la mala experiencia de la caseta y todo el trabajo que tengo por delante. Ante aquella vista sobrecogedora, todos los

problemas mundanos se reducen a la nada.

Viernes, 26/08/2022, Uiha, Reino de Tonga

El trabajo avanza más rápido de lo esperado. Además, ayer llegó por fin Andrew. Esto es una gran noticia, no solo porque ahora hay dos manos más trabajando en la instalación, sino también porque Andrew nos ha traído unas cuantas herramientas que necesitábamos. Si todo va bien, tendremos la planta funcionando una semana antes de lo previsto.

El tiempo que no estamos trabajando lo solemos pasar en la casa de Martha. Con ella viven su hermano Will y su esposa Lisa. Todos ellos son ancianos afables que disfrutan de una buena charla, y además son bastante capaces para su avanzada edad. Lisa se ocupa de la pequeña tienda que hay al lado de la casa, donde se venden principalmente conservas, y es la encargada de conducir el pequeño camión en el que cargaron nuestras maletas cuando llegamos aquí. En aquel momento no reparé en ella, pero imaginad mi sorpresa cuando al día siguiente la vi, enjuta como es y con sus ochenta y tantos años, subirse al camión y conducirlo como si tal cosa. Y Will no se queda atrás. Es tan mayor como Lisa, y se nota que sus ojos ya no ven tan bien como antaño. Y sin embargo, todas las semanas se enrola en algún barco para ir a pescar, actividad en la que es un verdadero maestro. De hecho, la mayor parte del pescado que comemos en casa de Martha procede de las incursiones marítimas de Will. Hasta tal punto llega su habilidad pescando que ayer Talatau le pidió que fuese con él a faenar y le enseñase los secretos de la pesca del atún. Además, sus brazos se ven fuertes como el hierro. No me cabe duda de que no tendría ninguna posibilidad contra él en un pulso. Por su parte, Martha es más baja que Lisa y unos cuantos años más joven que esta y que Will. Recoge su canosa melena en un moño y suele vestir vestidos oscuros con estampados de flores. Sería acertado decir que es la viva imagen de una típica abuela de pueblo —salvo porque su piel es mucho más morena— y cocina como tal, ya que de los menús que nos prepara se podría alimentar a todo un regimiento.

Hoy en la comida Martha nos ha comentado que a última hora de la tarde habrá un evento político en Uiha. Un local está haciendo campaña para representar a Uiha en el Parlamento, y resulta que ese local es hijo de Martha. La mujer parece bastante emocionada con el tema, y además nos ha dicho que la gente bailará, cantará y comerá helado, algo que me parece bastante extraño tratándose de un evento político y que ha despertado mi curiosidad y la de Maxi. Así que después de trabajar tenemos pensado acercarnos a echar un ojo por allí. Pero primero toca ducharse. Aquí las duchas son de decoración, porque las cañerías no funcionan, por lo que la gente se lava con agua de lluvia. Como llueve varias veces al día, la gente tiene depósitos en sus casas para recoger el

agua de lluvia y aprovecharla para asearse, lavar la ropa e incluso bebérsela. A la hora de ducharse, uno llena un par de cubos con el agua de estos depósitos y se va a la bañera para lavarse con ella. No es un método cómodo ni demasiado eficiente, pero es preferible a la alternativa, que aquí llaman baño tongano y que consiste en irse a la playa y darse un baño de agua salada.

Salimos hacia el lugar del evento aseados y con nuestras ropas más dignas: camisa, bermudas y chanclas. No es que sea el colmo de la elegancia, pero nos acabamos de lavar con un cubo lleno de agua de lluvia, así que no se nos puede pedir mucho más. La gente del pueblo también se ha arreglado para la ocasión y la mayoría de las personas con las que nos cruzamos por la calle visten el *tupenu*[2] complementado con la *ta'ovala*[3]. El evento tiene lugar dentro de un salón completamente diáfano. Dentro hay un montón de hombres sentados en el suelo formando corros y, detrás de ellos, un buen número de bancos repletos de gente. Un hombre nos detecta husmeando por la puerta y nos pregunta si queremos pasar. Cuando le decimos que sí, nos acompaña educadamente adentro para conducirnos hacia un sitio libre. Nuestra entrada causa bastante revuelo entre la gente. La atención de la sala pasa del conductor del evento a nosotros, y todo se detiene unos instantes mientras los asistentes nos miran con una mezcla de incredulidad y curiosidad. Noto que los hombres que hay sentados en el suelo no parecen estar muy interesados en el discurso que está a punto de suceder, y que los bancos que hay detrás de ellos están repletos mayoritariamente de mujeres y niños pequeños.

Tras los instantes iniciales de desconcierto, el ambiente vuelve poco a poco a la normalidad y el conductor del evento recupera la atención que disfrutaba antes de nuestra llegada. Sin embargo, los más pequeños no pueden evitar girarse de vez en cuando a escudriñarnos con sus ojos. Cada cierto tiempo, algún asistente se coloca delante del público y, micro en mano, da un discurso en tongano que ni Maxi ni yo somos capaces de entender. Una vez terminado el discurso, empieza a sonar una música bastante marchosa y las mujeres y los niños salen a bailar junto a la persona que ha dado el discurso. Lo único que consigo descifrar de toda esta situación es que estamos haciendo tiempo hasta que el hijo de Martha salga a dar el discurso. Estamos en el prefacio del evento y los que hablan delante del público son habitantes de Uiha que parecen apoyar al hijo de Martha.

Sale a hablar un abuelo que hace un momento estaba dormitando delante nuestra y da un discurso con una pasión impropia de alguien que se acaba de despertar. El abuelo termina de hablar, suena la música y salen un montón de mujeres y de niños a bailar con él, y entonces cometo un error que pondrá en riesgo mi integridad física. Llevado por el ritmo de la música, empiezo a mover los hombros al unísono. Una mujer se percata de ello y se acerca para sacarme a bailar. Pese a mis intentos de

escaquearme, acabo delante del público bailando con ella mientras Maxi se ríe y hace fotos desde los asientos. El primer baile es prácticamente inocuo, pero, tras el siguiente discurso, volverán a sacarme a bailar. Esta vez las mujeres han perdido parte de la vergüenza que antes las refrenaba y ya hay dos tirando de mí a la vez para que baile con ellas. A Maxi también le han sacado a bailar, pero a él le ha tocado una compañera de baile que le trata con bastante suavidad. Todo el público ríe al ver bailar a los *pālangis*. Del segundo baile consigo salir ileso —aunque casi pierdo una chancla—, pero habrá todavía un tercero. A estas alturas, ya hay tantas mujeres a mi alrededor que pierdo la cuenta. Además, me están zarandeando de un lado a otro y no soy capaz de comprender ni dónde planto los pies. Por detrás alguien me agarra por la cintura y me intenta levantar. Juraría que se trata de una llave de lucha libre. En un momento veo que una mujer joven y menuda intenta agarrar mi mano con gentileza para que baile con ella y otra la repele a base de pegar tirones de mi brazo. Ahí casi pierdo la extremidad. Al final, se quedan conmigo la de la llave de lucha libre y la que más fuerza tenía de todas. Hace rato que he perdido las chanclas y que me limito a intentar sobrevivir. Soy poco más que un muñeco de trapo. Por fin, la música se detiene y las mujeres me liberan. Recupero mis chanclas y vuelvo a mi sitio rezando para que sea el último baile. Cuando vuelve a sonar la música, tengo alrededor una guardia de mujeres que han decidido que ya ha sido suficiente y que repelen a toda aquella que se intenta acercar. Yo lo agradezco y el público se troncha por la situación.

Paso los siguientes diez minutos en alerta por si mis compañeras de baile intentan un nuevo asalto, pero parece que ya hemos tenido todos suficiente. El evento continua con el patrón de alternar discursos y baile. Ahora que lo puedo observar desde fuera, me doy cuenta de que hay niños que lo dan todo en la pista. Entonces, irrumpe en escena una mujer cincuentona con un pelucón rubio y un bigote prominente que se acerca a donde estamos nosotros para decirme *I love you*. No me puedo creer que esto esté pasando. Intento escaquearme de la situación como puedo. Se me ocurre que habría sido una gran idea llevar encima una falsa alianza para simular que estoy casado, pero ya es tarde para ello. La mujer sigue con sus *do you like me?* y poniéndome caritas, y todo el mundo ríe. Hasta yo me rio por lo ridículo de la situación. Busco ayuda en Maxi, pero el traidor me deja vendido en esta batalla. Al final, la mujer detiene su asalto y se sale del papel de cincuentona descarada para explicarme que es todo broma. Debe ser la cómica del lugar, porque cuando termina conmigo se va a por el micrófono y suelta una especie de monólogo que todo el mundo ríe. Luego, se va a donde está el encargado de la música y le besa la calva.

Cuando ya ha habido suficientes bailes, risas y discursos de vecinos, hace acto de presencia el hijo de Martha. Al igual que con los discursos anteriores, no entendemos ni una palabra de lo que dice, excepto cuando acaba y dice malō, que significa gracias. Ni siquiera él se salva de las

gracietas de la cómica, que se ha pasado todo el discurso tumbada delante de él y le ha plantado un beso en los morros según ha terminado de hablar.

Ahora es el momento de brillar de los niños. Les ponen música para que bailen hasta que no puedan más, mientras que los mayores charlan en pequeños corrillos o esperan a la siguiente broma de la cómica. Maxi y yo decidimos que ya hemos visto suficiente y aprovechamos que la cómica está distraída para intentar salir indemnes de ahí, pero Martha le chiva que estamos huyendo y acaba persiguiéndonos con su dentadura postiza en la mano.

Cerca de la puerta, los hombres siguen sentados en corros en el suelo y sin atender demasiado a lo que ocurre con el evento. Ahora que me fijo, veo que están bebiendo algo en jarras. Se trata de kava. Entonces me pregunto cómo serán las misas si los eventos políticos son así.

Sábado, 28/08/2022, Uiha, Reino de Tonga

Empiezan a aparecer las primeras trabas en nuestro trabajo. La logística de este proyecto tiene bastantes carencias y nos falta mucho material. Podemos seguir sin guantes y botas —aunque estoy harto de acabar con las manos llenas de porquería y con los calcetines llenos de cardos y espigas—, pero para terminar la instalación vamos a necesitar más metros de cable, fuentes de alimentación y adaptadores para conectar cables, y no sabemos si los podremos encontrar en Pangai o nos tocará hacer un viaje exprés a Tongatapu. En el primer caso, sólo perderemos un día. En el segundo, puede que dos o tres. Además, el internet de Uiha no funciona correctamente porque el repetidor de la isla está estropeado —Uiha aprovecha la conexión de Pangai para tener internet—. Puede que exista la posibilidad de arreglarlo con los recambios que hay en la planta solar, pero necesitaremos la autorización del Gobierno de Tonga, los datos técnicos del repetidor y acordar el pago por el trabajo. Reparar el repetidor puede llevarnos un día, pero la alternativa es confiar en el Gobierno de Tonga para que mande a alguien a apañarlo, y seguramente eso lleve más tiempo. Y sin conexión a internet no podemos configurar la planta solar.

Aparte de esto, el resto del trabajo avanza bien y hoy se presenta un día relajado. Hemos desayunado con el hijo de Martha y nos ha sorprendido gratamente que conozca España, ya que fue jugador de rugby en su juventud y vivió en Reino Unido. Nos ha pedido que le enseñemos la planta solar y le expliquemos cómo funciona, así que le hemos dicho que se pase cuando quiera a lo largo del día para que le hagamos un tour. Parece tener un interés genuino en conocer el funcionamiento de la

instalación y los beneficios que la energía solar puede traerle a la isla.

El hombre aparece alrededor de la una, cuando estamos tomando medidas de voltajes. El funcionamiento de la planta es bastante sencillo de explicar, así que lo entiende enseguida. Las placas solares producen electricidad cuando hay sol y la mandan a la red pública y a unos bancos de baterías para recargarlas. Cuando el sol no es suficiente para cubrir la demanda eléctrica, las baterías trabajan en conjunto con las placas y mandan la energía que han almacenado a la red pública. Y si el nivel de carga de las baterías baja demasiado, se activa un generador diésel para recargarlas. El mantenimiento de la instalación es mínimo, ya que, prácticamente, sólo hace falta cuidar bien las baterías. Este tema le preocupaba especialmente, pues cuestionaba que hubiese gente cualificada en Uiha para mantener la instalación, pero se ha quedado más tranquilo cuando le hemos comentado que estaría supervisada en todo momento desde España y que, en caso necesario, vendría un operario de Nueva Zelanda o de Australia para reparar o sustituir los componentes dañados.

Terminamos la jornada de trabajo a las cinco y volvemos a casa de Martha a prepararnos para la tarde. Hemos quedado a las siete con Andrew en el club de kava del pueblo para beber kava y ver el rugby, y hasta entonces queremos matar el tiempo haciendo algo de deporte. Nos ha llegado la noticia de que en algún punto del pueblo están jugando al voleibol, así que salimos a la calle intentando dar con el lugar del partido. Por suerte, no tardamos mucho en cruzarnos con un vecino que va hacia el mismo sitio que nosotros. El hombre nos guía hacia la cancha de voleibol mientras carga una enorme cesta llena de cajas de plástico repletas de comida. Nos comenta que la comida se debe a que mañana hay una conferencia especial. También se muestra muy interesado en el tiempo que vamos a tardar en poner a punto la planta solar. Se nota que la gente está deseando tener acceso a electricidad a cualquier hora del día.

La cancha de voleibol es bastante digna. Está asfaltada, provista de red reglamentaria y cerrada por una verja que evita que la pelota se vaya a tomar por saco en cada remate. Sin embargo, a la hora de jugar apenas se respetas las normas del juego. Los equipos pueden ir desde los tres jugadores hasta los diez, las rotaciones son inexistentes y los saques se hacen a la mecachis diez. Pese a ello, he de reconocer que hay buenos jugadores en esta isla, y que tienen la mecánica del remate bien pillada. Cuando llevamos una media hora jugando, nos sacan de la pista dirigiéndonos a un rincón donde se está agrupando la gente y antes de que nos demos cuenta, estamos sentados en un banco con una bandeja a rebosar de comida en nuestro regazo. Hay dos salchichas, varios trozos de batata y de patata dulce, ensaladilla rusa, ota'ika, un huevo cocido, un pescado entero frito —con cabeza y todo— y una bebida carbonatada que sabe a frambuesa. Qué ironía, fuimos a hacer deporte y salimos de allí rodando. Mientras comemos, algunos de los asistentes se turnan para dar

un discurso. Diría que están mostrando agradecimiento por lo que tienen, pero hablan en tongano y no entiendo nada. Lo único que capto es que después de cada charla el resto de los asistentes contesta indistintamente diciendo amén o malō. A nuestro lado se ha sentado un chico que se llama Luke. Conversamos un rato con él contándole de dónde venimos y cuál es nuestro trabajo. Él no es de Uiha, sino de Pangai, pero ha venido por la conferencia de mañana. Se sorprende bastante cuando le contamos que estuvimos visitando la planta solar de su isla, básicamente porque el hombre desconocía que hubiese tal cosa allí. Su desconcierto es bastante gracioso.

Se acercan las siete de la tarde y partimos a buscar el club de kava. Lo encontramos no muy lejos de la casa de Martha. Se trata de una pequeña casa de una única estancia y seis puertas para acceder a ella. Dentro sólo hay dos estanterías, una en la que se apoya la tele en la que se ve el rugby y otra en la que hay un par de guitarras. Por el suelo hay repartidas esterillas para que la gente se siente. Allí está Talatau con otros cinco hombres —Andrew todavía no ha llegado—. No hay mujeres ni se espera que haya, pues nos han dicho que no les gusta el sabor del kava. El plan que se presenta es ver el partido —Australia contra Suráfrica— y luego beber, lo que nos parece estupendo. La verdad es que tenemos bastante curiosidad por ver cómo beben kava, porque esta gente parece reverenciar esta bebida con el mismo ahínco que ponen los japoneses con el té. No lo beben en lata como hicimos nosotros en el Billfish ni en jarra de cristal como los hombres del evento de ayer, sino que utilizan la mitad de un coco como vaso. En un extremo de la estancia, el más joven de los miembros del club está preparando el kava, usando agua y la raíz de la planta pulverizada. El resto de los presentes aguarda viendo el partido en la tele y con el coco tapando una jarra de plástico. Andrew llega cuando está terminando la primera parte del partido, nos saluda y, acto seguido, el muchacho que estaba preparando el kava empieza a servirlo en las jarras de la gente. Nosotros compartimos jarra y coco con Talatau, al igual que el resto de asistentes comparten las jarras y los cocos con sus semejantes. Yo me encargo de hacer los honores. Maxi me pasa la mitad de coco con el kava dentro. Es una bebida de un tono marrón claro. Bastante turbia. Se da un aire al agua embarrada. Hay una enorme expectación en la sala por verme beber. Doy un sorbo, pero me dicen que se bebe todo de un trago, así que vacío el coco en el siguiente intento. No me extraña que sirva de medicina, porque algo tan malo tiene que curar a la fuerza. Bueno, para ser justos, no está tan malo, pero sí que está bastante amargo. Cuando hemos acabado la primera ronda, el muchacho que estaba sirviendo el kava nos acerca una bolsa de bananas. Su dulzor ayuda a contrarrestar el sabor agrio de la bebida. Incluso entre los bebedores asiduos se ven caras de esfuerzo al vaciar el coco de un trago.

La noche avanza, Australia está ganando a Suráfrica, las paredes de la estancia se han llenado de salamandras a la caza de mosquitos y un coco de kava llega a mis manos cada cierto tiempo. Paulatinamente, el número

de asistentes ha crecido —llegaremos a ser más de treinta— y tres de ellos se han armado con guitarras y han comenzado a afinarlas. Empiezan a tocar y a cantar sin previo aviso, los tres al unísono, como si repitieran un ritual diario, y a su música se unen las voces de la mayoría de los asistentes. Talatau canta con ellos, y canta bastante bien. Me atrevería a decir que lo que estoy escuchando es una balada. Cuando la música termina, nos centramos de nuevo en el partido. Por una de las puertas entra un personaje barrigón y sin una sola paleta en la boca que nos da la mano a Maxi y a mí y empieza a berrear a los demás. Se sienta de una forma bastante estrepitosa, dándose un cabezazo al apoyarse contra la pared y revolviendo la esterilla sobre la que se posa. Cuando llega la siguiente canción, él se une con sus berridos. Yo pensaba que estaba borracho, pero Talatau nos comenta que el hombre tiene una enfermedad mental y que a veces está en ese estado. Tras el Australia – Suráfrica, televisan el Argentina – Nueva Zelanda, pero a las diez de la noche se corta la electricidad de toda la isla. Las únicas luces que iluminan la estancia son las linternas de un par de teléfonos móviles. Las canciones se suceden una tras otra. Los hombres cantan o contemplan apacibles el espectáculo. No hay espacio en la estancia para los sinsabores del día a día ni para la crispación de anhelos incumplidos. La única pretensión de los presentes está colmada con abundancia: todos disfrutamos de paz.

Notas del autor:

[1] *Pālangi* significa extranjero en tongano.

[2] Pareo tradicional de Tonga.

[3] Estera que se ajusta alrededor del *tupenu* y que se emplea en eventos formales.

Capítulo 3

Miércoles, 31/08/2022, Uiha, Reino de Tonga

Tres semanas comiendo todo lo que nos ponían en la mesa y ni un ligero malestar. Pero nuestra suerte no podía durar para siempre. La leche de coco que tomamos el domingo nos acabó arruinando el lunes. Primero caí yo, que no pegué ojo en toda la noche por el dolor de tripa y acabé vomitando a media mañana. Más tarde, mientras yo mejoraba tras haber purgado la cena, le llegó el turno a Maxi. El balance del día: tres cables conectados y quince horas de cama.

Por suerte, el martes nos despertamos frescos como lechugas y pudimos trabajar mucho y bien, aunque hoy apenas hemos progresado porque ha tocado hacer un viaje de ida y vuelta a Pangai para comprar materiales e insecticida.

En resumen, la puesta a punto de la planta solar apenas ha avanzado. Desde luego, no tanto como nuestro dominio del tongano, que Martha se está empeñando en enseñarnos. Empezó con nociones sencillas, como, por ejemplo, mostrarnos la forma correcta de decir adiós. La persona que se va tiene que decir *nofo ā*, y la que se queda, *alu ā*, tras lo cual la que se va cierra con un *io*, que es, seguramente, la palabra más usada por los tonganos —significa tanto sí como gracias—. Después, vinieron los nombres de animales, de entre los que merece mención especial la oveja, que aquí se llama *shipi* —nombre que deriva de la palabra inglesa *sheep* —. No obstante, la palabra que más utilizamos a diario es *ifo*, que significa delicioso y que es la respuesta que le damos a Martha cada vez que nos pregunta qué tal está la comida que nos acaba de preparar. Esta acción es un arma de doble filo para nosotros, pues a Martha le agrada ver que estamos aprendiendo el idioma local, pero también le anima a premiarnos con una repentina verborrea tongana, buscando subir la conversación a un nivel que no tenemos y provocando únicamente que nos miremos con cara de bobos, como preguntando «¿qué ha dicho?».

Sábado, 02/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Ayer conseguimos que la planta solar tuviese electricidad e internet disponibles a cualquier hora del día, lo que nos convierte en unos privilegiados aquí. También nos ahorra el paseo que antes dábamos por la noche hasta una playa al norte de la isla, la cual era el único lugar de Uiha donde había una conexión medianamente estable. No obstante, he de reconocer que echaré de menos tumbarme a mirar las estrellas mientras

las páginas web cargaban.

Ahora que tenemos conexión, nos esperan unos cuantos días sentados delante de una pantalla configurando los diferentes equipos de la planta. Para romper la pasividad del trabajo, nos tomamos un descanso de cinco a seis de la tarde que utilizamos para hacer algo de deporte en la misma planta, y que suele acabar cuando nos visita nuestro pequeño amigo Gato. Gato es el hijo pequeño de uno de los encargados del generador diésel que provee a la isla de electricidad por las noches, y acompaña a su padre en su trabajo siempre que puede. Lo conocimos el jueves, cuando apareció por la planta con una camiseta roja que le quedaba como un vestido, la cara llena de suciedad y exhibiendo una sonrisa mellada. A diferencia de la mayoría de críos de la isla, que suelen mirarnos con recelo y manteniendo las distancias, Gato vino corriendo hasta donde estábamos y se nos quedó mirando expectante. Para no defraudar su curiosidad, decidí enseñarle los juegos que traía mi móvil, y se quedó encandilado con nosotros hasta que su padre terminó de preparar el generador. Por desgracia, no hubo manera de enseñarle a jugar a los marcianitos.

Hoy Gato aparece con puntualidad británica, montado en una pequeña bici y aventajando por bastante a su padre, que llega en otra bicicleta. Se nota que tiene ganas de ver qué le enseñamos hoy. Sigue vistiendo su camiseta roja que le llega por las rodillas y tiene la cara todavía más sucia que el otro día, pero huele sorprendentemente bien —a decir verdad, todavía no me he cruzado con ningún tongano que oliese mal—. Nos sentamos en unas sillas en el porche de la caseta de la planta solar y me atrevo a intentar enseñarle de nuevo los entresijos de los marcianitos, pero Gato sigue sin comprender el juego y no habla ni papa de inglés, por lo que yo no le puedo explicar nada. Él también intenta comunicarse con nosotros en tongano, pero es en vano. En determinado momento, me parece intuir que su padre le dice que no hablamos su lengua, pero Gato hace caso omiso de este hecho y sigue haciéndonos preguntas que somos incapaces de comprender. Intentamos llevar la conversación a los niveles más básicos: señalo a Maxi y digo su nombre, y luego hago lo mismo señalándome a mí. Espero que Gato me diga su nombre real, pero el pequeño no dice ni mu. En lugar de eso, se mete por debajo de la silla en la que estoy sentado y sale por el lado contrario, por el recoveco que queda entre mi silla y la de Maxi —es por cosas como esta por las que le llamamos Gato—. Poco después, Maxi se levanta a mirar una cosa dentro de la caseta y Gato le sigue para curiosear. Al rato veo que Gato sale de la caseta corriendo y riendo mientras Maxi le persigue. Vuelven a entrar. Ahora sale primero Maxi y luego Gato, que se ha armado con una botella de agua vacía. Entran una vez más. Cuando salen, Maxi persigue a Gato con una silla en las manos. Esto escala muy rápido. Todo termina cuando Gato sale de la caseta con las manos inmovilizadas por unas improvisadas esposas de cinta adhesiva. Va hacia su padre riendo y buscando ayuda, pero su padre ríe de vuelta y le dice que se busque la vida. Luego acude a mí, pero yo no tengo nada para cortar la cinta. Al final, decido unirme al

juego y le digo a Maxi que nos inmovilice las piernas por los tobillos a Gato y a mí para echar unas carreras por ahí dando brincos. Resulta que esto cansa más que el deporte que hemos hecho hace un rato. Maxi, que tenía las piernas libres, nos ha dejado atrás, y Gato y yo hemos decidido dar por acabado el juego y quitarnos la cinta adhesiva. Entonces el pequeño, que no para de reír, me pregunta algo. Yo sigo sin entender nada, pero Gato insiste en su pregunta y veo en su mirada que espera un sí como respuesta, así que asiento con la cabeza. Gato sonríe y se abalanza sobre mí para abrazarme. A saber a lo que he accedido.

Por la noche, después de cenar, volvemos a la planta solar para echar una última horita de trabajo. El plan resulta un fracaso y no avanzamos ni un ápice, pero por lo menos recuperamos los móviles y los portátiles con las baterías cargadas, que no es poco. Cuando estamos recogiendo para irnos, me encuentro sobre una mesa una araña que me deja paralizado. Es marrón, del tamaño de mi mano y con pinta de pocos amigos. Maxi también se queda petrificado cuando la ve. No creo que volvamos a trabajar en la planta de noche.

Domingo, 04/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Tras haber pasado casi un mes en Tonga y haber recorrido varias islas del reino, creo que he llegado a hacerme una idea medianamente fiel de cómo es la gente de aquí. Los tonganos son, en su gran mayoría, gente cordial y amigable que gusta de llevarse bien con los demás, y el mote de *Friendly Islands* que reciben sus islas está bien merecido. No obstante, tienen también rasgos de siniestra agresividad escondidos en los lugares más recónditos de su carácter, y que de vez en cuando se dejan percibir. Esto ocurre, sobre todo, cuando se sienten amenazados o cuando hablan de algún grupo por el que sienten animadversión, hecho que he comprobado varias veces cuando he conversado con algún local sobre la presencia de los chinos. Esta agresividad latente parece derivar de su pasado belicoso y de su gran tamaño. Siglos atrás, antes de que los occidentales pisáramos estas islas, los guerreros tonganos solían navegar las aguas próximas rumbo a los territorios de Fiji y Samoa para retar a los guerreros de allí, a los que habitualmente sometían gracias a su físico superior. Estas historias se han transmitido de padres a hijos, alimentando el orgullo de una sociedad que hoy día apenas comparte rasgos con la de aquellas crónicas.

Los tonganos también son, en su gran mayoría, gente de carácter despreocupado. Este rasgo común en la gente fomenta una sociedad prácticamente libre de estrés y de exigencias en la que sus miembros viven de un modo apacible. No obstante, su carácter despreocupado también conlleva una falta de iniciativa que los deja a merced de agentes exteriores. Me atrevería a decir que prácticamente la totalidad de los

proyectos de desarrollo que se han llevado en Tonga en los últimos años han sido impulsados por otros países y llevado a cabo gracias a estos. Por un lado, esto beneficia al país, que se desarrolla a un costo muy bajo. Pero, al mismo tiempo, pone en entredicho su independencia política al hipotecar favores con el extranjero. Este carácter despreocupado deriva, según mi opinión, del ambiente bondadoso para la vida en el que los tonganos se han criado. Las amenazas en estas islas son mínimas. No hay depredadores ni insectos altamente venenosos que resulten un peligro para las personas. En su lugar, los tonganos conviven con pollos, cerdos, vacas y ovejas; ganado que no tienen que proteger de absolutamente nada. Los murciélagos se alimentan de fruta, los mosquitos tienen un peligro bajo y las avispas, pese a su considerable tamaño, son extremadamente dóciles. El clima también es relativamente amable con la gente de aquí. A excepción de algunas rachas de vientos fuertes que se suceden entre diciembre y febrero, el resto del año se da una climatología apacible con inviernos templados y veranos suaves. Las constantes lluvias ayudan a evitar sequías y las temperaturas prácticamente se mueven entre los quince y los treinta grados centígrados todo el año. A todo esto se suma que el suelo de las islas es fértil, que los árboles frutales les proporcionan cocos, bananas y papayas en cantidades inconmensurables y que el mar les suministra atún y otros pescados. Todo parece un complot urdido para que la vida aquí suceda con las mínimas complicaciones, y los tonganos se han dejado cautivar por él. Pero ahora, con varias potencias mundiales buscando ganar influencia en el Reino, con todos los casos de corrupción en el Gobierno y con la naturaleza revelándose contra ellos en forma de supervolcán en erupción, me pregunto si los tonganos serán capaces de enfrentar estas amenazas sin renunciar a su carácter despreocupado, si su carácter se transformará de nuevo en el de aquellos guerreros que cruzaban el mar para imponer su poderío o si sucumbirán ante las dificultades de un mundo del que hasta ahora eran ajenos.

Capítulo 4

Lunes, 5/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

El cielo está despejado, el sol ilumina con fuerza y el mar está en calma. Es el tiempo perfecto para navegar y nosotros lo necesitamos, porque toca hacer un viaje a Pangai para recoger unos materiales que van a llegar en avión.

Caminamos mar adentro hasta nuestra modesta embarcación: un bote con un pequeño habitáculo en la parte delantera e impulsado por un pequeño motor de cuatro tiempos. Andrew no pierde un segundo en tumbarse dentro del habitáculo para centrar sus esfuerzos en mermar lentamente una lata de cacahuetes tostados. Maxi y yo vamos menos cómodos, sentados en la borda del bote a falta de un asiento mejor. Así dejamos atrás Uiha y la isla de al lado, Uoleva, hasta que nuestro patrón le comenta algo en tongano a Andrew y este abandona su cobijo y se monta encima del habitáculo, en la posición más adelantada de la embarcación. Otea el mar e intercambia unas palabras con el patrón en tono alegre. Finalmente se dirige a nosotros en inglés: hay ballenas delante. El patrón apaga el motor y dejamos que la inercia nos acerque hacia ellas. Estamos a apenas dos metros de una madre y de su cría. Sus lomos y aletas dorsales sobresalen del agua, y nos reciben con una profunda exhalación que levanta un enorme chorro de agua hacia el cielo y nos arranca una risa franca. La fascinación nos embarga y sólo acertamos a contemplar boquiabiertos a los animales hasta que deciden sumergirse de nuevo en el mar.

Veinte minutos después estamos en Pangai, desembarcando en la playa que hay al lado del muelle principal de la isla, donde el ferry está descargando mercancías. Ahí parados, a la sombra de unos cocoteros, nos encontramos con Will y Lisa, que han venido a Pangai para recoger unas cuantas cosas que venían en el ferry. Esperamos pacientemente hasta que recibimos una llamada que basta para arruinarnos el viaje, el día y casi la semana entera. El avión que debía traer los materiales que necesitamos no estaba programado para volar hoy y tampoco se sabe qué día va a volar. En conclusión, hemos ido a Pangai para comprar cinco tabletas de chocolate, dos refrescos y para ayudar a Will a cargar un frigorífico nuevo en su barco —ahora que van a tener luz todo el día, esta gente está empezando a adquirir electrodomésticos—. El coste total de la expedición: cien pangas (cuarenta y dos euros) gastadas en combustible y una mañana de trabajo perdida. No sé qué habría sido del día de hoy sin el episodio de las ballenas.

Miércoles, 7/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Por sorprendente que parezca, la tranquila Uiha está en ebullición. La gente está inquieta a la vez que expectante, y por aquí y por allá hay grupillos de gente enfocados en alguna actividad. Justo delante de la planta solar tenemos a uno de estos grupos, que se ha pasado la mañana limpiando el camino que va desde aquí al pueblo. Los hierbajos de la planta también han desaparecido y el interior de la caseta donde trabajamos ahora muestra un aspecto aceptable.

Todo este trajín responde a la visita de mañana de la embajadora de Australia, que viene para supervisar el proyecto energético que su país financia. No deja de llamarme la atención que esta gente limpie tan concienzudamente su isla cuando viene alguien importante de fuera. Parece que caminar todos los días entre desperdicios es un mal menor en comparación con causarle una mala impresión a esta señora que probablemente no vuelva a pisar Uiha. La vanidad también encuentra su sitio en estas pequeñas islas del pacífico.

Aparte de limpiar la isla y la planta solar, mañana se celebrará un banquete para festejar tanto la presencia de la embajadora como la puesta en marcha de la instalación, y nosotros, como los encargados de dicha labor, tendremos un puesto destacado en el banquete. Esto es al mismo tiempo un honor y una carga para nosotros, porque el trabajo no va tan avanzado como nos gustaría y, a pesar de que hemos trasnochado durante las últimas dos noches, la planta solar no va a estar operativa para mañana ni de milagro. Los materiales que necesitamos siguen sin llegar y la pésima conexión a internet retrasa la configuración de los inversores y nos impide contactar con el servicio técnico para solventar los problemas que aparecen. Además, después de gastar seiscientas pangas en diesel y en una batería para el generador auxiliar de la planta solar, hemos descubierto que este está inutilizable —y de paso nos hemos quedado sin un duro—. Sospechamos que, debido a la falta de uso o a las altas temperaturas, el rotor ha perdido su magnetismo y el generador es incapaz de producir corriente eléctrica. Me siento como si estuviese a la deriva en mitad de un mar inmenso; me limito a esperar que pase algo y que ese algo sea bueno.

Jueves, 08/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Llegamos temprano a la planta solar y nos encontramos junto a la puerta al hombre que irrumpió berreando en el club de kava la noche que fuimos a ver el rugby —aquel que sufría una enfermedad mental—. Está luchando por mover un tronco enorme del camino, aunque el tronco realmente está lo suficientemente apartado como para no molestar. Parece que ha visto a sus vecinos estos días limpiando los caminos y él también quiere aportar

su granito de arena, así que ahí está, peleándose con ese mazacote de madera. Decidimos echarle una mano con su titánica lucha y, tras mover el tronco exactamente cinco centímetros, nos da la mano satisfecho y se marcha bien orgulloso hacia el pueblo.

La visita de la embajadora australiana a la planta está programada para las once y media de la mañana, pero todo apunta a que la agenda de la visita es bastante flexible. De hecho, Andrew se presenta aquí sobre las diez y media diciendo que pensaba que la visita ya había sido porque la gente del pueblo llevaba un buen rato de celebración. En otras palabras, que toda la isla está bailando y festejando mientras Andrew, Talatau, Maxi y yo nos torramos al sol esperando a que el comité de la embajadora aparezca por la planta. Eso sí, Talatau y Andrew lucen bien elegantes con sus *tupenu* y sus *ta'ovala*. Incluso Andrew ha aprovechado para afeitarse. En el otro extremo del convencionalismo estoy yo con mi barba desarreglada, mi polo gris con el pecho abierto y un sombrero de paja. De hecho, mi aspecto recuerda al del tipo del anuncio de Espárragos Carretilla.

Pasadas las doce del mediodía se plantan en la puerta de la instalación un camión y dos todoterrenos repletos de gente. No nos es difícil distinguir a la embajadora australiana del resto del comité: es una mujer menuda y de piel pálida rodeada de grandullones morenos. Como buena política, tiene un comportamiento impecable, sonríe a todo el mundo y muestra un gran interés cada vez que le explican cualquier cosa. Junto a ella va Daniel, que es el representante del Gobierno encargado de supervisar el proyecto de las plantas solares —y también es la persona que nos consiguió hueco en el avión para volar desde Tongatapu hasta Pangai—. Daniel nos presenta a la embajadora, llamada Rachael, y deja a Maxi que le explique cómo funciona la instalación. Mientras tanto, se acerca a mí una mujer que se presenta como Anna y que dice ser del ministerio de energía. Está interesada en conocer cuánto falta para que la instalación esté operativa, si se trata de días, semanas o meses. Se muestra satisfecha cuando le decimos que para comienzos de la semana que viene estará lista, que sólo nos queda configurar unas cosas, hacer un par de conexiones y cargar las baterías.

Tras la charla técnica, nos pasean por toda la planta siguiendo al comité y posando puntualmente para alguna foto. En apenas quince minutos la visita ha terminado y vamos montados en la caja del camión rumbo al salón donde asistimos al evento político de hace dos semanas. El salón está a reventar de gente repartida en dos mesas interminables que lo recorren hasta el final, donde hay una tercera mesa que preside toda la estancia. En el espacio que encierran las tres mesas la gente danza alegre y a mí me asaltan los recuerdos de la última vez que bailé allí. Nos indican que avancemos a través de la gente hasta la mesa presidencial y, para pesar mío y divertimento de Maxi, a mitad de camino dos mujeres me apresan cada una de un brazo para bailar. Por suerte, una de las mujeres

del comité se percata de lo que ocurre e irrumpe para rescatarme al grito de «dejad en paz al *pālangi*». Llegamos escoltados hasta la mesa presidencial, la cual empiezan a llenar de comida hasta que no cabe nada más. Incluso cuando no queda más hueco en la mesa, siguen sacando platos y apilándolos unos encima de otros. Tengo tanta comida delante que no soy capaz de elegir qué comer. Hay un cochinillo asado, langostas, cangrejos, diferentes ensaladas, *ota'ika* y numerosos platos elaborados. Aparte de la comida, también tenemos delante a una muchacha que nos abanica de cuando en cuando para suplir la falta de aire acondicionado. Mientras comemos, salen distintas personas a dar un discurso en tongano, momento en el que Maxi y yo —y seguramente también la embajadora— nos limitamos a aplaudir cuando toca.

Cuando ya parece que no queda nadie más por hablar, suena música y hace acto de presencia una niña pequeña ataviada con un enorme *ta'ovala* . Los brazos le brillan porque lleva el cuerpo untado en aceite de coco y cuando llega a la altura de la mesa comienza a bailar moviendo casi exclusivamente los brazos. Veo como a mi derecha se levanta la embajadora de Australia con un billete de veinte pangas en la mano que acabará pegado en uno de los brazos de la niña. Poco a poco se unen al gesto de la embajadora las demás personas con las que estábamos sentados, para horror mío y de Maxi, que nos hemos dejado las carteras en la planta solar pensando que no nos harían falta. Así que mientras el resto de gente está de pie junto a la niña dando palmas después de haberle dado un billete por el baile, nosotros esperamos sentados en la mesa esbozando nuestra mejor sonrisa hasta que el espectáculo acabe. A esta niña la seguirá una segunda a la que también decepcionaremos, y yo empiezo a pensar que de ahí no salimos vivos. Por suerte, vuelven los discursos y es el turno de Will, que nos indica que nos levantemos y, tras unas palabras, consigue que todo el salón nos aplauda. La verdad es que no tengo ni idea de por qué nos aplauden, pero la imagen me conmueve. Más tarde, Will nos confesará que le contó a la gente lo duro que habíamos trabajado para tener la instalación lista, lo pronto que nos despertábamos para trabajar y lo tarde que llegábamos por la noche, y que tanto él como el resto nos estaban dando las gracias por ello. Pero en aquel momento nosotros sólo escuchábamos palabras en tongano, así que nos quedamos de pie aplaudiendo el discurso de Will hasta que el anciano nos indicó con su inglés rudimentario que nos sentásemos.

Tras una hora catando diferentes platos, escuchando discursos y viendo a gente bailar, el banquete termina. La embajadora se despide de nosotros con su omnipresente sonrisa y deseándonos suerte con nuestro trabajo, y se marcha con el resto del comité en los todoterrenos para coger un barco que la lleve a Pangai. Nosotros también abandonamos el salón, donde la gente de Uiha celebrará durante un par de horas más la llegada de la electricidad a sus vidas. Toca retomar nuestro trabajo para tener la planta solar funcionando lo más pronto posible. En nuestro camino a la instalación nos topamos con los remanentes de la fiesta: gente cargando

sobras del banquete hacia sus casas, ancianas arregladas para la ocasión dirigiéndose hacia el salón e incluso un camión repleto de chicas que recorren los caminos del pueblo cantando de felicidad. Toda la isla festeja este esperado momento.

Domingo, 11/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Hoy, dos semanas y media después de nuestra llegada, la planta solar de Uiha ha entrado en funcionamiento. Realmente lleva funcionando desde ayer, pero ha sido hoy cuando hemos empezado a enviar electricidad a la red pública, así que anotaremos el domingo 11 como el día de la inauguración.

Una hora después de encender la planta ha aparecido aquí uno de los jefes del comité de energía de la isla. Estaba muy contento por tener luz, a la vez que bastante sorprendido porque haya ocurrido en domingo —dado que aquí todo el mundo dedica los domingos para ir a la iglesia y descansar—. También nos ha dicho que harán un banquete mañana o pasado para celebrar la puesta en marcha de la instalación. Y con ese serán tres, porque ayer Martha nos invitó a comer junto a toda su familia y nos agasajó con un cerdo asado en horno tongano. Por su parte, Will me ha obsequiado con un nombre nuevo: Pila —aunque lo pronuncia Pil—. Mi nuevo bautizo se debe a que a los tonganos les cuesta mucho pronunciar mi nombre —la mayoría acaban diciendo Alvado— y a que al bueno de Will le traicionó la memoria el jueves pasado mientras daba su discurso y terminó llamándome Pila —cosa de la que yo, obviamente, no me percaté—. Pero me es imposible enfadarme con este anciano que me ha declarado parte de su familia, así que he aceptado el nuevo nombre de buena gana. Ahora que el momento de abandonar Uiha se acerca, no me cabe duda de que le echaremos de menos tanto a él como a Martha y a Lisa. Con un poco de suerte, el lunes llegarán los materiales que necesitamos para terminar de conectar la estación meteorológica y el martes estaremos rumbo a Ha’ano, la siguiente isla de nuestro itinerario.

Capítulo 5

Miércoles 14/09/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Es el momento de abandonar Uiha. Llegar aquí fue difícil, pero marcharse cuesta todavía más. Tras tres semanas en esta isla, ya me había habituado a recorrer sus caminos de tierra, a tumbarme a la sombra de sus árboles y a pasear por sus playas de arena blanca. Pero por encima de eso, ya me había acostumbrado a su gente: a los banquetes con que nos agasajaba Neo, a las bromas con las que nos hacía reír Will, a las miradas alegres de los niños que nos saludaban al pasar y a los gestos de gratitud que tenían con nosotros los isleños cuando nos veían camino al trabajo.

Cuando llega la hora de decir adiós Neo me pide que pose para una foto. A la instantánea se unen hijos, nietos, sobrinos, primos y hasta los perros de la mujer. Will y Lisa también posan sentados en dos sillas en el centro del grupo, ocupando el puesto de honor que por su avanzada edad merecen. Es una foto de familia en toda regla. Llega la despedida final. Los besos, abrazos y apretones de manos se expresan mejor que las palabras. Durante mi vida he tenido que abandonar muchos lugares, pero en pocos de ellos me ha sido tan difícil marchar como aquí. Siento que Uiha es el hogar que tengo en este extremo del mundo.

Cuarenta minutos después estoy embarcando rumbo a Pangai. Conmigo vienen Daniel, un trabajador del MEIDECC bien entrado en carnes y Andrew con su mujer y su hija pequeña, Hiva. Maxi y yo hemos decidido que lo mejor es que yo vaya a Kavuai y empiece con el trabajo allí mientras él realiza las últimas revisiones en Uiha, así que él se quedará en la isla un par de días más. El viaje a Pangai es tranquilo, sin sobresaltos ni avistamientos de ballenas, aunque en un par de ocasiones el agudo sobrepeso del trabajador del MEIDECC, que va sentado en la borda, hace que la embarcación se incline de forma poco halagüeña doblegada por su peso. A mi llegada a Pangai lo que más me sorprende es que esta isla, que antaño me parecía insulsa y anodina, ahora me parece inquieta y estrepitosa. Aunque también es verdad que al ver coches circulando por carreteras asfaltadas y decenas de tiendas abiertas me siento un poco más cerca de la vida a la que estoy acostumbrado, y eso me calma en cierta medida. No será una sensación que dure mucho.

Tras despedirnos de Daniel y del tipo del MEIDECC y pasar la tarde comprando materiales necesarios para la siguiente instalación, nos dirigimos hacia el norte de Pangai en un coche que Andrew acaba de alquilar. Me divierte bastante contemplar que la carretera que seguimos cruza a lo ancho la pista del aeropuerto donde aterrizamos Maxi y yo hace un mes. El lugar sólo lo cierran cuando aterrizan y despegan los aviones, por lo que el resto del tiempo es una parte más de la calzada de la isla. Nuestro trayecto acaba en el muelle desde el que salen los barcos hacia

Kavuai, y es allí donde nos espera nuestra embarcación. Dado que he comenzado la mañana en Uiha, con este último viaje me habré recorrido en un día todo el archipiélago de sur a norte. La travesía la hacemos al atardecer, cuando apenas queda luz natural y la oscuridad del cielo se empieza a fusionar con la del inmenso mar. Por suerte, este viaje es mucho más corto que el de Uiha a Pangai y en apenas cuarenta minutos estamos ya en la nueva isla. Atracamos en un enorme muelle de hormigón, donde nos espera un camión para recogernos. Ya es noche cerrada y en esta isla no hay ni una sola luz —todavía no han encendido el generador que les suministra electricidad— por lo que lo único que soy capaz de ver es el poco terreno que iluminan los faros del camión. Aun así, me aborda la sensación de que acabo de llegar a un lugar desamparado. El camión se detiene justo delante de la casa en la que nos vamos a hospedar. Tiene un salón con comedor, tres habitaciones pequeñas para dormir —dos con camas y la otra con un colchón tirado en el suelo— y un retrete y una ducha que no me matarán, pero tampoco me tratarán con cariño. Me adueño de una habitación cuya cama tiene las sábanas de las princesas Disney y me acerco de nuevo al salón, donde un numeroso grupo de gente se ha congregado con motivo de nuestra llegada. Echando mano del escaso conocimiento de tongano que adquirí de Martha, saludo con un escueto *mālō e lelei*. La maniobra surte un efecto inesperado y una anciana, totalmente engañada, me responde con una retahíla de frases en tongano completamente convencida de que hablo su idioma. Por suerte, pronto se harta de mí y se une a la conversación del grupo, que parece girar en torno a la figura de Andrew. No tardan mucho en asaltar a mi compañero con interminables preguntas, como si fuese un primo al que no veían desde hacía años. Y así, entre el interrogatorio al que someten a Andrew y las descaradas miradas de curiosidad con las que me analizan se pasarán los próximos diez minutos.

Cuando la gente parece haber saciado su sed de información, la casa se vacía, y Andrew y yo aprovechamos la oportunidad para visitar la planta solar antes de cenar. El camino hasta la instalación es pedregoso e infinitamente menos atractivo que el que recorríamos en Uiha, pero por lo menos la caseta parece mínimamente cuidada y, a diferencia de en la anterior isla, no nos recibe un escuadrón de avispas gigantes. En su lugar, tenemos como compañeras a un puñado de ovejas que los lugareños tienen campando por el terreno de los paneles para controlar la altura de la vegetación. Si no fuera porque lo dejan todo sembrado de cagarrutas, serían el cortacésped perfecto.

De vuelta en la casa nos espera una cena basada en pescado frito y té que apenas toco. Ha sido un día muy largo, con muchas horas de viaje, y el cansancio me arrastra a tirones a la cama en lugar de a la mesa del comedor. Espero que dormir con Blancanieves, Bella, Cenicienta y compañía tapándome me traiga dulces sueños, pero mis esperanzas se van a ver truncadas rápidamente. Mis párpados se cierran apenas me tumbo en la cama y antes de querer darme cuenta me quedo dormido. Mi

sueño se interrumpe en mitad de la noche, cuando noto algo rozando mi oreja. Hace horas que han apagado el generador, por lo que no hay luz que ilumine la oscuridad que me impide ver. Exploro con las manos a mi alrededor. No detecto nada, y como tampoco se oye ruido alguno, acabo culpando a mi imaginación por lo que acaba de ocurrir. Vuelvo a tumbarme en la cama convencido por la excusa que me he contado a mí mismo y no tardo en dormirme de nuevo, pero poco después algo vuelve a tocarme la oreja. Esta vez noto el contacto con mayor intensidad y reacciono saltando de la cama a por el móvil para alumbrar la almohada. Ahí, justo al lado de donde se apoyaba mi cabeza hace unos instantes, una cucaracha palpa sus alrededores con las mismas antenas con las que me acaba de tocar la oreja. En cuanto el insecto se percata de que he detectado su presencia, echa a correr hacia el hueco entre el cabecero de la cama y la pared, donde lo pierdo de vista. Dado que la habitación parece estar ocupada, cojo una manta y salgo en busca de un nuevo lugar donde dormir. La habitación con el colchón tirado en el suelo es la opción más austera, pero la carencia de cualquier otro mueble me permite confirmar de un vistazo que allí no hay cucarachas. Lo que sí hay es un gecko paseando por una de las paredes, y es la presencia de este enemigo natural de las cucarachas y de los mosquitos la que termina por convencerme de que esta será mi nueva habitación a partir de ahora. Ya me encargaré mañana de trasladar las maletas.

Viernes, 16/09/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Pukotala, ese es el nombre de la población donde me estoy hospedando. Llamarla pueblo sería pecar de generoso, pues como mucho llega a ser una aldea. En todo el lugar habrá una docena de casas, y si quitas las dos iglesias, los dos salones donde se reúne la gente por las noches y la casa en la que me alojo yo, que pertenece a una de las iglesias, te quedan apenas diez casas habitadas. La mayor parte del día Pukotala parece una aldea fantasma. Las dos calles que hay están vacías, no se escucha ruido alguno procedente de las casas y ni siquiera los animales que pastan por los alrededores se atreven a romper este silencio. Así que, cuando salgo y me siento en la puerta de la casa después de comer o cenar, miro a mi alrededor y observo esta desabrigada escena, encontrándome con la imposibilidad de encariñarme lo más mínimo de este sitio. Pero de vez en cuando se prende una chispa de rebelde alegría en las calles de Pukotala. Sucede cuando los niños, que serán unos diez o doce, se juntan para jugar. Su mente bisoña les permite ignorar la situación en la que viven y pensar únicamente en divertirse en aquel ambiente en el han crecido y al que están ya más que acostumbrados. Por eso corretean, juegan al pillapilla, persiguen a los caballos que pastan por los alrededores hasta que son incapaces de seguir su trote y ríen hasta que les duele la tripa embriagados por la infantil idiotez. Y cuando los contemplo me pregunto en qué momento de sus vidas la indolente rutina de Pukotala acabará

apagando su vivacidad. En qué momento se resignarán a convertirse en una parte más de este fantasmal lugar.

Vivir en Pukotala es duro. No sólo no hay electricidad, tampoco sobra el agua. La lluvia, que con tanta facilidad se deja ver en otras islas de Ha'apai, rehúye Kavuai, y los depósitos de agua de la isla se resienten ante esta falta. En la isla se puede comprar agua embotellada, pero al triple de precio que en Pangai, por lo que la mayoría de la gente raciona el agua de lluvia para ducharse y beber. En consecuencia, los momentos en los que hay agua disponible para darse una ducha son escasos y la que se usa para beber suele hervirse y servirse con infusiones para enmascarar el desagradable sabor del agua de lluvia. Por este motivo, esta misma noche me he bebido cerca de un litro de café en la cena por la básica necesidad de meter agua en mi cuerpo. Por suerte, de vez en cuando topo con un coco que está en buen estado para ser bebido y Andrew me ha enseñado la técnica para abrirlos, así que de vez en cuando me hidrato gracias a esta fruta.

Pero por encima de todo, lo que más odio son las cucarachas, que parece que se han movido de habitación conmigo y siguen despertándome en mitad de la noche cuando me toquetean la cara o me corretean por el brazo. Todas las noches, a eso de las tres, tengo una batalla con ellas para expulsarlas de la habitación y que me dejen dormir. Hasta tal punto ha llegado la situación que ya soy capaz de reconocerlas. Son como una familia de cuatro miembros. Dos de ellas son bastante grandes, pero es bastante fácil echarlas de la habitación pateándolas cual balón de fútbol y su tamaño les impide colarse por debajo de la puerta, así que mientras mantenga la puerta cerrada las puedo mantener al margen. Luego hay otra de tamaño mediano y una última pequeña como la uña de mi pulgar, que es la más puñetera de todas porque es la que más contacto tiene conmigo y la que más me cuesta echar de la habitación. Es esta la que me despertó ayer correteando por mi brazo.

Por suerte, también existen momentos de júbilo en esta casa, y la principal culpable es Hiva, la hija pequeña de Andrew, que apareció ayer junto a su madre para quedarse con nosotros. La niña tiene un algo más de un año y es traviesa como sólo un niño pequeño puede serlo; no para de coger las cosas de su padre y esturrearlas por ahí, provocando que muchas de sus pertenencias se pierdan. Pero también se entretiene dando botes por el salón y berreando en busca de atención o para que le hagan cosquillas. Cuando salimos de la casa, corretea hasta la puerta para despedirnos con un *bye bye*. Aunque parece que no domina del todo el significado de esta expresión, porque cuando volvemos nos saluda de la misma manera. Estoy intentando que aprenda a hacer el gesto de *okey* con la mano, pero normalmente se confunde y deja tieso el índice en vez del pulgar. Seguiremos trabajando en ello.

Otra parte buena de Pukotala es la comida con la que nos alimentan sus habitantes. Llegamos a un acuerdo con ellos para que nos cocinasen a cambio de una determinada cantidad de dinero, y todos los días hay pollo, pescado recién sacado del mar e incluso cerdo en nuestra mesa, y todo en cantidades exuberantes. También nos ceban con pasteles y dulces de todo tipo, cosa de la que me alegro. No estoy seguro de si esto se debe a lo contentos que están por tener luz todo el día o a que intentan agasajar a Andrew, que ha resultado ser descendiente de una familia de nobles procedente de esta misma isla. Sea por una razón o por otra, yo me voy a dormir todos los días con el estómago lleno.

El trabajo en la planta avanza sorprendentemente rápido y Maxi llegará mañana, con lo que podremos trabajar más rápido aún. Con un poco de suerte, para el miércoles habremos acabado aquí y las cucarachas se moverán de nuevo de habitación para incordiar al nuevo inquilino.

Martes, 20/09/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Durante la puesta en marcha de la instalación de Kavuai apenas han surgido problemas y ya tenemos las baterías cargando y todo listo para suministrar energía a la isla. Sin embargo, como consecuencia de esta falta de problemas nos hemos vuelto holgazanes. Aún quedan cosas por hacer, pero la parte principal del trabajo ya está hecha y nosotros estamos convencidos de que rematar la tarea no supondrá un gran esfuerzo. Con esta mentalidad nos pasamos el lunes entero holgazaneando. En ese momento desconocíamos lo ingenuos que estábamos siendo.

Hoy ha aparecido el primer problema. En Uiha, las baterías se han desconectado a primera hora de la mañana, cuando los paneles todavía no producían energía suficiente para cubrir la demanda eléctrica, y toda la isla se ha quedado sin luz. La causa de este problema era bastante banal: Talatau, que es el encargado de cuidar la instalación, se ha olvidado de encender el generador por la noche para recargar las baterías, y estas han entrado en modo stand by para no descargarse por debajo de niveles peligrosos para ellas. La solución es igual de mundana, simplemente hay que acceder al ordenador de la instalación y encender los inversores que gestionan las baterías para que estas se recarguen con la energía que los paneles solares están proporcionando ahora que hay sol. Sin embargo, este ridículo problema de trivial solución se ha engrandecido por un inesperado obstáculo: Talatau no tiene ni idea de cómo introducir el guion bajo de la contraseña que da acceso a los inversores. Hay quien se pueda preguntar cómo una persona que no sabe usar un teclado ha quedado a cargo de una instalación que se gestiona prácticamente de forma exclusiva con esta herramienta. La respuesta es bien simple; el puesto de custodio de la planta solar lo decidió el Comité de Electricidad de Uiha, del

que Talatau es miembro, y viene acompañado de un generoso salario. Todo esto ha desencadenado en tres horas de llamada telefónica durante las cuales Maxi y Andrew han intentado explicarle, uno en inglés y el otro en tongano, cómo teclear el guion bajo a Talatau, mientras yo me he dedicado a pasear por la playa de Kavuai esperando a que la situación se resolviese. Cuando por fin Talatau ha acertado con la combinación de teclas, Uiha ha recuperado la luz y nosotros hemos descubierto un nuevo problema: un par de inversores hacen cosas raras, posiblemente porque el firmware no se ha actualizado correctamente. Así que nos toca preparar un nuevo viaje hacia Uiha. Pero antes de nada nos aseguramos de que James, el joven que se encargará de cuidar la instalación de Kavuai, será capaz de cumplir su trabajo. Por suerte para nosotros, James se ha criado en Nueva Zelanda y por ello posee unas capacidades básicas manejando ordenadores que nos facilitan mucho enseñarle lo necesario para no provocar una situación como la de Talatau. Además, el muchacho ha puesto bastantes ganas en aprender las funciones de todos y cada uno de los dispositivos de la planta, y ha pasado con nosotros horas y horas ahí dentro preguntando y aprendiendo. Así que no nos cabe duda de que dejamos la instalación en buenas manos.

La verdad es que James es una persona curiosa y merece un párrafo aparte. Cuando lo conocí por primera vez, en el viaje a Kavuai el miércoles pasado, me llamó la atención el tatuaje del 1% que luce en el cuello. Para quien no lo sepa, este tatuaje hace referencia a un parche que es usual ver en la ropa de los moteros custom, especialmente en la de aquellos que pertenecen a bandas, y que hace referencia a un comunicado de la Asociación de Motociclistas de América en el que afirmaba que los moteros que incumplen la ley y montan escándalos sólo representan al uno por ciento del total. En resumen, que es un símbolo de rebeldía que jamás esperaría ver en un chaval que habita una pequeña isla en mitad del pacífico. Días después, el mismo James nos contó que durante los años que vivió en Nueva Zelanda fue miembro de una banda motera de tonganos que se dedica a traficar con drogas y a disputarse territorios con otras bandas de allí. En dicha banda, James ascendió rápidamente haciéndose uso de un descaro que colindaba con la insensatez. Era usual que nos contase en las pausas del trabajo cómo se había peleado con un miembro de una banda rival o cómo se había liado a tiros con la policía, historias que respaldaba enseñándonos alguna cicatriz o la marca que le había dejado un balazo. Actualmente sigue siendo parte de esta banda y tiene bajo su mando a un grupo de hombres en Nueva Zelanda de entre treinta hasta ochenta años a los que se refiere como « *my boys*» y que acatan cualquier orden que este les dé. Además de esto, también asegura poseer una descomunal cantidad de dinero obtenido mediante el tráfico de drogas, haber llevado un nivel de vida comparable al de una estrella de Hollywood —con deportivos, vuelos diarios en primera clase y fiestas privadas— y haber vivido en una mansión en Nueva Zelanda que estaba vigilada las veinticuatro horas del día por la policía. Toda esta historia de lucrativo radicalismo y lujo exorbitado

contrasta con el James que nosotros conocemos, que vive en una humilde casa de un minúsculo pueblo de una retirada isla, que está casado y esperando a su primer hijo para diciembre y que nos sigue a todos lados y nos escucha con atención, intentando aprender todo lo posible para hacer frente a la preocupación que le produce ser el responsable de la electricidad de toda Kavuai. Sin embargo, los recortes de prensa de sus fechorías y sus cicatrices están ahí para respaldar su historia.

Miércoles, 21/09/2022, Uiha, Reino de Tonga

Viajar desde Kavuai hasta Uiha no es tarea sencilla, pese a que ambas islas están relativamente cerca —unos veinticinco kilómetros—. Primero hay que subir en uno de los barcos que salen todas las mañanas desde Kavuai hasta el norte de Pangai. Después, toca ir en coche desde allí hasta el sur de Pangai, donde salen los barcos que van a Uiha —no hay autobuses y los quince kilómetros de distancia entre un punto y el otro desaconsejan hacer el trayecto andando—. Y, por último, hay que tener la suerte de encontrar allí a alguien que vaya a navegar hasta dicha isla. En conclusión, iniciamos este viaje sin saber a ciencia cierta si lo podremos completar. Y ni siquiera lo comenzamos con buen pie, ya que para cuando llegamos al muelle ya han partido todos los barcos hacia Pangai. Las embarcaciones han salido pronto y nosotros hemos perdido tiempo yendo a la planta para coger algunos materiales y herramientas. Mala suerte. La única solución posible es buscar a alguien que esté de acuerdo en llevarnos a cambio de que le paguemos el combustible del viaje. Afortunadamente, Andrew encuentra rápido una barca pequeña para ir a Pangai y él y su familia se unen a nuestra travesía. Esto resulta muy provechoso para nosotros, pues ellos disponen de coche en Pangai y gracias a ello ya sólo necesitamos tener la suerte de encontrar un barco que vaya desde Pangai hasta Uiha para completar nuestro viaje. Pero con cada golpe de fortuna también viene otro de desventura, y al llegar a Pangai descubrimos que no queda ni gota de combustible en toda la isla. El ferry pasado no trajo barriles y el siguiente no llega hasta mañana por la noche. Mala suerte por el hombre que nos ha traído, que se queda sin rellenar el tanque, y mala suerte para Andrew y su familia, que no saben si podrán volver a Kavuai. Subimos al coche todos menos el barquero, que se queda en el muelle a la espera, y recorremos la isla de norte a sur parando en todas las gasolineras, pero sin resultado. Nosotros, sin embargo, sí que tenemos buena fortuna al llegar al sur de Pangai y en el muelle encontramos el último barco que saldrá hacia Uiha. El barco está esperando a que los pasajeros que ha traído vuelvan del hospital, donde están haciéndose unos chequeos, así que todavía queda un rato largo para la salida. En ese momento, animados por el tiempo libre que tenemos, tomamos una decisión que condicionará el resto de la semana. Como ya mencioné anteriormente, el repetidor que da señal a Uiha está averiado y la isla apenas tiene cobertura o internet. Esta avería procede del sistema

de placas solares que lo alimenta eléctricamente, concretamente del rectificador, que se encarga de transformar la corriente continua que viene de las placas solares en la corriente alterna que requiere el repetidor para funcionar. Maxi está convencido de que la función que realiza este dispositivo puede ser también llevada a cabo por un inversor, como los que tenemos nosotros en las plantas solares, y por ello sería posible arreglar dicho repetidor simplemente desconectando el rectificador y conectando en su lugar uno de los inversores que hay en la planta solar como recambio. Con esta idea nos presentamos en las oficinas de Tonga Comunication Corporation (TCC), la empresa responsable del mantenimiento del repetidor, y esperamos a que el jefe de Pangai nos reciba. Cuando le exponemos la idea, le gusta, pero para darnos el visto bueno tiene que comentarlo con el CTO de la compañía, para confirmar que la solución es viable, y con el CEO, para conseguir aprobación para arreglar el repetidor. Después de una hora de charla, llamadas y demás, hemos conseguido la aprobación para arreglar el repetidor y hemos acordado un pago por ello, pero también nos han impuesto dos condiciones. La primera es aplicar la misma solución en el repetidor de Kavuai, que por lo visto no funciona —la conexión de allí, que es decente, es posible gracias al repetidor de una isla cercana, no al suyo propio—. La segunda es que nos va a acompañar un trabajador de TCC en ambos trabajos, un joven fortachón pero de hablar endeble llamado Will. Así que el plan es el siguiente: viajar a Uiha, arreglar el repetidor esa misma tarde y actualizar los inversores de la planta solar por la noche —que, recordemos, era por lo que íbamos a Uiha—; al día siguiente, volver a Pangai por la mañana y estar de vuelta en Kavuai antes de comer para arreglar el repetidor de allí. Por supuesto, nada de esto se va a cumplir. Tras salir de las oficinas de TCC nos encaminamos hacia el muelle y, después de esperar un rato a Will y hablar por teléfono con Andrew, que de alguna forma ha conseguido volver a Kavuai, zarpamos hacia Uiha.

El trayecto que seguimos me es bien conocido. Veo como dejamos atrás las ya familiares islas de Uoleva y Tatafa y no puedo evitar recordar con nostalgia cuando, hace prácticamente un mes, realicé ese viaje por primera vez. Esta nostalgia se convierte en alegría cuando me encuentro de nuevo con la anciana Lisa, que está esperando nuestra llegada con el camión a la orilla del mar para cargar la mercancía que la embarcación trae. Sólo ha pasado una semana desde que dejé la isla, pero la verdad es que eché de menos Uiha desde el primer minuto en el que me fui. Me quito las chanclas y me meto en el agua para ayudar a llevar las mercancías desde el barco hasta el camión. Maxi es más radical y se tira de cabeza para disfrutar de su primer baño en varios días. Mientras ayudamos a descargar la embarcación, alguien aprovecha para apropiarse de mis chanclas. No es una pérdida muy grande si no fuese porque no he traído ningún otro calzado —mi equipaje para este viaje se reduce a una mochila con el portátil, una toalla, una camiseta y unos calzoncillos dentro—, por lo que el resto de nuestra estancia en Uiha, Maxi y yo nos turnaremos sus chanclas para no andar descalzos todo el rato. Por suerte,

la tierra de Uiha es blanda y se puede andar perfectamente por ella sin calzado alguno, aunque en algunos puntos el suelo está tan lleno de desperdicios y de cristales rotos que considero un milagro haber salido de esta sin que nada me haya atravesado el pie.

La felicidad de ver a Lisa se extiende al encuentro con Martha, Will y compañía. Resulta cómico que, en el momento en el que voy a saludar a Will, el otro Will, el joven trabajador de TCC, está a su lado, y ambos se vuelven hacia mí cuando pronuncio su nombre. Martha y el resto se alegran tanto con nuestra presencia como yo de nuestro regreso, aunque zanjamos los saludos rápido para ponernos manos a la obra con el repetidor. Como ya he anunciado, lo de acabar con el repetidor en un par de horas no se va a cumplir, principalmente por el mal estado en el que nos encontramos absolutamente todos los aparatos de la instalación, y el trabajo se va a alargar hasta altas horas de la noche, pero con una pequeña pausa para cenar en casa de Martha. Andrew me contó hace unos días que Martha me considera un glotón y yo estoy dispuesto a hacer justicia a esa reputación, por lo que me acabo zampando todo un plato de pan de verduras, unos cuantos trozos de pescado frito, un par de vasos de *Otai*[1] y un buen puñado de pancakes con mermelada de frambuesa.

Jueves, 22/09/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Nuestro sueño termina a las seis de la mañana, cuando suena el despertador para volver al trabajo. Maxi y Will todavía tendrán que trastear un rato en el repetidor para terminar la reparación mientras yo me peleo con los inversores de la planta solar para ver si se actualizan bien de una vez por todas. Para la hora de comer hemos terminado todo lo que traíamos apuntado en la lista de cosas por hacer y, tras la comida, descansamos plácidamente a la sombra del árbol que crece a la entrada de la casa de Martha. Nos despedimos de nuevo de Martha y de su familia, esta vez de una forma mucho más airada que la semana pasada, y buscamos una forma de llegar a Pangai, ya que a las nueve de la noche nos espera un barco para llevarnos desde allí de vuelta a Kavuai. A estas horas del día todo el que fuese a navegar hacia Pangai ha partido ya, por lo que no queda ni un barco en el que nos podamos subir. Llamamos tanto a Andrew como a Talatau para ver si pueden organizar algo, pero no hay suerte. Será el joven Will el que nos encuentre sitio en una embarcación a costa de pagar la elevada suma de doscientos dólares tonganos, que apoquinamos debido a la urgencia de la situación.

La embarcación es pequeña, sin apenas sitio para sentarse y endiabladamente veloz gracias a su potente motor y a su ligero peso. Cuando se encuentra con las olas de frente salta con desmedida violencia, lo que es al mismo tiempo divertido y alarmante. La opción segura es sentarse en el suelo de la embarcación, pero sobre el habitáculo de la

barca hay un ancla oxidada que con cada bote está un poco más cerca de caernos sobre la cabeza, así que me arriesgo a sentarme en la borda, fuera del alcance del ancla, pero a merced de caer al mar en un mal bote. Aunque pensándolo bien, es como las atracciones de la feria y tendrá más o menos la misma seguridad, así que decido dejarme llevar y divertirme como si estuviese montando en una de aquellas.

A nuestra llegada a Pangai nos recibe el jefe de Will, de nombre Sione. Will y Sione se van a recoger algunos materiales que nos harán falta para el repetidor de Kavuai mientras Maxi y yo nos quedamos comiendo galletas en el merendero que hay al lado del muelle. Desde allí, vemos como la gente empieza a llegar para recibir al ferry que en poco tiempo atracará en el mismo muelle en el que lo hemos hecho nosotros hace un rato. Tras media hora de espera, cuando el sol empieza a menguar, Sione y Will aparecen de nuevo y nos subimos a su furgoneta para deshacer el camino que hicimos ayer. La carretera discurre durante largo tiempo por la costa y a lo lejos se ven las luces del ferry, que se acerca con la parsimonia natural de su considerable tamaño hacia el muelle que acabamos de abandonar. Llegamos con el cielo completamente oscuro al muelle del norte, donde está el barco que nos va a llevar a Kavuai, pero no la gente que vino en él, que está recogiendo unas mercancías que han venido con el ferry. Nuestros compañeros de viaje llegan pasadas las nueve y media cargados hasta arriba de bártulos, tan cargados que hasta el propio Will nos pregunta preocupado qué haremos si el barco no puede con tanta carga y se hunde. A diferencia de nuestro compañero, a nosotros no nos preocupa la carga, sino la manera en la que la van a distribuir. Por suerte, esta gente tiene experiencia navegando estas aguas cargados como mulas y son capaces de distribuir todo el equipaje, las mercancías y a la gente de forma que la embarcación quede perfectamente equilibrada. Eso sí, nadie se atreve a moverse ni un solo milímetro del sitio que le han adjudicado. En una reacción que seguramente resulte poco natural —e incluso algo fría—, decido que lo mejor que puedo hacer durante este viaje nocturno en este pequeño barco sin luces y cargado hasta extremos que rozan la imprudencia es echarme una cabezada. Así que me arropo con la toalla que llevo en la mochila y entorno los ojos hasta que el barco baja la velocidad y la gente comienza a murmurar y a activarse, señal de que hemos llegado a nuestro destino. Desembarcar toda la mercancía de noche es ya de por sí una tarea ardua, pero si a eso le sumamos que lo estamos haciendo en lo que queda de un muelle que fue destruido por el tsunami, la misión se convierte en una odisea. Tras un buen rato cargando y descargando cajas, esquivando grietas y evitando socavones que conectan directamente con el mar, nos sentamos a esperar a que nos vengan a buscar. Resulta que el barco ha atracado en el muelle de Ha’ano y no en el de Pukotala, y la distancia entra ambas poblaciones es suficiente como para perder una hora andando, así que sólo nos queda sentarnos hasta que Daniel, que ha llegado hoy a Kavuai para ver cómo va la planta solar, venga a buscarnos. El hombre no tarda en aparecer con un destartalado camión para

recogernos y poner rumbo a Pukotala, haciendo antes una parada rápida para visitar la planta solar. Es mientras Maxi le enseña a Daniel la instalación cuando Will se acerca a mí y me habla sorprendido, refiriéndose a Daniel como el hombre de Tonga Power Limited —la compañía eléctrica de Tonga— y mirándolo como si se tratase de una celebridad. Su comportamiento me hace gracia, sobre todo porque para mí Daniel es un hombre que pertenece al MEIDECC y que se dedica a trabajar con nosotros facilitándonos cualquier cosa que necesitemos y supervisando nuestro progreso, pero más tarde me enteraré de que este hombre fue el CEO de la mencionada compañía eléctrica y de que es una persona con bastante peso en el país. La parada en la planta es verdaderamente rápida, cosa que tanto Will como yo agradecemos porque necesitamos dormir con urgencia. Aunque la urgencia de Will desaparece en cuanto llegamos a Pukotala y le señalo un edificio, indicándole que ese es el lugar donde se bebe kava. Para allá que va directo Will mientras yo corro con ganas a encontrarme con la cama. Me pregunto si mañana será capaz de levantarse a las seis de nuevo o si, por el contrario, el kava lo dejará fuera de combate toda la mañana.

Viernes, 23/09/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Al final ha resultado que Will ha madrugado más que nosotros y a las cinco de la mañana estaba en la puerta de nuestra casa. Lástima que nosotros no nos hayamos despertado hasta una hora y media después y que su madrugón haya sido en vano. Daniel aparece con su camión justo cuando nos despertamos, listo para llevarnos a la planta, cargar el inversor —el cacharro pesa ochenta kilos—, y conducir hasta Ha‘ano, que es donde está el repetidor de la isla. Cuando llegamos al lugar nos llevamos una desagradable sorpresa. De las veinticuatro baterías que tiene el repetidor funcionan exactamente cero. Ninguna tiene voltaje. Están completamente descargadas, pese a que nos habían asegurado que se encontraban perfectamente. Tampoco hay conexión con la red externa; eso lo tiene que hacer esta tarde un equipo de TCC que llegará a Kavuai en unas horas. En conclusión, en aquel repetidor no hay ni una gota de electricidad y así no podemos hacer funcionar el inversor, por lo que recogemos las herramientas y volvemos a la planta solar para terminar los trabajos que nos quedan por hacer. Will se queda en Ha’ano para empezar a conectar el repetidor a la red externa de electricidad. La isla lleva desde ayer usando la energía que proviene de la planta, pero todavía quedan algunas cosillas menores por hacer y hay que dejar todo bien colocado y bonito antes de irnos, por lo que utilizamos en eso la mañana.

Después de comer, nos sorprende una llamada de TCC. El equipo que han mandado a la isla ha conseguido cargar las baterías de alguna forma y existe la posibilidad de hacer funcionar el inversor. La verdad es que a estas alturas de la película ya no me apetece mucho hacer este trabajo.

Sobre todo, porque tenemos un vuelo hacia Tongatapu mañana a las dos de la tarde y nuestro plan era usar lo que quedaba de día para dejar rematada la estación. Pero nos habíamos comprometido a reparar los dos repetidores y si hay una posibilidad de hacerlo, hay que intentarlo, así que cargamos de nuevo el inversor en el camión, nos pertrechamos con las herramientas necesarias y emprendemos camino a Ha'ano por segunda vez ese día. Esta vez la instalación y configuración del inversor lleva menos tiempo que en Uiha y para las siete estamos de vuelta con el trabajo hecho y habiéndonos despedido de Will, con quien habíamos hecho buenas migas después de haber estado trabajando tres días por todo el archipiélago de Ha'apai. Por desgracia para nosotros, las tareas que quedan por hacer en la planta solar se van a comer toda la noche y parte de la mañana del sábado, y para cuando llegamos al aeropuerto de Pangai al mediodía, habremos dormido un total de tres horas. No obstante, nos vamos de aquí habiendo dado internet y electricidad a dos islas. Nada mal.

[1] Otai: bebida a base de leche de coco y zumo de mango que también incluye trozos de mango y de calabacín.

Capítulo 6

Martes, 11/10/22, Tongatapu, Reino de Tonga

Tras medio mes esperando en Nuku'alofa, mañana regreso a las islas del norte. Hablo en singular porque desde hace un tiempo estoy solo, ya que Maxi volvió a España a finales de septiembre, aunque subió al avión de milagro. No sólo llegó al aeropuerto quince minutos después de que cerrasen la puerta de embarque, sino que también se plantó allí con la maleta llena de botes de líquidos y geles —de esos que están prohibidos en los vuelos—. Yo no estaba presente, pero por lo que él me contó, cuando le registraron la maleta fue un espectáculo. Por suerte para Maxi, las cosas aquí en Tonga funcionan de otro modo, y finalmente consiguió tomar el vuelo y llegar a España dos días después. Bien está lo que bien acaba.

Volviendo a mí, tras más de dos semanas habitando la capital de Tonga, vuelvo a ponerme en movimiento. La pequeña Ha'afeva será mi primera parada y luego la seguirán Nomuka y, de nuevo, Uiha y Ha'ano. Mi estancia en Nuku'alofa se ha alargado por encima de lo esperado y, sobre todo, de lo deseado. No obstante, me es difícil abandonar la comodidad y la cotidianidad de esta población que, pese a su tamaño reducido, vibra con fuerza, sirviendo de corazón para este fascinante país. Es justo decir que la Nuku'alofa que me he encontrado esta vez es muy distinta de aquella que dejé en agosto. La capital está mucho más viva ahora que ha quedado atrás la adversidad del coronavirus. Los grandes cruceros provenientes de Fiji y de Australia han vuelto a fondear en el muelle principal, el aeropuerto de Fua'amotu ha recuperado su tránsito de vuelos ordinario y en el centro de Nuku'alofa se cuentan por decenas los turistas procedentes de Australia, Nueva Zelanda, China y Japón. Como consecuencia, ya nadie se extraña al verme por la calle. Sólo soy un *pālangi* más. La salud de los comercios se ha restablecido con la llegada de los turistas y muchos de los locales que estaban cerrados meses atrás ahora están abiertos y funcionando a pleno rendimiento. Todo esto se traduce en un alivio creciente entre la población. Poco a poco la atmósfera de Nuku'alofa vuelve a la añorada rutina que reinaba antes de que el país fuese azotado por la pandemia y los desastres naturales. Creo que por eso mismo resulta tan difícil irse de aquí. La gente empieza a disfrutar: baila, pasea, ríe, queda para comer, charla en los cafés. Cambiar todo eso por una isla recóndita en la que ni siquiera hay electricidad no es un paso fácil de dar.

En definitiva, voy a echar de menos Nuku'alofa. Voy a echar de menos poder elegir entre distintas comidas; acercarme a un café y pedir una bebida fría; pasar al lado de un colegio o de un instituto y ver a los chavales amontonándose en el patio para jugar, chillar y reír, haciendo tiempo hasta que puedan salir e irse en tropel a tomar las tiendas y

comercios que se extienden alrededor de los centros de enseñanza. Voy a echar de menos tener disponible una ducha con agua caliente; dormir sin preocuparme de las cucarachas o de los mosquitos; tener un lugar en el que disfrutar de privacidad, en el que sentarme tranquilamente a leer sin que nadie me moleste, en el que simplemente pueda mirar el mar a través de la ventana. Voy a echar de menos este tipo de vida, que ahora tengo que abandonar para regresar a la incómoda realidad que me espera en las islas.

Aunque una parte de mí se alegra de marchar por fin. Es cierto que estoy bastante cómodo en Nuku'alofa, pero los fines de semana aquí son insoportablemente tediosos. No hay absolutamente nada que hacer. Desde el sábado a las dos de la tarde hasta el lunes a las nueve de la mañana todo está cerrado a cal y canto. Los tonganos disfrutan este tiempo porque lo pasan en sus casas con la familia y los amigos, y los turistas, que vienen en grupo, siempre encuentran actividades con las que entretenerse. Pero para una persona en mi situación, es decir, sola en la capital, el fin de semana es sinónimo de aislamiento forzoso. Y ni siquiera puedo encender la tele del hotel para acallar la soledad con su volumen, porque el dichoso aparato no funciona.

Además, empiezo a fantasear con el momento en el que el proyecto se acabe. No puedo evitar imaginar varias veces al día cómo será la última noche que pase aquí, sabiendo que todo el trabajo está hecho y que regreso a casa. Cuanto antes empiece a trabajar, antes llegará esa noche.

Miércoles, 12/10/22, Tongatapu, Reino de Tonga

La salida del ferry está programada para las seis de la tarde, lo que me deja prácticamente todo el día para recrearme en los lujos de la capital, antes de partir de nuevo hacia las austeras islas. Por ello, nada más despertar tengo claro que me voy a tomar un batido de chocolate helado en alguna de las cafeterías del centro. Pero primero tengo que cumplir con los cuatro objetivos de la lista de cosas por hacer que tengo para esta mañana. Primero, comprar pilas para las linternas que llevo conmigo para trabajar de noche. Segundo, sacar dinero en el cajero. Muchísimo dinero —me ha dicho un pajarito que en las islas a las que iré no hay banco alguno donde retirar metálico—. Tercero, comprar tarjetas para recargar los datos de mi móvil y de los rúters de las plantas solares. Y último, y por ello más importante, ir a la lavandería a hacer la colada. Porque no me imagino un escenario peor que quedarme varado en una isla en el pacífico sin mudas limpias.

Cuando todas las tareas están completadas, camino hasta el centro de Nuku'alofa, que hoy está lleno de los turistas que se han apeado del

crucero que hay amarrado en el muelle principal. Aparte de los turistas, el centro también está lleno de tonganos bien arreglados que pasean en busca de candidatos a los que cambiarles un tour por la capital por unas monedas. Por supuesto, mi condición de *pālangi* me convierte en una diana con patas para esta gente, pese a que llevo en la capital más de dos semanas y me la conozco al dedillo —lo cual no es para nada difícil dado que son cinco calles contadas—. A pesar de los repetidos intentos por venderme un tour guiado, consigo abrirme paso calle tras calle, impulsado por el férreo deseo de disfrutar un batido de chocolate antes de marchar, hasta que me planto delante del mostrador del Coffee Post y su cartel de *Coffee makes everything posible*. Dos minutos después estoy sentado en una de las mesas de madera que tienen fuera, con mi batido y con vistas de lujo al cruce de calles donde se encuentran la embajada de Nueva Zelanda, el Café Friends y un edificio victoriano que está en remodelación y que con su fachada blanca y sus tejados rojos podría pasar por el primo pequeño del Palacio Real que descansa a unos quinientos metros de distancia. Allí plantado planeo dejar que el tiempo corra hasta que el hambre me mueva de nuevo, pero una mano palmea gentilmente mi brazo requiriendo mi atención. Al volverme me encuentro con un rostro conocido, no sólo porque ya me he encontrado con él antes, sino porque también lo he visto en anuncios en Instagram e incluso en algún cartel por las calles de Nuku'alofa. Se trata de uno de los humoristas con los que cenamos en la pensión de Pangai, concretamente con el que bromeaba con su bebida saludable. Aunque al final ha resultado que la de humorista es sólo una de sus tantas facetas, pues también es la principal cara de los anuncios de Digicel, una compañía de telecomunicaciones que opera en el Pacífico, y conduce un programa en la televisión nacional. En resumen, que había conocido a toda una celebridad tongana y no tenía ni idea. El hombre me ha reconocido sentado en las mesas del café y ha venido a saludarme y a interesarse por los progresos del trabajo en las islas. Después de la charla ligera, me ofrece entradas gratis para una fiesta que habrá en un local de la capital este fin de semana. Lástima que me pille lejos.

Jueves, 13/10/22, Ha'afeva, Reino de Tonga

El ferry se detiene en medio del mar pasadas las cuatro de la madrugada. Llevamos nueve de viaje. En la oscuridad de la noche, sus potentes focos lo convierten en un gran faro flotante que se puede ver desde kilómetros de distancia, como así ha ocurrido. En el horizonte se adivina la sombra contorneada de Ha'afeva, y desde lo que parece ser su orilla se repiten fogonazos de luz que indican que ya vienen a buscarnos. Diez minutos después se escucha el motor del pequeño barco que acude a nuestro encuentro. A bordo de él habrá unas doce personas. Cinco vienen a subirse al ferry; el resto, en su mayoría varones jóvenes, se va a dedicar a ayudar con la manipulación de mercancías. Cuando el pequeño barco

está lo suficiente cerca del ferry, cuatro de los jóvenes se encaraman a la borda y se agarran al ferry, utilizando sus brazos como garfios para mantener ambas embarcaciones pegadas la una a la otra. Entonces comienza el abordaje: primero pasan al ferry los viajeros del pequeño barco, y luego somos nosotros, primero Andrew y después yo, los que cambiamos de embarcación. Es un salto de apenas treinta centímetros, pero fallar se traduce en una caída de dos metros al agua. El intercambio de tripulantes se alarga durante veinte minutos, entorpecido por la necesidad de maniobrar constantemente con el pequeño barco para encontrar la mejor posición y evitar ninguna maleta ni ninguna persona acaben en el mar. Una vez estamos a bordo del pequeño barco todos los que vamos a Ha'afeva —además de Andrew y yo, también vienen dos señoras—, llega el momento de traspasar las cargas pesadas. La grúa del ferry maniobra con robótica torpeza para posar en la cubierta del barco, que ha sido convenientemente despejada de personas y cosas, el palé en el que vienen todos los materiales que necesitaré para completar esta isla y la siguiente. Esto incluye dos armarios metálicos de metro y medio de altura y medio de anchura. Es fácil imaginarse que nadie respiró mientras el palé pasaba sobre nuestras cabezas. Por fortuna, tanto el palé como nosotros tomamos tierra momentos después sin la necesidad de lamentar ningún mal, más allá de que me tuve que empapar los calcetines para ayudar a descargar el barco.

A este singular desembarco le sigue una larga espera en la orilla, observando cómo el oscuro horizonte se traga al ferry. Sus potentes focos se dejan ver incluso cuarenta minutos después de haber continuado su ruta hacia el norte. Cuando el ferry lleva rato desaparecido y el sol empieza a asomar, llega un camión —pequeño, como el barco— en el que cargamos todo lo que traemos y que nos lleva a la planta solar. Un rápido vistazo a la caseta me confirma que el patrón de las anteriores islas se repite aquí: nadie ha limpiado el lugar en años y los insectos se han adueñado de él. No encuentro apenas avispas, pero fácilmente habrá veinte arañas por cada metro cuadrado de techo. Sus telarañas cruzan la sala principal de cabo a rabo, atrapando pequeños insectos y suciedad a partes iguales. Será un problema al que me enfrente en el futuro, porque ahora lo que me apetece es dormir —las cinco horas que he dormido en el incómodo asiento del ferry han sido más testimoniales que de hecho—. Frente a la verja de la planta, sobre la hierba, extiendo mi fiel toalla de playa, adquirida en un bazar de Nuku'alofa y que igual me sirve de cama que me cubre de la lluvia y el frío o me seca después de la ducha. La hora y media que duermo resulta rejuvenecedora, aunque mi sueño ha sido brevemente interrumpido por una piara de cerdos que trotaba por el camino junto al que duermo, y que casi me pasa por encima —sospecho que estos animales tienen muy mala vista, porque la mayoría corrían hacia mí despreocupados hasta que frenaban en seco a dos metros de distancia tras percatarse de mi presencia—.

Tras una rutinaria primera jornada de trabajo, Andrew y yo cogemos nuestras maletas y caminamos hacia el pueblo. La casa donde se supone que nos vamos a alojar me da mala espina antes incluso de traspasar la verja exterior. La sospecha de estar entrando en una casa abandonada se confirma cuando cruzo la puerta. No entraré mucho en detalle porque nuestra estancia aquí fue breve, pero basta con asegurar que la mayoría de las habitaciones estaban bloqueadas por escombros para hacerse una idea del estado del sitio. Tras esperar diez minutos en la tienda del pueblo, donde tengo la suerte de disfrutar de un refresco frío, nos reubican en otra casa. Una verja encierra el recinto de la casa y una chapa que me llega por la cintura hace las veces de puerta, pero esta ni se entorna ni se desliza. Para acceder al patio hay que saltar la chapa, maniobra que ejecuto con toda la dignidad que me permiten la mochila que llevo a la espalda y la maleta que cargo en los brazos. Ignoro la razón de ser de esta chapa, pero está en todas las casas —aunque la mayoría se pueden deslizar para poder pasar—. Quizá sea para evitar que los cerdos, que campan a sus anchas por la población, entren en los patios. Pero de ser así, es una medida de pésima efectividad, porque aquí los cerdos hacen lo que los cerdos quieren. Y si quieren pasar a tu casa, pues pasan. El interior de la casa es agradable a la vista y está limpio. En un extremo de la sala principal hay una cama y un sofá, y en el otro hay dos sillones y un tocador. Unas cortinas azules cubren todas las ventanas y combinan sorprendentemente bien con la gran esterilla azul que hay colocada en mitad de la estancia y con el azul del papel estampado que recubre el suelo —en la mayoría de las casas de estas islas el suelo es hormigón que recubren con papel estampado—. El resto de las estancias, sin embargo, parecen bastante descuidadas y da la sensación de que se usan únicamente como almacén de ropa y trastos viejos. Sin embargo, comparándolo con el primer lugar, esto es una mansión para mí. Así que me siento satisfecho en uno de los sillones hasta que mis ojos empiezan a ceder al sueño, que no me ha dejado de acompañar en todo el día, y Andrew me sugiere que me vaya a acostar.

En mitad de la noche me despierto varias veces. Cada vez que abro los ojos hay más gente en la casa. Celebran una fiesta de kava, pero yo estoy demasiado cansado como para que me importe y siempre que despierto es para volver a dormirme instantes después. Quizá el sábado sí que me una a disfrutar de la relajante bebida.

Sábado, 20/10/2022, Ha’afeva, Reino de Tonga

Ha’afeva es con diferencia la isla más pequeña de todas las que voy a visitar. Si se observa mediante la vista satélite de Google Maps, se verá que toda ella es un montón de vegetación interrumpido únicamente por un recto camino de tierra. A ambos lados de este camino se agrupan las casas donde viven los apenas doscientos habitantes de la isla. Cuentan

con un par de iglesias, un club de ocio con pista de baloncesto y un centro médico donde dudo que puedan hacer algo más avanzado que colocar tiritas. En caso de cualquier dolencia o lesión que requiera un cuidado mayor, es necesario subirse a un barco y navegar un buen rato hasta Pangai, donde está el hospital más cercano.

La calidad y el tamaño de las casas decrece según se va avanzando hacia el oeste. Las ubicadas en la parte oriental de la isla son, por lo general, amplias y aspecto cuidado —me refiero a cuidado teniendo en cuenta el pobre estándar de la isla— e incluso algunas llegan a estar cercadas por vistosos muros de cemento. Por otro lado, en la zona occidental, donde me hospedo yo, las casas son pequeñas —entre cincuenta y setenta metros cuadrados—, siempre de una única planta y suelen tener las ventanas cubiertas con chapas para protegerlas de los fuertes vientos tropicales. Por lo general, constan de una estancia principal y una pequeña habitación, cuyo interior esconde una cortina que hace las veces de puerta. También están cercadas, pero en vez de con muros, estas emplean unas vallas fabricadas con alambre de espino y ramas de árbol que actúan como postes. Pasando de lo general a lo concreto, la casa en la que me hospedo yo no cuenta con cañería ninguna. A la hora de ducharse, uno agarra un cubo, lo llena del agua de lluvia que hay almacenada en un barreño y se va a una pequeña caseta de chapa a lavarse. Cuando hay que mear, cualquier punto del patio es bueno. Sobre todo, de noche, cuando la oscuridad ofrece mayor privacidad. Para las aguas mayores hay una letrina en un rincón del patio trasero, al más puro estilo Shrek, pero en la que seguro que ni el ogro verde se atrevería a sentarse. Al menos no después de ver el ejército de cucarachas que desfila por el agujero donde va a parar la inmundicia que la gente ahí arroja. Lástima que yo no me percatara de eso antes de tener que usarla —y aseguro que fue por un caso de urgencia mayor—.

Continuando con la casa en la que me hospedo, esta pertenece a un joven llamado Simote —Mote, para los amigos—, y es algo así como el club de kava de la zona. Técnicamente el club de kava es la cabaña blanca que hay justo al otro lado de la calle, pero Mote es un fanático del kava y la mayoría de las noches la fiesta se celebra en su casa. De ahí que el jueves por la noche me encontrase con tanta gente ahí al despertarme. Por suerte, las fiestas de kava son bastante tranquilas y es bastante fácil dormir aunque haya una en marcha. Hoy, después de trabajar, me voy a permitir el lujo de acudir a una de estas fiestas. Ya que mañana no voy a trabajar, me importa poco que el kava me deje atontado durante todo el día. Además, tengo curiosidad por ver las diferencias entre las fiestas de kava de aquí y las de Uiha, y dado que la de hoy se va a celebrar también en la casa en la que me hospedo, siempre puedo retirarme a mi cama en cuanto me harte e irme a dormir.

La fiesta empieza sobre las ocho. Andrew, que es el más ferviente bebedor de kava que he conocido, es el encargado de preparar la bebida.

Está sentado en el suelo y tiene a un lado un enorme bol con la bebida ya preparada y al otro un altavoz todavía más grande para acompañar los tragos con música. De momento nos acompaña sólo Mote, aunque esperamos que se una más gente según avance la noche. Los tres estamos sentados en el suelo, que, según Andrew, es la forma más cómoda de beber kava, porque te puedes tumbar para relajarte todavía más. El primer trago, al igual que en Uiha, es para mí. Usamos cuencos de metal en vez de en los tradicionales cocos y, debido a su excesivo tamaño, me cuesta bastante apurarlo sin que derramarme parte del contenido encima. Además, el cuenco suele venir acompañado por algún mosquito que se ha ahogado en el kava, pero, sinceramente, cuando has tenido que hacer tus necesidades entre cucarachas un pequeño bicho en la bebida es hasta bienvenido, así que a partir del tercero ya los ignoro. Andrew y Mote están atentos al móvil, el primero chateando y el segundo jugando, con toda seguridad, al PUBG. Por mi parte, yo he sacada mi e-book y he empezado a leer *Historia de dos ciudades*. Esta será la tónica de la fiesta, cada uno ocupado en sus asuntos hasta que le llega el cuenco con el kava. Como era de esperar, al rato llega más gente: seis hombres jóvenes, algunos de ellos cargando guitarras y ukeleles. Cuando nos hemos acomodado todos en la misma estancia que usamos Andrew y yo para dormir, empieza una nueva ronda de kava. Esta vez sí que viene servido en un coco, y de nuevo soy el primero en beber. Todos en la estancia paran lo que están haciendo para observar cómo el *pālangi* bebe kava, y yo, que llevo ya unos cuantos tragos a mis espaldas, apuro el coco sin apenas esfuerzo, arrancando exclamaciones de asombro de mi curioso público, como si acabase de liquidar de un trago un vaso de whisky. Puede que el kava no sea una bebida del todo agradable, es cierto, pero desde luego no la encuentro difícil de beber. Simplemente sabe a medicina amarga, probablemente porque es medicina amarga. Tras el increíble show del *pālangi* bebedor de kava, la fiesta vuelve a su cauce normal. Los participantes charlan entre ellos, fuman o miran sus móviles mientras los músicos calientan sus cuerdas vocales y afinan sus instrumentos. Cuando han acabado los preparativos, empiezan a cantar. Las canciones son similares —al menos para el oído extranjero— a las que escuché en Uiha, pero en esta isla se canta en un tono mayor. Andrew ya me había advertido que aquí se les reconocía por lo agudo que cantaban, aunque yo me había imaginado algo todavía más agudo —e irritante— de lo que realmente estoy escuchando. Incluso diría que es agradable oírlos cantar. Lo que sí es seguro es que su música es el aderezo perfecto para el ambiente relajado de la fiesta, y no cuesta mucho ensimismarse en uno mismo y dedicarse a la tarea que se tenga entre manos. Con el comienzo de las canciones también ha cambiado la rutina de beber kava. Ahora la bebida se sirve siempre después de acabar una canción, que también es el momento que la gente aprovecha para irse al patio a mear. Con razón el césped está tan verde; si no lo riega la lluvia, lo riegan los del kava. La fiesta se prolonga hasta las dos de la madrugada, cuando todos los asistentes parecen decidir tácitamente que es el momento de regresar a sus casas y volvemos a quedarnos solos Mote, Andrew y yo. Hora de

dormir.

Domingo, 16/10/22, Ha'afeva, Reino de Tonga

El efecto sedante del kava ha resultado una completa decepción y antes de las siete de la mañana ya estoy despierto. Eso sí, he de reconocer que las cinco horas que he dormido las he dormido del tirón. Como es costumbre ya, los domingos en Tonga no tengo absolutamente nada que hacer, y menos aún en esta pequeña isla, por lo que paso la mañana intercalando capítulos de *Historia de dos ciudades* con breves intentos de dormir. Así seguiré hasta la hora de comer, momento en el que disfrutaré de la mejor comida que he probado desde que estoy en Tonga. He de decir que en Ha'afeva la comida no es gran cosa. Se come una vez al día, en mucha cantidad y generalmente siempre lo mismo: pescado acompañado de tapioca o de batatas asadas. La economía local no da para más. Esporádicamente se ve algún plato de fideos con pollo o cordero, y de la fruta no hay rastro por ningún sitio. Pero eso sí, el domingo es el día de alabar al Señor y al Señor se le alaba con un buen cochinillo asado sobre la mesa —si tuviéramos mesa—. Con la piel dorada, crujiente y con sabor a beicon, y la carne jugosa y tan tierna que se puede desmenuzar con las manos —y menos mal, porque en esta isla se come todo con las manos—. En resumen, diez de diez al cochinillo. El mejor que he probado en mi vida.

Después de la espectacular comida, vuelve la rutina de intercalar la lectura con la siesta, la cual seré capaz de mantener hasta las cinco de la tarde. Andrew lleva durmiendo todo el día, y yo le envidio por ello, pero soy incapaz de permanecer un minuto más tumbado, así que decido salir a dar un paseo y explorar la isla. Ha'afeva es un sitio curioso. A veces parece apacible; sosegada. En los días en los que el tiempo está calmado y el sol asoma sin la presencia de las nubes, adopta el aspecto edénico que ya he observado en otras islas de este país. Pero cuando el viento arrecia y la lluvia cae inclemente, Ha'afeva se convierte en zona catastrófica. El único camino del pueblo se anega, las calles se vacían y las casas derruidas por el tsunami o desmoronadas por el paso del tiempo roban el protagonismo a las que están habitadas. Este contraste hace que uno nunca sepa a ciencia cierta lo que se encontrará al salir a la calle. Quizá un montón de niños gritando de alegría y corriendo hacia la playa para jugar en el agua, dándole la máxima expresión a la palabra vivir, mientras el sol se pone por el oeste recortando las imponentes palmeras. O quizá, como ocurre esta vez, un camino vacío y un perro muerto en mitad, con un escuadrón de moscas revoloteando alrededor de su ensangrentado hocico. ¿Lo habrá matado otro perro? ¿Se habrá peleado con un gorrino? ¿Murió atropellado por algún vehículo, quizá? A nadie le importa la pregunta, al igual que a nadie le importa el cadáver, a juzgar

por la cantidad de horas que va a pasar ahí.

Mi camino me lleva a alejarme del desdichado animal y dirigirme a la planta solar, porque, aunque no pienso trabajar hoy, resulta que el único camino que sale de la población es el que pasa por allí. El camino continúa adentrándose en la maleza, atravesando cocoteros y mangos, aunque en algunos puntos dudo de si estoy en una selva o en un vertedero, debido a la cantidad de desperdicios que hay acumulándose a la vera del camino. Continúo andando hacia el norte hasta que llega a mis oídos el sonido de las olas rompiendo contra la orilla. Tras una ligera cuesta, la costa me recibe, y observo un porche de madera con un gran banco para sentarse, una caseta azul, una máquina excavadora abandonada para ser consumida por el óxido y al fondo, adentrándose en el mar, los vestigios de lo que antaño fue un gran muelle pensado para recibir al ferry. De él sólo queda intacta la parte que se posa sobre tierra. La que se adentra en el mar fue destruida, seguramente por la fuerza del tsunami, y de ella ya sólo queda un recuerdo de escombros y acero. Pese a que el sitio tiene bastante encanto y la playa es espectacular, no hay rastro ninguno del paso de personas por allí, salvo que la caseta azul está hasta arriba de basura. Me siento en el banco y disfruto de las vistas, que son bastante bonitas. Desde aquí tengo una panorámica de toda la costa, y puedo ver las pequeñas islas que rodean Ha'afeva y que se reparten por el horizonte hasta distancias kilométricas. Por lo apacible del sitio y lo bonito del paisaje, me resulta extraño lo abandonado que está. No es hasta que llevo un rato sentado cuando se me ocurre que este debe ser un lugar bastante triste para los habitantes de la isla. Se supone que este banco debería estar lleno de gente inquieta, atisbando el mar para ver llegar al ferry en el que vienen sus seres queridos, quizá turistas, o en el que van a embarcar para partir en alguna beneficiosa empresa. Este sitio es el recuerdo de una promesa desbaratada por la naturaleza. Un intento de desarrollar esta pobre isla que se llevó el mar. No es de extrañar que nadie quiera venir aquí.

Camino hacia el muelle y pongo un pie en la porción de él que todavía está intacta. Paro en seco porque algo en el suelo llama mi atención, y tengo que mirar dos y hasta tres veces para creerme lo que veo, porque, por inverosímil que parezca, las piedras del suelo huyen de mí. Decenas de ellas se desplazan lentamente hacia los bordes del muelle, alejándose de mis pies, y cuanto más centro mi vista en el suelo, más piedras veo moverse. Tengo que centrarme mucho en una, la más grande, para observar las pequeñas patas que la impulsan. Entonces descubro que el muelle está lleno de cangrejos ermitaños, y a partir de ahí doy cada paso con el cuidado de quien atraviesa un campo de minas, temiendo aplastar a alguno de estos seres al confundirlo con una piedra. Al llegar a la parte destruida del muelle, salto a la arena de la playa. Hay más cangrejos ermitaños desplazándose por ella, y la curiosidad me lleva a coger uno y posarlo sobre la palma de mi mano. El animal, bravo en un principio, intenta cizallar con sus pequeñas pinzas mi pulgar, pero cuando

comprende lo inútil de su ataque, opta por escapar y corretea hacia el borde de mi mano haciéndome cosquillas, así que decido dejarlo en la arena antes de que salte de metro y medio de altura. Recorro la orilla dejando sobre la arena las únicas huellas visibles en toda la costa. Aparte de los cangrejos ermitaños, hay otro tipo de cangrejos que corretean velozmente por la arena y que se camuflan con esta al ser del mismo color. Se mueven tan rápido que en un primer momento los confundo con pedazos de algas secas a los que se lleva el viento. Siempre siguen el mismo comportamiento cuando detectan mi presencia: salen de pequeños agujeros en la arena de forma repentina, se mueven fugazmente hasta tomar una distancia prudencial conmigo y luego contemplan lo que hago. Si me muevo hacia ellos, corren como alma que lleva el diablo, rehaciendo el camino que acaban de hacer —aunque eso conlleve pasar por encima de mis pies— para esconderse de nuevo en el agujero del que han salido.

Tras media hora de paseo por la playa, decido que ya he visto suficiente y deshago el camino hasta la casa de Mote. Dejo atrás a los cangrejos ermitaños, al muelle destruido y a la excavadora abandonada, a la planta solar y al cadáver del perro, que sigue en mitad del camino para deleite de las moscas. Sólo espero no tener que pasar otro domingo aquí.

Domingo, 23/10/2022, Ha'afeva, Reino de Tonga

Maldita sea mi estampa cien veces por tener que pasar otro domingo aquí, pero es que no han parado de surgir problemas en la planta desde el lunes. La lista de dispositivos que han fallado se alarga hasta lo impensable y comprende desde el router que da conexión a la planta hasta un adaptador de corriente, pasando por un switch de puertos ethernet diseñado para la industria y, técnicamente, a prueba de bombas. ¿Los recambios más cercanos? En otra isla, a treinta kilómetros de aquí. Dos días después, tenía ya los recambios en mi poder y todo estaba listo para funcionar, pero al pulsar el botón de encendido, un mensaje de error apareció en el ordenador. Los inversores me avisaban de que había un cable mal conectado. El aviso sería útil si estuviese trabajando con una patata conectada a una bombilla, pero aquí tengo mínimo treinta cables en cualquier lugar en el que ponga la vista, por lo que me tocó pasarme otros dos días revisando todas las conexiones de la planta. Todo fue en vano, porque por más que revisé conexiones no encontré ninguna en mal estado. Por suerte, el esquema eléctrico de la planta estaba guardado en el almacén y con ello descubrí cosas tan interesantes como que al construir la planta se habían saltado todas las conexiones de control de datos con las baterías y que las conexiones eléctricas las habían hecho en el conector equivocado. Finalmente, a base de revisar planos, de llamar a Maxi para pedir ayuda y de pasar horas y horas conectando y reconectando cables, ayer sábado la planta solar entró en funcionamiento. No obstante, yo todavía tengo que esperar aquí a que me traigan un

paquete que nadie sabe si está en Fiji, en Australia o de tour por el sur de China. Espero, esta vez sí, que este sea mi último domingo en Ha’afeva.

Capítulo 7

Sábado, 29/10/22, Ha'afeva, Reino de Tonga

Todas mis esperanzas de abandonar esta isla se han disuelto bajo el aguacero que ha caído hoy en Ha'afeva. La lluvia empieza bien temprano, cayendo con abundancia y continuidad, pero a eso de las siete de la mañana mengua y se convierte en cuatro gotas contadas. Yo llevo despierto desde las cinco y media, porque mis compañeros de habitación roncan como el diablo, y me muero de aburrimiento, por lo que veo esta tregua como una oportunidad para salir a dar un paseo. Mala decisión. Apenas me he alejado un kilómetro de la población cuando la lluvia se intensifica de nuevo. El chaparrón me pilla en mitad de la selva, así que, pese a que ya estoy completamente empapado, me planto debajo del árbol más grande que encuentro para esconderme de las gotas. Mi refugio sólo resulta útil durante un par de minutos, justo lo que tarda el chaparrón en crecer hasta alcanzar el estatus de diluvio tropical. Llegado este punto, la lluvia cae con tanto vigor que es capaz de forzar su paso a través de las hojas del árbol que me servía de paraguas, y se acumula en el suelo del sendero que, incapaz de drenar tanta cantidad de agua, se ha convertido en un pequeño río que me cubre hasta los tobillos. Entonces caigo en la cuenta de que, con este tiempo, los paneles solares no generan energía ninguna, y si no generan energía ninguna, las baterías, que llevan descargándose toda la noche, no se pueden recargar. En conclusión, es posible que toda la isla se quede sin luz de un momento a otro. La solución es simple: ir a la planta, de la que me separan apenas cien metros, y encender el generador. Sólo hay dos problemillas. El primero es que me he dejado las llaves de la planta en la casa antes de salir a dar el paseo. El segundo es que el diluvio tropical ha seguido acrecentándose y ya se le puede considerar cataclismo acuático. Es allí, acorralado por la lluvia debajo de aquel árbol, pensando en la posibilidad de que se vaya la luz en toda la isla, cuando recibo la llamada de un número desconocido. Intento descolgar, pero la pantalla de mi móvil está empapada y no me es posible contestar la llamada. Tampoco me hace falta, ya imagino quién es y qué quiere: Ernest, el operario de la planta solar al que ayer le di mi número, me está llamando porque mis temores se han cumplido y la luz se acaba de ir. Apenas ha terminado de sonar el teléfono cuando vuelve a entrar otra llamada del mismo número. Y así una tercera vez. La urgencia de la llamada me acaba sacando de mi poco eficaz refugio y me hace correr por el recién nacido río directo a por las llaves de la planta solar. El agua y las chanclas no se llevan bien y estoy trotando como un payaso, así que me quito el calzado y hago malabares para llevarlo en las manos junto con el sombrero de paja, el móvil y la cartera, que inútilmente intento proteger de la lluvia. Todo esto mientras mi móvil sigue sonando. Tal es el trajín que me traigo entre manos que, al pasar junto a la planta, no reparo en que la luz sigue encendida. No es hasta que llego al pueblo y veo una farola luciendo cuando caigo en la

cuenta de que la luz sigue funcionando. Me llega al móvil un SMS del mismo número que me llamaba instantes antes. Resulta ser la mujer de Andrew, que me pide que le diga a su marido que la llame, porque lleva intentando ponerse en contacto con él desde hace un buen rato y es incapaz de conseguirlo. Esto, que podría parecer un compromiso menor, se convierte en una urgencia de primera necesidad cuando caigo en la cuenta de que la hija de Andrew está enferma y a veces le cuesta tanto respirar que es necesario llevarla al hospital. Así que corro como si mi cuenta bancaria dependiese de ello para avisar a Andrew cuanto antes. Entro en la casa, le despierto tras darle dos golpes en el brazo —ayer se quedó bebiendo kava hasta tarde—, le doy el mensaje de su mujer y pillo las llaves de la planta solar para cerciorarme de que las baterías no están a punto de quedarse secas. Vuelta al sendero, vuelta a la lluvia. Esta vez ando más tranquilo porque he dejado la cartera en la casa —y relativamente seca— y yo estoy tan empapado que la diferencia entre que me caigan dos gotas más o doscientos cubos de agua apenas se notaría. Mirar a través de las gafas es como mirar desde detrás de una cascada, así que me las quito. El flequillo me cae empapado por la frente y me tapa los ojos, señal inequívoca de que necesito un corte de pelo. Sigo cargando las chanclas en las manos en vez de calzarlas en los pies, pero un desafortunado encuentro me va a hacer cambiar de opinión. Andando por el río, remontando la corriente para llegar a la planta solar, mi pie derecho topa con algo que se encaja entre mi pulgar y el segundo dedo. Noto al instante el tacto metálico de lo que tengo en el pie, por lo que aborto la pisada y miro de inmediato qué es lo que acabo de pescar. Entre mis dedos hay un alambre de espino oxidado, con sus amenazantes púas y todo. He tenido la suerte de pillar con el pie un segmento del alambre sin púas, y además no parece haberme rasgado la piel por ningún sitio, por lo que estoy bastante seguro de que saldré de esta sin pasar el tétanos. Sin embargo, no daré otro paso sin llevar las chanclas en los pies, aunque eso signifique caminar cual payaso hasta que abandone el río.

La conclusión de este episodio carece de la emoción del resto de la historia: las baterías todavía tenían un par de horas por delante, la mujer de Andrew sólo quería charlar con él y el diluvio cesó en cuanto llegué de vuelta a la casa, eso sí, para dar paso a un vendaval que perdurará hasta bien entrada la tarde. Me parece adecuado, por lo tanto, terminar con la cita de Mark Twain[1] "*He tenido muchas preocupaciones en la vida, muchas de las cuales nunca ocurrieron*".

Martes, 1/11/22, Ha'afeva, Reino de Tonga

El recuerdo de mi insulso tercer domingo en Ha'afeva todavía está reciente y la amenaza de cumplir un mes en esta isla es ahora más real que nunca. Miro al pasado y me rio del ingenuo de mí que pensaba que

esta isla estaría finiquitada en cinco días por ser la más pequeña.

Paso los días dormitando, tanto en la cama como tirado a la orilla del mar. No tengo nada más que hacer salvo leer y dormir. Ya ni siquiera tengo la llave de la planta solar; se la entregué a Ernest para que se hiciera cargo él de cuidar la instalación. Nunca antes había deseado con tantas fuerzas que los humanos viniésemos con un botón para ponernos a hibernar. La espiral de lectura y ensoñación sólo se rompe una vez al día, cuando es el momento de la comida. Ya tengo tan asimilada la rutina de sentarme en el suelo y comer con las manos que me pregunto cómo haré para reinsertarme en la sociedad una vez acabe esto. Supongo que miraré los cubiertos con la misma extrañeza con la que miraría a un calvo comprando champú.

Espero con ansia que aparezca el ferry, o un barco o que el mar se habrá en dos como le pasó a Moisés y pueda caminar tranquilamente hasta la última isla que me queda en la lista.

Jueves, 3/11/22, Nomuka, Reino de Tonga

Llegó el momento de abandonar Ha'afeva. El ferry pasará por aquí alrededor de las diez de la mañana. Al igual que a nuestra llegada, parará en alta mar y nosotros nos acercaremos en barcos pequeños para embarcar. Pero la isla parece resistirse a dejarnos marchar, y los problemas de última hora no dejan de aparecer.

Ayer estuvo nublado todo el día, las baterías no recibieron energía suficiente para recargarse y el suministro eléctrico de la isla quedó a cargo del generador auxiliar, que falló a la una de la madrugada. Ha'afeva se quedó sin luz, el operario de la planta solar fue incapaz de hacer funcionar de nuevo el generador y a Andrew y a mí nos ha tocado levantarnos a las cinco de la mañana para ver qué está pasando. Cuando llego a la planta solar, me encuentro con que el generador no funciona debido a que sufre sobrecalentamiento. Está sin una gota de refrigerante y alguna mente lúcida ha decidido alterar el tubo de escape, ponerlo del revés y, para rematar, añadir otro tubo al final. El "apaño" no dista mucho de ser un experimento infantil de unir pajita tras pajita para crear la pajita definitiva. Sin embargo, aquí se traduce en que los gases de escape se quedan atascados a la salida del motor, contribuyendo al sobrecalentamiento. Por suerte, tiene fácil arreglo: me deshago del tubo de escape como un profesor se desharía de la mediocre manualidad de un niño de tres años y recargamos el refrigerante. Todo vuelve a funcionar perfectamente.

De esa forma esquivamos la primera bala, pero todavía tenemos que embarcar en el ferry y se está gestando una tormenta. La mayoría de los

paquetes que llevamos están recubiertos por un embalaje impermeable y no me preocupan. El transporte del rack es otro tema. Yo pensaba que lo subiríamos todo en el mismo barco en el que llegamos a Ha'afeva, que, pese a no ser un ferry, tenía el suficiente espacio para toda la carga. Sin embargo, las autoridades de la isla han pensado de forma distinta y en su lugar nos han puesto en una barcaza llena de gente en la que apenas cabemos todos. No hay sitio en la pequeña cubierta para el rack, que, recuerdo, es un armario de metal de metro y medio de alto, así que lo ubican sobre el techo del pequeño habitáculo que tiene la barcaza. Somos Andrew, yo y un joven tongano que se une a nosotros los encargados de evitar que el rack no acabe en el fondo del mar. El armario no tiene otro medio de sujeción al barco más allá de nuestras manos, que lo agarran y evitan que el vaivén del barco negociando las olas lo tire por la borda. ¿Quién nos agarra a nosotros? Nadie. Los tres vamos de pie sobre el techo del barco luchando por sobrevivir al oleaje. Y esta no es una tarea fácil. La tormenta se acerca, las primeras gotas de lluvia ya están cayendo y las olas son de un tamaño considerable. El barco avanza al mínimo de velocidad posible para evitar movimientos bruscos, pero eso también convierte el trayecto hasta el ferry en una agónica espera. Las olas más grandes convierten la experiencia en una montaña rusa. Ascenso lento y tortuoso seguido por una repentina bajada que te deja las tripas en suspensión durante medio segundo. Amortiguamos el impacto final con las piernas para no perder el equilibrio. Andrew hace un movimiento extraño, pierde estabilidad en uno de los pies por un instante y se va para atrás. Yo ya lo veo en el agua, pero él consigue recuperar la compostura justo en el borde del techo que pisamos. Creo que ese es el momento en el los tres nos preguntamos qué locura estamos haciendo. A partir de aquí el barco avanza todavía más lento, pero de forma más segura, y conseguimos llegar hasta el ferry sanos y salvos. No sabría decir si lo que acabo de presenciar es una gesta de dimensiones titánicas o un milagro propio de esta tierra perteneciente a Dios[2].

El viaje en ferry dura unas tres horas, así que llegamos a Nomuka justo para comer. Nomuka es a todas luces una isla más encantadora que Ha'afeva. El césped está cuidado, las casas son coloridas y la gente se agrupa para charlar y observar el desembarco de quienes venimos en el ferry. El único pero que encuentro de momento es que los caminos de la isla se han convertido en un auténtico barrizal por la lluvia y tras apenas recorrer doscientos metros ya tengo una capa de barro de dos centímetros formada en la suela de la chancla. Decido descalzarme, pero tras dos pasos me clavo en el dedo gordo del pie algo que había enterrado en el barro. Espero que fuese una piedra con el canto vivo y no la anilla oxidada de alguna lata, porque me ha hecho sangre. Supongo que, si no tengo fiebre para mañana, todo estará bien. Me llama la atención que la isla tiene dos lagos interiores. El más pequeño de los dos está rodeado de casas y justo en el otro extremo de mi posición hay una impresionante iglesia que confundo con una mansión hasta que me sacan de mi error las cruces que la adornan. Decenas de aves sobrevuelan este lago y dibujan

círculos alrededor de la torre de la iglesia. El otro lago, bastante más grande que el primero, es casi un pequeño mar dentro de la isla, con su oleaje, su costa y su fauna marina.

En nuestro camino a la planta solar dejamos atrás una segunda iglesia, un edificio azul de tamaño colosal y aspecto más cercano al de un templo budista que al de una iglesia cristiana, pero cuya orientación religiosa delata la gran cruz que se yergue en lo más alto del tejado. La planta solar es la que muestra un aspecto más cuidado de todas las que he visitado hasta ahora. El césped está cortado y el interior está limpio. Y lo que es más sorprendente todavía: el aseo de la planta solar está operativo. Me parece todo demasiado bueno para ser verdad, y días más tarde descubriré que así es, pero por hoy ya he trabajado suficiente, así que me voy a dar un breve paseo antes de irme a dormir. Por la tarde, las calles son de los niños, que juegan a la pelota o al escondite, y sólo se detienen para saludarme. También me encuentro mucha gente dando paseos, sentados en los porches de las casas o conversando en grupos que se forman alrededor de las tiendas. En mi paseo me cruzo con un perro, un chucho blanco que agita el rabo con alegría cuando me ve. Le ofrezco la mano con la palma hacia arriba y se acerca sin reparo alguno para que lo acaricie. Cuando paro, se incorpora sobre sus patas traseras y se apoya en mi con las delanteras para lamerme. Primero me alegro, pero luego reparo en el barrizal que hay en el suelo y en lo poco limpias que están las patas del animal. Ya es demasiado tarde, la sudadera que me dejó Maxi —yo no traje apenas ropa de abrigo— ha quedado impresa por el irrefrenable cariño del perro. Lo siento, Maxi, la lavaré en cuanto pueda. Es la primera vez desde que estoy en Tonga que un perro me trata de forma tan amistosa en el primer contacto. Lo normal es que gruñan, que enseñen los dientes o que se alejen asustados. Da la sensación de que hay algo distinto en esta isla. Desde luego, el ambiente es más amable que en Ha’afeva. Me despido del chucho, que se larga tan campante en busca de más perros con los que jugar, y retomo el camino a la casa en la que nos alojamos Andrew y yo. El generador está funcionando ahora mismo y la gente aprovecha para conectar los altavoces y animar las últimas horas del día con música. Las canciones tonganas se pueden escuchar desde cualquier punto de la población, y seguirán sonando cuando me vaya a dormir. A Andrew y a mí nos han tirado un par de colchones en lo que parece ser el trastero de la casa. Los dueños, que por lo visto son amigos de Andrew, han tenido el detalle de fumigar el interior con espray mata insectos, pero algunas cucarachas han sido capaces de sobrevivir y una de ellas me despierta correteando por el brazo derecho. No es muy grande — al menos, no para los estándares tonganos— así que, lejos causarme la misma impresión que aquellas que enfrenté en Kauai, sólo me produce indiferencia. Un manotazo la manda disparada lejos de mí. Oigo el primer impacto contra la pared y el segundo contra el suelo, y la pierdo de vista. A dormir otra vez.

Sábado, 5/11/2022, Nuku'alofa, Reino de Tonga

A lo largo de mi estancia aquí he vivido muchas cosas que se pueden explicar a través de la extremada calma —por no decir dejadez — de los tonganos o por la ineficiencia de un estado que todavía está en desarrollo, pero lo de Nomuka sólo se puede calificar de negligencia.

La planta solar estaba tan bien cuidada porque la estaba usando una señora como despacho. Concretamente, tenía su oficina en la habitación habilitada para almacenar los materiales y los repuestos necesarios para hacer la planta funcionar. Todos estos materiales y repuestos fueron movidos a una casa en la playa, casa que destruyó el tsunami de hace nueve meses. Y en estos nueve meses ni las autoridades de la isla avisaron de este hecho ni nadie del Gobierno o de la empresa constructora de la planta solar visitó la isla para evaluar la situación. En conclusión, no fue hasta que yo llegué aquí cuando esto se supo. Sin las piezas que faltan es imposible poner en marcha la planta y recibir un envío desde España va a llevar meses. No me cabe en la cabeza cómo esto ha podido ocurrir ni cómo se podrá justificar que todo lo que falta se lo llevó un tsunami en enero y que nadie había avisado hasta ahora. Una simple llamada o una revisión habrían evitado este problema. Todo el material perdido se habría reemplazado hace tiempo y Nomuka estaría disfrutando de luz las veinticuatro horas del día desde el miércoles, que era cuando tenía pensado terminar mi trabajo. Ahora no tengo ni idea de cuándo ocurrirá eso.

Por lo pronto, esta noche beberé kava, a ver si de esa forma el domingo pasa rápido y el lunes puedo coger el ferry e irme de aquí.

Martes, 8/11/2022, Nuku'alofa, Reino de Tonga

La decisión de beber kava funcionó mejor de lo pensado y peor de lo deseado. El kava de Nomuka es extremadamente fuerte y pasé el domingo entero durmiendo, además de gran parte del lunes. Permanecí despierto lo suficiente como para poder encontrar una embarcación que nos llevase a Andrew y a mí a Ha'afeva para coger allí el ferry hacia Nuku'alofa. Aparte de la somnolencia, el kava también me revolvió las tripas y me provocó unas décimas de fiebre, lo cual resultó ser una combinación encantadora con la que sobrellevar las tres horas de viaje en barcaza para ir de Nomuka a Ha'afeva. Andrew me dijo que habíamos alquilado la embarcación más rápida del lugar, pero también resultó ser la que más botaba con las olas. Al final sobreviví al viaje porque el efecto sedante del kava ganó a la fiebre y al dolor de estómago y me eché una siesta en el suelo de la barcaza. También pasé durmiendo las siete horas

de espera en Ha'afeva, así como las cinco horas de viaje en el ferry. Al final me he plantado en Nuku'alofa esta mañana sin haber comido nada en dos días. Por suerte, tras el maratón de sueño se me ha pasado la fiebre y el dolor de tripa.

La comida ha sido el gran drama de esta segunda visita a las islas. Como ya he dicho, en Ha'afeva la dieta se basaba en pescado y pollo, los cuales acompañaban con una generosa ración de tapioca, que yo siempre me empeñaba en terminar porque era lo más parecido a una hortaliza que se podía encontrar allí. Puntualmente se podían comprar otras cosas en la tienda de la isla: crackers, fideos, cordero o carne en conserva, que no son grandes lujos, pero algo es algo. Sin embargo, durante la última semana que pasé allí se fueron acabando, por este orden, las existencias de cordero, de pollo, de fideos, de crackers y, por último, de carne en conserva. El penúltimo día comimos algo de pescado. El último preparamos un mejunje con los resquicios de las conservas que quedaban en la tienda. Si llegamos a pasar un día más allí, nos acabamos comiendo los unos a los otros —es broma, el canibalismo se llevaba en Fiji, no en Tonga—. Desplazarnos a Nomuka no mejoró la situación. Durante los cuatro días que pasé allí me alimentaron exclusivamente a base de fideos instantáneos. Fideos instantáneos para desayunar, para comer y para cenar. Si la vida fuese justa —que no lo es—, jamás volvería a ver delante de mí un envase de fideos instantáneos. No obstante, esta monótona dieta conllevó un beneficio inesperado, y es que para preparar los fideos sólo es necesario cocer agua, no hay que manipular nada más. Y es manipular la palabra adecuada, porque los hábitos de higiene en estas islas están tan desarrollados como los brazitos de un tiranosaurio, y en Ha'afeva más de una vez desperté con las tripas del revés por algo que había comido el día anterior.

Habiendo aclarado lo dramático que ha sido el tema de la alimentación durante este último mes, es fácil imaginar el gozo que he sentido cuando he empezado a sorber por la pajita el batido de chocolate helado que he comprado según he llegado a Nuku'alofa. También será comprensible que la primera comida que haya probado aquí sean unos macarrones carbonara —ya he tenido suficiente de la comida tongana— y que, aparte del batido de chocolate helado, me haya bebido para antes de las cuatro de la tarde una Coca-Cola, un *smoothie* de fruta tropical y un zumo de mango helado. E igual de justificable es el hecho de que mi cena haya consistido en dos pizzas medianas y un par de refrescos exóticos que mezclan vodka con sandía y fruta de la pasión. Y a pesar de todos los homenajes que me he dado hoy, soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea la orgía de comida que montaré mañana también. Un rinconcito de mi mente me dice que tenga mesura, pero dentro de un puñado de días estaré de vuelta en las islas y quién sabe si un ciclón tropical no me dejará tirado allí otras dos semanas. La mesura es para los que no tienen

un futuro incierto.

[1] Mark Twain fue un humorista, orador y escritor conocido por ser el autor de *Las aventuras de Tom Sawyer* y de *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

[2] El rey George Tupou I declaró en una ceremonia oficial que las tierras de Tonga no eran propiedad de ningún hombre, sino de Dios.

Capítulo 8

Viernes, 11/11/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Viernes, 11/11/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

El tiempo ha templado mi ansia de comer y ya no me pego los mismos banquetes con los que solía homenajearme a mi llegada a la capital, pero hoy es viernes y el cuerpo me pide una tarrina de helado de chocolate, así que tengo pensado hacer una visita al supermercado después de comer. La comida la hago en el Café Friends. He comido aquí infinidad de veces, pero nunca había probado los platos principales, la gran atracción del menú. Por ello, y dado que ya he degustado la mayor parte de la carta, me animo con uno de estos eminentes platos: el cordon bleu chicken. El cordon bleu resulta ser una generosa pechuga de pollo que se envuelve en una loncha de jamón y de queso y que después se empana. A mí se me antoja como el hermano mayor del San Jacobo o como el primo tonto del Cachopo, pero imagino que aquí esto es una delicatesen en toda regla. La guarnición son verduritas salteadas: pimientos, cebolla, champiñones, judías verdes… En el Café Friends llevan toda la semana poniéndome verduritas de guarnición. Quizá justo haya coincidido que esta es la semana de la comida sana en Nuku'alofa o que me ven necesitado de vitaminas después de mi aventura por las islas, no lo sé, pero estoy un poco decepcionado por no haber recibido una fuente de patatas fritas. Aunque, siendo sincero, después de no haber visto una hortaliza en un mes, se agradece tener algo verde en el plato.

Como ya he adelantado, tras la comida salgo directo hacia el supermercado más cercano en busca de la ansiada tarrina de helado. De los diez minutos que paso dentro, apenas uso cinco segundos en decidir el sabor del helado, ya que soy y seré ultra del equipo chocolate hasta el día del juicio final. Los otros nueve minutos y cincuenta y cinco segundos se me van en elegir qué cubierto usar para comerme la tarrina. Las opciones son varias, cada una con sus pros y contras. Por un lado, tengo cucharillas de plástico; baratas y desechables, pero quizá demasiado endebles para usarlas en una tarrina de helado. Por otro, puedo comprar un pack de cuatro cucharas de metal; más fiables que las anteriores, pero excesivamente caras para el único fin de comerme un helado. Al final, el destino me sonríe y me topo de bruces con una cuchara de helado, de esas para sacar bolas de las tarrinas. Resulta ser el punto intermedio entre las otras dos opciones: está especialmente pensada para el helado y cuesta la mitad que el pack de cucharas de metal, y como la virtud está en el término medio, decido comerme virtuosamente mi helado usando esa cuchara. De camino a la caja paso por el pasillo de las galletas, y, como mi glotonería no tiene fin, engancho en el último momento un paquete de cookies con la idea de despedazarlas y añadirlas a la tarrina de helado. En la fila de la caja, un señor con pinta de ser de Australia o de

los Estados Unidos ojea mi compra y me confiesa pensar que sólo los tonganos comían ese tipo de almuerzos. Su actitud pasa de la sorpresa a la comprensión cuando le explico que he pasado un mes en las islas de Ha'apai comiendo únicamente pollo y pescado. Salgo del supermercado con mi botín y me dirijo hacia el paseo marítimo en busca de un banco donde poder dar rienda suelta a mi gula a la vista de todo el mundo. Cuando llevo cinco minutos zampando helado caigo en la cuenta de que he comprado sin conocimiento alguno de causa. No sólo no he mirado el precio del helado —cosa que, a decir verdad, me daba completamente igual porque habría pagado una millonada por él si fuese necesario—, sino que tampoco he mirado la cantidad de helado que estaba comprando. Normalmente las tarrinas que compro en España son de medio litro, pero esta resulta contener dos hermosos litros. En resumen, me encuentro frente a un peso pesado de los postres, y la media caja de cookies con la que he aderezado a este campeón no me facilita nada la batalla —la otra mitad la he guardado para más tarde tras percatarme de lo de los dos litros—. Sin embargo, no hay desafío todavía que haya sido capaz de vencerme aquí en Tonga, y si he sido capaz de transportar armarios metálicos sobre barcos que navegan tormentas, de poner en marcha plantas solares mientras trabajaba rodeado de insectos gigantes, de batallar contra cucarachas enormes para poder dormir y de sobrevivir a la inexistente higiene de las islas, no puedo permitir que mi primera derrota sea frente a una tarrina de helado. Es por eso por lo que, veinte minutos después, camino triunfante de vuelta al hotel, un poco encorvado por lo abarrotado que tengo el estómago y con cierto asombro por la infame gesta que acabo de realizar. No sé si alegrarme de esta victoria o avergonzarme, lo que sí sé es que mi antojo de helado no va a volver a aparecer en las próximas tres semanas, y eso, de algún modo, me deja satisfecho.

El resto del día lo paso tirado en la cama, digiriendo todo lo que he comido y procesando lo tripero que soy. Más tarde tengo una reunión de trabajo y me sugieren llevarla a cabo mientras cenamos, pero consigo cambiar el plan por un café —no me cabe un gramo más de comida en el cuerpo—. La reunión acaba sobre las nueve menos cuarto. Para las nueve ya estoy de nuevo tumbado en mi cama dejándome visitar por el sueño. Son las nueve y media pasadas. Yo estoy adormilado, pero no dormido. La cama se empieza a mover. Se menea de un lado a otro. Mi cuajo mental me lleva a pensar que he pulsado sin querer uno de los botones de la mesita de noche que están etiquetados en chino y que he activado el modo goce supremo de la cama del hotel. «Qué juguetones estos chinos». Pero la gracieta deja de ser graciosa cuando el meneo aumenta hasta el punto de que tengo que luchar por mantenerme sobre la cama. «O estos chinos son muy bestias o estoy viviendo un terremoto». La cama tiembla como un flan y yo estoy considerando seriamente moverme debajo del marco de alguna puerta, pero antes de decidir nada, el temblor desaparece. La emoción me embarga porque es el primer terremoto que experimento. Quiero decir, he vivido terremotos en España, pero, o bien eran

demasiado débiles para que los notase, o bien me pillaban durmiendo. Este, sin embargo, ha sido un terremoto con todas sus letras. Así que estoy tan emocionado como un niño que ve la nieve por primera vez. Qué demonios, estoy que no quepo en mí de emoción. Pero una estridente sirena me devuelve a la realidad. Es la misma sirena que suena en las películas de la Segunda Guerra Mundial cuando una ciudad va a ser bombardeada por la aviación enemiga. Entonces recuerdo que estoy en plena costa de Tongatapu y en que, después de un terremoto tan grande, mi hotel en primera línea de playa tiene todas las papeletas para convertirse en primera línea de tsunami. Me asomo por la ventana. Por la carretera pasan a toda velocidad un par de coches de policía con las sirenas puestas. En el hotel de al lado la gente se agolpa en los balcones. La sirena de emergencia está siendo reproducida sin cesar a través de los altavoces de una red de torres que los tonganos construyeron después del último tsunami, y cada cierto tiempo se ve interrumpida por un comunicado que tiene pinta de dar información vital para la población. Y digo que tiene pinta porque el comunicado está en tongano y yo no sé a ciencia cierta si viene un tsunami o si nos va a bombardear la Luftwaffe. Opto por mandar mensajes a mis contactos en Tongatapu, a ver si alguno me sabe dar indicaciones. Todos me dicen lo mismo, que salga cagando chispas de la costa. Se les nota bastante asustados. Meto en la mochila lo imprescindible: portátil, pasaporte y el cargador del móvil. En la habitación se queda mi maleta con toda mi ropa. Cuando salgo a la calle, esta está prácticamente desierta. Parece que la gente todavía está asimilando la situación. Hay quien sigue en el porche de su casa sentado en una silla escuchando música, con convencimiento pleno de que nada va a pasar. Otros corren a preparar las cosas para irse, se suben a sus coches y pisan el acelerador para alejarse de la costa hacia las zonas seguras. También hay un tercer grupo, formado por jóvenes borrachos a los que el follón les ha pillado de fiesta. Estos destacan por su nulo sentido común y sus escasas posibilidades de sobrevivir en caso de catástrofe. Se dirigen todos a la costa, supongo que para confirmar visualmente que viene un tsunami y con la certeza de que sus piernas correrán lo suficiente como para que, en caso de ser así, puedan escapar de la situación. Incluso hay alguno que se ríe de los que vamos en dirección contraria, tierra adentro. Por suerte, todos estos valientes ineptos se han agolpado rápidamente alrededor de la costa y en poco tiempo dejo de cruzármelos. El alumbrado en Nuku'alofa es escaso, las calles están oscuras y vacías, la gente con la que hablo por teléfono está asustada y la sirena de la Segunda Guerra Mundial no para de sonar, lo que ayuda entre poco y nada a calmar la situación. Lo bueno es que ahora también transmiten un comunicado en inglés. Lo malo es que el comunicado dice que se ha activado la alerta de tsunami —yo esperaba con toda mi alma que dijese que no había peligro alguno, pero pequé de ingenuo—. También dice algo de moverse a la zona de seguridad número tres, pero a mí qué me cuentas si ni siquiera me sé los nombres de las dichosas calles de este sitio. Lo que hago es caminar hasta Tofoa, que es la zona más alta de Tongatapu y, por lo tanto, la más segura frente a un tsunami. También es

donde vive Andrew, así que puedo pedirle que me acoja en su casa en caso de necesidad. El problema es que Tofoa está a una hora a pie desde el hotel, pero también es verdad que, en caso de tsunami, cuanto más lejos de la costa me pille, mejor, así que ando para allá sin demora. En apenas diez minutos la carretera ha pasado de estar vacía a estar colapsada por vehículos que van también a Tofoa. Tengo la suerte de que uno de estos vehículos para y se ofrece a llevarme. Lo conduce un hombre que se llama Wipp. Wipp me dice que va a un sitio a confirmar que su familia está a salvo y que luego me puede acercar a casa de Andrew. Yo le estaré eternamente agradecido por esto. También me dice que el terremoto ha sido de magnitud 7.9 y que el epicentro está a unos doscientos kilómetros al norte. En las islas donde están las plantas solares tiene que haber sido bestial. No tardamos mucho en confirmar que la familia de Wipp ya está en un sitio seguro, así que cinco minutos después el buen hombre me está dejando en la puerta de Andrew. En casa de Andrew me llegan informaciones de todo tipo, que si el terremoto ha sido más aquí que allá, que si en realidad es de magnitud 7.2…Al final lo único que me queda claro es que la alarma de tsunami va a estar vigente hasta las cuatro de la madrugada, por lo que nada de volver al hotel hasta mañana. En vez de eso, dormiré en la cama que Andrew tiene en el porche de su casa. Es una de las cosas buenas de Tonga, que con unas temperaturas tan suaves se puede dormir en prácticamente cualquier sitio.

Sábado, 12/11/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

Despierto a las seis de la mañana, cuando sale el sol. La sirena de la Segunda Guerra Mundial ya no se oye y la calle está en calma. Andrew y los demás siguen durmiendo, así que hago la cama y me voy sin despedirme. Luego le escribiré un mensaje agradeciéndole el haberme acogido. Me hubiera gustado decírselo en persona, pero anoche Andrew bebió kava y es fácil que no se levante hasta dentro de cuatro o cinco horas, y yo tengo que estar en el hotel antes de las nueve porque tengo que cambiar de habitación. Es el problema de lo improvisado de mi calendario. No sé qué día voy a llegar a Nuku'alofa ni cuántos días voy a estar, así que es usual que en el hotel me toque cambiar de habitación cuando alargo la estancia porque la que estoy usando está ya reservada.

El ambiente en la calle es el de un sábado cualquiera. El sol pega fuerte —se nota que llega el verano—, los barrenderos limpian las aceras y la gente se sube a sus coches para dirigirse a sus puestos de trabajo. Camino hacia el hotel pensando que sería emocionantísimo llegar y encontrarme las calles de Nuku'alofa inundadas, pero en su lugar me encuentro un panorama de lo más mundano. Al final la alarma de tsunami no pasó de alarma. Ni en Tongatapu ni en ninguna otra isla de Tonga se ha registrado tsunami alguno, y la magnitud del terremoto parece haberse

fijado en 7.3, que no son los 7.9 que Wipp me dijo, pero tampoco está mal. Mi más sentido pésame a todos aquellos jóvenes borrachos que se agolparon en la costa para no ver un cagarro.

15/11/2022, Mar de Tonga, Reino de Tonga

Una vez más me embarco hacia las islas de Ha'apai, aunque apunto he estado de subirme a un avión para España en lugar de a este ferry. Ayer por la mañana me llamaron desde la empresa tongana con la que colaboramos diciéndome que un ferry salía hacia Ha'apai a las doce de la noche, que fuese a comprar los billetes mientras ellos se encargaban de recoger el paquete con los dispositivos que tengo que instalar —ese que lleva en la aduana un mes sin que nadie fuese a por él—. Al final hizo un día horrible, con mucha lluvia y viento, y la salida del ferry se retrasó a las seis de la tarde de hoy. Pues a las dos menos cuarto me llama Andrew y me dice que el paquete sigue en la aduana, que nadie lo ha recogido todavía. Finalmente, tras muchas llamadas y mucha incertidumbre, he conseguido que me entreguen el paquete veinte minutos antes de embarcar en el ferry. Bien está lo que bien acaba. En esta última expedición me acompañan Andrew y su hija Hiva. Andrew dice que la trae porque vamos a estar fuera poco tiempo —yo espero que sea sólo una semana— y porque la última vez la cría le echó mucho de menos. La verdad es que a mí me agrada tener a Hiva rondando por el lugar. Siempre añade alegría a cualquier situación.

Sábado, 19/11/2022, Kavuai, Reino de Tonga

Kavuai es la primera isla que revisito. A decir verdad, ya no sé si se llama Kavuai o Ha'ano, porque cada persona con la que me encuentro la llama de una forma distinta, pero yo voy a llamarla Kavuai por mantener algo de continuidad. Esperaba haber terminado mi trabajo aquí ayer, pero resulta que para configurar el dispositivo que he instalado hay que coger turno como en la carnicería, porque lo hace una empresa externa, y a mí me ha tocado el lunes que viene. Por supuesto, todo se hace en horario español, por lo que tengo una cita en la planta solar la noche del lunes. Me muero de ganas porque llegue ese momento.

Kavuai era la isla donde más trabajo tenía por delante. Aparte de instalar el dispositivo de monitorización, también había que reconfigurar unos inversores y comprobar algunas conexiones. En Uiha y Ha'afeva, sin embargo, sólo tengo que instalar el dispositivo, por lo que mi estancia allí no debería pasar de visita exprés. Aunque, la verdad sea dicha, me ha gustado pasar estos días en Kavuai. Mucha gente se ha mudado de vuelta a la isla, ahora que hay electricidad a todas horas, y la población de

Pukotala, que antaño comparé con un poblado fantasma, parece vivir una nueva juventud. La parte más gratificante de este trabajo es ver el efecto que tienen las plantas solares en las poblaciones a las que suministran luz. La casa donde me hospedé la última vez ahora está habitada por una familia, así que a Andrew y a mí nos han metido en una especie de bungalow que tiene como mobiliario una mesita, dos sillas, dos colchones tirados en el suelo y un televisor chino que jamás he encendido y jamás encenderé. Fuera, en dos cobertizos pegados al bungalow, tenemos una ducha y un retrete que funciona, lo que es motivo de regocijo por mi parte. Siguiendo la costumbre de la isla, también en esta casa me despertaron las cucarachas las primeras dos noches, pero estas parecen respetar más que sus semejantes y no han vuelto a aparecer, cosa que agradezco encarecidamente.

He hecho buenas migas con David. La verdad es que me paso todo el día con él y con su mujer, Mary, dando vueltas por la isla. Incluso le he dejado que me afeite —sinceramente, necesitaba urgentemente un afeitado, porque ya parecía un náufrago—. Me ha dejado un bigote y una perilla bastante bien logrados. David tiene dotes de barbero. Ya que no tengo nada que hacer aparte de esperar a la noche del lunes, me estoy tomando estos días como unas vacaciones, porque tomarse las cosas con calma es la única forma de no acabar loco con este proyecto. La última gran noticia me la ha dado Andrew esta mañana: su jefe todavía no le ha pagado un duro y no le coge el teléfono ni a él ni a su mujer, así que el lunes va a hacer las maletas y se va a volver para casa. Me quedo solo para el resto del viaje, pero por lo menos ahora conozco gente tanto en Uiha como en Ha'afeva, así que dudo que me dejen morirme de hambre. La parte mala es que Hiva se va con su padre. No me cansaré de decir lo graciosa que es la pequeña. La otra noche estaba cepillándome los dientes cuando Hiva salió del bungalow llorando a moco tendido. El llanto se debía a que no sabía dónde estaba su padre, que se había ausentado un momento para ir al baño. La pequeña vino llorando hacia mí, me dio la mano —cosa que hace con muy poca gente— y me dejó guiarla hasta su padre perdido, que estaba, literalmente, a la vuelta de la esquina. Los lloros se acabaron en cuanto escuchó la voz de Andrew a través de la puerta del baño. Aunque tener a Hiva rondando cerca también conlleva pagar un precio alto. Ayer, mientras no mirábamos, se dedicó a desordenar todos los vasos de las llaves de carraca que tenemos en la planta solar. Acabó desparramándolos por el suelo. Y la puntilla del chiste fue que, cuando los empecé a recoger, me di cuenta de que todos estaban chupados. También se ha adueñado de la mini almohada que yo llevaba conmigo. La lleva a todos lados abrazándola como si fuese un osito de peluche, y la usa para dormir de una forma bastante peculiar: en vez de apoyar la cabeza, se tira sobre ella y se duerme con el culo en pompa. En definitiva, ha hecho de la mini almohada su propiedad, y no seré yo quien la prive de lo más parecido a un juguete que tiene aquí. Además, esa mini almohada la mangó Maxi en uno de los vuelos que pillamos para venir a

Tonga. No creo que la eche de menos.

También me he convertido en la comidilla del lugar por haberle dado mi teléfono a una chica de aquí. La noticia ha corrido como la pólvora por todo el pueblo y se ha distorsionado con la misma intensidad. La gente ya habla de que habrá boda con el pālangi. Cuchichean en corrillos que la muchacha se ira a vivir a España. Declaran, sin muestra alguna de duda, que la pareja será feliz y comerá perdices, pero la realidad es que la chica no me ha hablado todavía y que yo tengo intención de irme de aquí el martes sin compañía alguna.

Domingo, 20/11/2022, Kavuai, Reino de Tonga

La mañana la paso entera jugando con Hiva. Andrew estuvo ayer bebiendo kava hasta tarde y estará grogui fácilmente hasta mediodía, así que la cría sólo me tiene a mí para entretenerse. Jugamos a correr hasta un poste que hay enfrente del bungalow, dar vueltas alrededor y volver al sitio de origen. Cuando hemos hecho unas diez tandas, nos sentamos a descansar en los escalones de la entrada del bungalow. Hiva se levanta y busca algo entre las pertenencias de su padre. Al poco rato vuelve con un móvil en la mano. Me lo entrega junto a una ristra de palabras en tongano de entre las que distingo cartoonis, así que asumo que quiere que le ponga dibujos animados en el móvil. Lo que pasa es que no tengo ni idea de la contraseña, así que dejo el móvil sobre la mesa y me vuelvo a mi sitio. Hiva encuentra una bolsa con dulces de chocolate y se viene a sentar conmigo en los escalones. Ahora ocurre algo bastante gracioso. Hiva, por alguna razón, toma consciencia en ese momento de que su padre está durmiendo, se gira hacia mí y se lleva el dedo índice a los labios, indicando que hay que guardar silencio. Lo hace muchas veces y con mucha insistencia. Está empeñada en que no haya ruido alguno en el bungalow. Da tres pasos para dejar la bolsa con los dulces en su sitio. Da otros dos pasos para volver conmigo. Trastabilla con la esterilla que hay en el suelo y pega un costalazo que hace retumbar todos los tablones. Entonces empieza a llorar con todo el drama que sólo un niño pequeño es capaz de darle a una situación así. Llora como si su vida fuese en ello. En serio, el golpe no ha sido para tanto, pero ella le da la pompa suficiente como para que parezca una situación cercana a la muerte. Yo me pregunto dónde queda la indicación de guardar silencio que me ha dado quince segundos antes. Obviamente, Andrew se despierta, pero Hiva, por alguna razón, lo ignora y viene hacia mí señalándome la habichuelilla que tiene por dedo gordo del pie, donde parece que se ha hecho daño. Al medio minuto ya está calmada de nuevo y Andrew le ha puesto los cartoonis en el móvil, y yo, aprovechando que está distraída, me escabullo a leer un rato, que llevo jugando con ella dos horas y estoy agotado.

David y Mary me encuentran leyendo en el porche de una tienda que siempre está cerrada. Me invitan a ir con ellos a comer, así para allá que voy. Me llevan a la casa de unos amigos suyos. Hoy hay pizza en el menú —lo sé porque fui yo el que compró ayer los ingredientes—, aunque la pizza de aquí es bastante extraña. La masa la hacen con harina y leche. Parece más un bizcocho que una pizza, pero es que aquí se hace lo que se puede con los ingredientes que hay. Pese a lo singular de su preparación, la pizza está buena. Desde luego, me gusta mucho más que los erizos de mar que comí ayer. No es que estuviesen malos ni que me desagradasen, pero para una persona acostumbrada a comer sin sal, resultan un alimento excesivamente salado. Vamos, que saben a mar cien por cien. Después de la pizza, toca reposar la comida. Tras descansar un rato, le pido a Sia, una amiga de Mary y David, que me peine. Tengo el pelo larguísimo y soy incapaz de resolver qué hacer con él, así que me siento y me dejo hacer. Cuando Sia termina y me pongo delante del espejo, descubro que el peinado ha consistido en trenzarme el pelo. Me ha hecho tres trenzas francesas: una que va desde la frente hasta la nuca y una en cada lateral. En un primer momento, el cambio de look me parece chocante, pero rápidamente me acaba agradando. Tanto es así que pienso mantenerlo durante mucho tiempo. Tras mi paso por la peluquería, David me sugiere que juguemos a piedra, papel o tijeras. Yo acepto, pero le doy un extra al juego colocando en el suelo, entre David y yo, una botella de plástico vacía y la cajetilla de un DVD —El caballero oscuro de Christopher Nolan, ni más ni menos—. La idea es simple: el que gana la ronda puede coger la botella vacía y golpear al perdedor en la cabeza con ella. El perdedor puede usar la cajetilla como casco para protegerse del golpe. No me había reído tanto en mucho tiempo. Tanto éxito tiene el juego que todos en la sala quieren jugar. Me enfrento a David, a Sia, a tres niñas pequeñas y hasta a un par de muchachos que se unen a nosotros tras escuchar las risas desde la calle. El improvisado juego adopta el nombre de One, two, three!, porque es lo que grito para poder coordinarme con los demás. Seguro que vuelvo meses después y esta gente sigue jugando al One, two, three! Cuando ya estamos hastiados de botellazos en la cabeza, nos tumbamos de nuevo. Todavía no son ni las dos de la tarde. La casa en la que estamos tiene únicamente dos estancias: el salón en el que estamos y un dormitorio con un puñado de camas. Echamos una siesta bien merecida. Este es el momento más agradable que he vivido aquí en Tonga. Hace la temperatura perfecta. De vez en cuando la brisa corre a través del salón, entrando por la puerta trasera y saliendo por la puerta principal, refrescándonos de forma gentil. Y los rayos de sol caen amablemente sobre mis piernas, calentándolas. El sentimiento de soledad que llevaba tanto tiempo conmigo se ha disipado a base de botellazos y risas. Tengo la sensación de que estoy en el lugar y en el momento correctos. Debo de haber alcanzado uno de los picos de felicidad de mi vida.

Después de la siesta, una de las niñas, María, viene a pedirme que juegue con ella otra vez al One, two, three! A María la conozco bien porque

siempre me miraba de lejos y me sonreía, pero nunca se atrevía a acercarse. Es una niña muy mona, con los ojos grandes y la cara regordeta. Parece que ya ha perdido toda la timidez que tenía. El juego le gusta más por recibir botellazos que por otra cosa. Da igual que ella gane, pierda o que empate conmigo, siempre se lanza a por la cajetilla para protegerse. Y cuando le doy el botellazo, se desternilla de risa. Pero mi energía tiene un límite y necesito descansar de tanto juego, así que, cuando David me sugiere ir a recoger mangos, acepto encantado. Se unen a nosotros Mary y Sia. Ahora es la temporada del mango en las islas y los hay a patadas. El hecho de que puedas coger tantos como quieras sin pagar un duro vuelve locos a los tonganos. Es una de las razones por las que consideran que sus islas son el paraíso. Recogemos mangos hasta el atardecer. Soy incapaz de contar cuantos me como. Luego recorremos el camino desde Pukotala hasta Fakakakai, la población de al lado, y volvemos hasta Pukotala por la playa. El cielo está impresionante. Es una tónica constante en este país. Los habitantes de Tonga son muy religiosos. Cristianos hasta la médula. Viven plenamente convencidos de que el Reino —así se refieren a Tonga— está bendecido por Dios. Que esto sea cierto o no lo dejo a su parecer, pero, desde luego, los cielos del Reino invitan a pensar que estas tierras y estos mares han sido tocados por una mano divina.

Martes, 22/11/2022, Pangai, Reino de Tonga

La suerte parece estar de mi lado. Daniel viene hoy a Ha'ano para hacer el mantenimiento del generador y me puedo ir con él en su barco. Pero no acaba aquí la cosa. También va a hacer el mantenimiento del generador de Nomuka, Ha'afeva y Uiha, y puede llevarme con él a cada una de las islas para que instale el dispositivo que falta. Probablemente esto me ahorre una semana de trabajo, entre esperas de ferris y alquileres de barcos. La parte mala es que los dispositivos no hay forma de configurarlos desde España, porque la conexión a internet disponible en las islas no da para tanto, así que eso queda para después de Navidad.

La despedida de David es tibia, como si nos fuésemos a ver de nuevo mañana mismo. Camina conmigo un trecho del camino hasta el centro de Pukotala. Ahí, se desvía para irse a su casa y me dice adiós cuando ya está a dos metros. Parece una reacción fría, pero yo creo que David es de las personas que no soporta decir adiós. Él mismo me ha confesado unos minutos antes que me va a echar de menos, porque hemos pasado los últimos seis días prácticamente juntos. No hay apenas gente de su edad en Pukotala, así que debe de sentirse solo, aunque esté aquí con su esposa. Como tampoco quiero que se ponga sentimental, me despido de él con la misma templanza. Marcho hacia el muelle con mi maleta y mi mochila. Por el camino, la gente se asoma a las puertas de sus casas para despedirse de mí. «Bye, Pila», me dice una de las niñas con las que jugué

ayer al One, two, three! De la pequeña María no me he podido despedir, pero me he pasado la mañana jugando con ella. Lleva la cajetilla de El caballero oscuro y la botella de plástico encima a todos lados por si me ve. Paso por delante de uno de los salones del pueblo. Dentro, uno de los compañeros de Daniel está entrevistando a tres mujeres. Supongo que estarán hablando de cómo han cambiado las cosas dos meses después de poner en marcha la planta solar. Cuando me ven pasar, interrumpen la entrevista para despedirse de mí. La agitación que despierta mi partida me hace darme cuenta del impacto tan profundo que he tenido en la gente de Pukotala. El barco espera en el muelle. Quince minutos después, estamos rumbo a Pangai.

Sábado, 24/11/2022, Tongatapu, Reino de Tonga

El ferry ha atracado en el puerto de Nuku'alofa pasadas las seis de la mañana. Apenas hemos tenido tiempo para descansar en los últimos tres días. El miércoles por la mañana llegamos a Ha'afeva —hablo en plural porque Daniel logró que Andrew se reincorporase al proyecto—, dormimos allí y el jueves nos pusimos en marcha hacia Uiha para acabar el día atracando en Pangai, donde anoche cogimos el ferry de vuelta a Nuku'alofa.

No hay mucho que destacar de esta última parte del viaje salvo dos cosas. En Ha'afeva un cerdito me robó una bolsa llena de mangos. Una llamada telefónica me hizo descuidar un instante la bolsa y dejarla en el suelo. Fueron apenas unos segundos, tiempo suficiente para que el cerdito la agarrase con su hocico y se diese a la fuga. Jamás se ha visto un ladrón tan adorable, y le habría dejado irse de rositas si no fuese porque los mangos eran mi desayuno y me estaba muriendo de hambre. Abandoné el móvil y corrí hacia él tan rápido como pude, pero el animal fue más rápido y llegó junto al resto de cerdos antes de que pudiese quitarle la bolsa. Por suerte, tanta prisa se dio en llegar hasta sus compañeros que se le cayeron la mayoría de los mangos por el camino. Esos los pude recuperar. Del resto y de la propia bolsa no quedaron ni las migajas.

La segunda cosa que destacar fue el regreso a Uiha. Apenas estuvimos unas horas y por un momento temí que no podría pasarme a saludar a Martha, Lisa, Will y compañía, pero conseguí escabullirme unos instantes para dejarme caer por su casa. Martha y Lisa estaban en el patio delantero, descansando a la sombra arrojada por el gran árbol que custodia la entrada de la vivienda. Volver se siente como regresar a casa, y así me lo hace saber Martha, que no para de repetir que este es mi hogar en esta punta del mundo. Mi llegada atrae a los perros de Martha, que vienen a saludarme como viejo conocido suyo que soy. Llamo a Maxi

por teléfono para que charle un rato con Martha, mientras que Lisa se escabulle y me trae una bolsa con más mangos —estoy empezando a temer que la piel se me ponga naranja de tanto mango—. Will aparece al final, cuando estoy a punto de marcharme. Se alegra tanto como el que más de verme de nuevo allí. Martha no para de preguntarme si me quedaré a dormir, pero, por desgracia, mi visita es de corto recorrido. Cuando me despido por última vez, no para de gritar "love you!", que es lo mismo que le decía a Maxi por teléfono. Me alegra haber visitado Uiha al final de este viaje. Me parece de justicia que la primera isla que pisé, casi cuatro meses atrás, haya sido también la última por la que he pasado. Volver al punto de origen aporta perspectiva a la historia. De esa forma, se cierra el círculo; se conectan los recuerdos, formando una senda que te permite recorrerlos de principio a fin. Así pasé el viaje de vuelta hasta Pangai: rememorando.

Con esto termina mi periplo por las islas de Ha'apai —al menos por ahora—. Espero estar volando para España a mediados de semana. Hasta entonces, tengo pensado zanjar los asuntos pendientes que tengo aquí en Tongatapu: visitar a Wipp para agradecerle de nuevo que me ayudase la noche del terremoto, despedirme de Isaía, comprar algún souvenir… Pero todo eso puede esperar al lunes. Ahora mismo sólo me apetece darme de bruces contra la cama y quedarme grogui hasta la hora de comer.

Martes, 06/12/2022, Madrid, Reino de España

Siguiendo la tendencia del resto del viaje, la vuelta no estuvo libre de problemas. Tenía el vuelo de regreso programado para el jueves pasado. Había puesto todos mis asuntos en orden: me había tomado una cerveza con Isaía, había visitado a Wipp para agradecerle que me ayudase el día del terremoto y había recorrido por última vez cada rincón de Nuku'alofa, para despedirme también de la ciudad. Ya estaba listo para irme. A punto de abandonar la habitación del hotel y tomar un taxi hacia el aeropuerto. Justo cuando estaba abriendo la puerta me llamó Daniel: mi vuelo se había cancelado.

Debido a todas las escalas que tenía que hacer para volver a Madrid, tardaron dos días en reubicarme en otro avión. Dejé Tonga el sábado a eso de las nueve de la noche y puse el pie en territorio patrio el lunes, aproximadamente a las cinco de la mañana, después de pasar por Nueva Zelanda, Australia y Catar. Contando con la diferencia horaria, el viaje de regreso habrá durado unas cuarenta y cinco horas, y con él he completado la vuelta al mundo —fui por América y volví por Arabia—, un logro nimio, pero que me hizo bastante ilusión completar.

A la salida del aeropuerto me llevé la sorpresa de que unos cuantos amigos me estaban esperando. Yo tenía pensado irme directo a mi piso y

echarme a dormir, pero ellos me dieron la excusa perfecta para acabar este viaje como se acaban las aventuras buenas de verdad: desayunando churros con chocolate en buena compañía. Y yo lo agradezco. Porque esta ha sido, probablemente, la aventura más grande de mi vida y gracias a ellos tuvo un final a la altura que merecía.